



Jova
1921.

MIS

MEJORES CUENTOS

(NOVELAS BREVES)

VILLAESPESA

MIS MEJORES CUENTOS

FRANCISCO VILLAESPESA

R-7259-A

MIS MEJORES CUENTOS

(NOVELAS BREVES)

SELECCIONADAS POR EL PROPIO AUTOR
PRECEDIDAS DE UN PROLOGO
AUTOGRAFO DEL MISMO



EDITADO POR
PRENSA POPULAR
MADRID.—CALVO ASENSIO, 3

Por razones de una
estética íntima, que
dena iniponible explicación,
entre todos mis ensayos
de novela, siento
una vaga predilección
por los que aparecen
titulados

El milagro de los
rosas.

Resurrección
El milagro del
vaso de agua.

La vergüenza de
Aixa

La Belle de Penelope
Acaso adolecen con
todos los defectos
generales de un
arte demoniado
lírico, pero yo
que también tengo
derecho a juzgar me
creo que si estos son
sus únicos defectos,
serán un señalamiento
de perfecciones.

Villaverde

El milagro de las rosas

I

La cuadriga avanzaba, al galope, por la amplia vía de laureles y de mirtos poblada de estatuas.

La frescura musical del agua, al salpicar el mármol de las fuentes albeantes entre el verdor metálico de los jardines, mitigaba la caligie estival.

Dyonisios, de pie sobre el carro de húmedo cedro de Ida, fustigaba los corceles. Relinchando sacudían las largas crines blancas, y atronaban el suelo con el rítmico y sordo martilleo de sus cascos teñidos de púrpura. Bajo las herraduras de plata, saltaban rotos los guijarros, y el vaho cálido que exhalaban sus narices dilatadas, voraces sorbedoras de aire, flotaba entre los ramajes y se perdía humeando en el esmalte azul del cielo.

Eran cuatro caballos tyrios, acostumbrados a las aclamaciones triunfales en el estado de Olimpia, armónicamente estatuarios, dignos de ser uncidos por el cincel de Milón al carro de Helios sobre los frisos dóricos del Templo de Delfos.

En los bordes del camino, bajo los plátanos, los niños suspendían sus juegos, e inmóviles, con el disco aun en la mano, contemplaban aquel vertiginoso deslumbramiento de ruedas de oro, hasta que desaparecía, a lo lejos, entre nubes de polvo.

Dyonisios no precisaba de aquella celeridad. Pero su

alma, ávida gustadora de la embriaguez del vértigo, amaba los vuelos desmesurados de la Quimera y las locas fugas de las carreras frenéticas.

Los coreces se detuvieron, por fin, jadeantes y sudorosos, junto al Templo de Afrodita.

Varios esclavos agrupados en torno de una pequeña estatua de la diosa, en cuyo plinto se deshojaban coronas de ciclamos y violetas, se acercaron a la cuadriga.

Dyonisios descendió ágilmente, y mientras un lindo efebo le recomponía los pliegues del manto, dijo a Dioscoro, su liberto:

—¿Y Lais?

—Está cumpliendo sus votos. Ella misma condujo hasta el altar, en una canastilla de flores, las tórtolas propiciatorias. Una pareja de esta primavera, que yo sorprendí, al calor del alba, entre los adelfos del Iliso. Las aves, ateridas de frío, temblaban entre mis manos, y Lais, sacudiendo de su plumaje las últimas gotas de la noche, las metió bajo la túnica, calentándolas entre los senos.

Se acercaron al Templo, reverberante de sol, en la deslumbradora blancura de los mármoles gloriosos. Sus líneas, supremamente armónicas, se recortaban rígidas sobre un triunfo de azul.

Grupos de legionarios romanos, sentados en las gradas, apuraban, a grandes tragos, anchas cráteras de vino mezclado con miel.

Bajo los pórticos, núbiles flautistas, ensayaban un aire litúrgico de melancólica voluptuosidad. Sobre la clara gasa de los mantos y entre las largas cabelleras ondulantes, azuleaban, con reflejos marinos de turquesa, pequeños ramos de jacintos. La pierna derecha, surgiendo desnuda entre la abertura de la túnica, marcaba el ritmo musical, golpeando levemente con el extremo de las sandalias bermejas el marmóreo mosaico del pavimento.

Mercaderes de frutas y amuletos ensordecían el aire con sus pregones insinuantes y agudos, alargados en una canturía monótona.

A veces, se abrían paso entre la multitud cuadrillas de esclavos encorvados por el peso de la carga. Los torsos desnudos sangraban al sol, bajo el látigo de los custodios.

Una cortesana, tan gruesa que al andar tenía que apoyarse en los hombros de dos siervos etíopes, verdaderos héroes de basalto, tambaleándose bajo su enorme tiara oriental constelada de gemas, se aproximó a Dyonisios y quiso retenerle por el manto.

Dyonisios la rechazó bruscamente.

Aquella muchedumbre envilecida de filósofos y parásitos, hetairas y mercaderes, le inspiraba una repugnancia tan profunda, que mil veces pidió a los dioses su exterminio.

Pero los dioses habían huído de Grecia. En sus altares se alzaba, ahora, un Olimpo bárbaro y sangriento.

Corrían de boca en boca las más estupendas narraciones.

Unos pastores hallaron la siringa de Pan, rota y olvidada a orillas de una fuente. Al tocarla exhaló un lamento tan triste que huyeron aterrorizados, y, abandonando el rebaño que se estaba a la sombra de un bosque de encinas, regresaron a la ciudad, lívidos, jadeantes, sin habla, yendo a caer exánimes al pie de la estatua de Zeus, en la celda del Partenón.

—¡Los dioses se van!—gritaban los filósofos refugiados en las bibliotecas de Alejandría, bajo la influencia monoteísta de las cosmogonías orientales.

—¡Los dioses se van!—gemían los oráculos de Cumas y de Eritrea.

—¡Los dioses se van!—repetían las Pitonisas, lívidas como agonizantes, retorciéndose en las últimas convulsiones de su locura sagrada.

Y este mismo grito fatal y agorero repercutía también en el corazón de la Grecia.

En todas las conciencias se había hecho la sombra, y las pupilas, roto el espejo encantado de la fe, ya no perse-

guían en las aguas, en los campos, en las brisas y en los cielos las huellas fugitivas de las alegres Divinidades.

Las mismas costumbres se resistían también de influencias extrañas, y hasta la Belleza había perdido sus líneas impecables, maculada entre los brazos de aquellos bárbaros de rostros feroces y ojos de niños: ojos de claridades azules con turbios reflejos verdes, como el cristal de sus lagos y la corriente de sus ríos bajo el misterio druídico de sus bosques.

Dyousios palidecía de ira al pensar en tales profanaciones y en la senil impotencia de su pueblo para resistirlas.

Sólo Lais sabía hacerle olvidar estas amarguras.

Recordaba la campestre poesía de su primer encuentro.

Bajo los oros flúidos de un lejano mediodía primaveral, en la calma fresca y olorosa de un recodo florido, junto a la vieja fuente que brotaba a la sombra de los altos laureles, sus ojos, fatigados de tanta deformidad, se bañaron de belleza y de alegría en las formas armoniosas de aquel grácil cuerpo adolescente, que avanzaba majestuoso, como al son de una lira, con un ánfora de cobre a la cabeza.

Admirado de los clásicos y puros lineamientos de aquella figura, le preguntó su nombre.

La adolescente alzó los grandes ojos profundos, sus ojos en que revivía el misterio de los antiguos mitos, y le suspiró quedamente, con voz que era como el temblor musical de la brisa entre las hojas sonoras de un cañaveral húmedo de rocío:

—Me llaman Myrta. Tengo trece años y nací en Lesbos, al pie de las rocas que recibieron las últimas lágrimas de Safo. Soy esclava de Pompilio, centurión romano.

—¿Y estás contenta?

—Como los ruisseños enjaulados. Nací griega, y amo la libertad sobre todas las cosas.

Y la rebelde energía de esta respuesta acabó de conmoverle.

Al día siguiente se la compró al centurión. Le dió libertad, y recordando el encuentro del divino Apeles con Lais la cortesana, le dió este nombre.

Aquella misma noche, ella, voluntariamente, vestida con su propia desnudez, fué a llamar a las puertas de la cámara, y con un impudor sagrado se le ofreció sobre su mismo lecho.

—Tómame... Soy tuya.

Y tendiéndole los brazos le atrajo sobre sus senos.

Y desde entonces, la belleza y el amor de Lais le hicieron olvidar las lujurias mercenarias de aquellas abigarradas cortesanas, que envueltas en sus peplos amarillos y con sus pelucas doradas, se ofrecían en la cercanía de los templos y bajo los naranjos de los muelles.

II

En un extremo de la plaza se aglomeraba atenta la muchedumbre.

Un extranjero hablaba, lentamente, con voz severa.

Su perfil se destacaba con el vigor de líneas de un bajorrelieve, esculpido nítidamente en la serenidad azul, sobre el fondo verdoso de los jardines cercanos.

Los cabellos descendían, enmarañados, sobre los hombros atléticos.

Luengas barbas grises solemnizaban la salvaje energía de aquel rostro visionario.

Sus ojos de águila relampagueaban bajo el arco de las ásperas cejas.

Vestia tosco sayal ceniciento, y al hablar, las manos se elevaban, en un gesto de bendición, hacia el cielo.

—Atenienses—decía—, vivís de supersticiones. Mas en vuestro santuario también se alza un altar con esta inscripción:

“Al Dios no conocido.”

Yo os hablo en nombre de esa Divinidad que honráis sin conocerla.

El Señor, como creador del cielo y de la tierra, no habita templos fabricados por la mano del hombre.

¿Por qué, pues, buscáis a Dios, palpando en las tinieblas, como ciegos, si en ninguna parte se halla?

El está, sin embargo, dentro de nosotros.

En El vivimos y nos movemos, y somos, según un poeta vuestro, de su mismo linaje.

¿Para qué esas construcciones fastuosas?

El corazón del hombre puro es el verdadero templo de Dios. Allí no necesita sacerdotes ni sangrientas víctimas.

Ofrecedle, como único sacrificio, la inmólación de las pasiones, y vuestra alma será el altar más agradable a sus ojos.

Para orar debemos encerrarnos dentro de nosotros mismos, y en secreto elevar el espíritu hacia el Eterno Padre.

El está en todas partes, y desde su trono de nubes se inclinará para escucharnos, si, semejantes a los niños llenos de fe y de confianza, le decimos:

“Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre...”

La voz del extranjero se elevaba cada vez más solemne.

Un presentimiento divino estremecía los corazones.

Las flautas enmudecieron, y hasta los legionarios dejaron de beber para oírle.

Dyonisios preguntó a Dioscoro:

—¿Quién es ese hombre?

—Un judío llamado Pablo, natural de Tarso, en la Cilicia, y discípulo de un profeta de Galilea a quien Tiberio mandó crucificar.

Ha causado el asombro del Aerópago.

Dyonisios, el filósofo, vencido por él en pública contienda, es hoy uno de sus más fervorosos secuaces. La bella Dámaris abandonó por él su vida licenciosa. Repartió su riqueza entre los pobres, dió libertad a los es-

clavos, y vestida de pieles se retiró a los montes a hacer penitencia.

Cuentan de él maravillosos prodigios.

Las puertas de las cárceles se abren por sí mismas a su paso.

En Filipos, con una sola palabra lanzó del cuerpo de una doncella el espíritu pitónico que le poseía. Y a Lidia, la célebre vendedora de púrpura de Tiatira, le curó una úlcera rebelde que le corroía el seno, sólo con proyectar sobre ella la sombra de sus manos.

En Listra había un pobre paralítico de ambas piernas que, sentado a la puerta de su casa, lloraba amargamente su desgracia.

Pablo pasó, acompañado de sus discípulos, y le dijo:
—¡Levántate y anda!...

El paralítico saltó, corriendo loco de felicidad, a abrazarse a sus rodillas.

Las gentes gritaron:

—¡Dioses semejantes a hombres han bajado a la tierra!

Y creyéndole el mismo Zeus, empezaron a aclamarle y reverenciarle con tal escándalo, que tuvieron que intervenir las varas de los lictores.

Todo esto cuentan de él las turbas que le siguen, gente infecta y despreciable.

“El Pretor le ha amenazado con echarle a palos de la ciudad si promueve algún disturbio.” Estas palabras del liberto avivaron la curiosidad de Dyonisios. Se apoyó en una columna, dispuesto a continuar escuchando.

“Vengo a anunciaros la Verdad. El Señor os avisa para que creáis, porque vendrá día en que seréis juzgados ante la justicia de Aquel que vino a la tierra a morir por nosotros.”

El acento del extranjero parecía poner un sello de fe en los labios.

La muchedumbre le rodeaba absorta.

Los mismos mercaderes olvidaban sus pregones y los asnos cargados de frutas, para mezclarse entre los oyen-

tes, arrastrados por el extraño sortilegio de aquella voz fascinante en su propia austeridad.

Hablaba ahora de la Pasión y Muerte de su Divino Maestro.

Repetía las parábolas que Jesús improvisara a la sombra geórgica de las olivas, en campos de trigo, mientras el viento de la tarde hacía ondular suavemente las mieses maduras.

Explicaba uno por uno todos sus milagros, y describía la escena de su muerte gloriosa:

—“El trueno estremeció las montañas.

Las sombras amortajaron la tierra.

El velo del templo se rasgó en dos pedazos, y las manos de los muertos, resucitados, volvieron a llamar familiarmente a las puertas de sus hogares.”

Después se puso a referir su historia:

Fué encargado por el Sahendrín de Jerusalén de perseguir a los sectarios de Cristo.

Su severidad había llenado las cárceles de mujeres y de niños.

Sus propios ojos contemplaron el martirio de Esteban, uno de los primeros discípulos.

—“Mas aconteció que yendo un día a Damasco, de repente, a la hora en que el sol brillaba más en el cenit, una luz del cielo envolvió mi camino.

Los que me acompañaban se quedaron atónitos, como sumidos de pronto en un sueño profundo.

Mi caballo, espantado, se encabritó, y caí desvanecido al suelo.

Entonces oí una voz que, dolorida, murmuraba:

—¡Saulo, Saulo! ¿por qué me persigues?

Y la dulce figura de Jesús de Nazaret apareció ante mis ojos, envuelta en claridades tan intensas, que mis pupilas cegaron.

Yo me atreví, al fin, a suspirar:

—¡Señor! ¿Qué debo hacer?

—Levántate y marcha a Damasco.

De manos de mis acompañantes entré en la ciudad. Allí recobré la vista y me fué revelado mi destino.”

El silencio era tan profundo, que se oía el aletear de las palomas que en blancas bandadas cruzaban el azul, y hasta el temblor de alguna hoja seca que la brisa hacía revolotear sobre la muchedumbre.

Pablo proseguía:

Anunciaba la resurrección de la carne, prediciendo un reinado de amor y paz sobre la tierra.

“¡Ni esclavos ni señores! Los hombres, todos hermanos, entonando juntos las alabanzas del Señor!”

Un alegre murmullo apagó las últimas palabras del Apóstol.

Lais salía del Templo, flotando el sutil velo de gasa que dejaba adivinar las rosas vivas de su olímpica desnudez.

Los finos cabellos, sujetos y separados en la frente por ancha cinta de púrpura, y recogidos sobre la nuca por largo alfiler de plata, ceñían su cabeza como un casco de oro.

Dos esclavos impúberes le precedían, tañendo flautas; y en torno de ella, coros de doncellas, coronadas de rosas, danzaban, cogidas de las manos, como en una alegoría de la Aurora.

Pablo continuaba:

—“Encantos pasajeros de los sentidos, ¿qué sois comparados con los eternos goces del espíritu?”

Nadie le oía. Todos los ojos se volvieron al Templo.

Las flautas dejaron escapar un aire ligero y faunesc.

Lais descendía las gradas con la ritual serenidad de una diosa.

Los collares de falos de oro que serpenteaban alrededor de su cuello, sujetos por una cigarra de esmeraldas, fulguraban al sol en medio de la irradiante blancura de los mármoles y el lino ondulante de las túnicas. Y el milagro de su pierna desnuda, al extenderse para alcanzar los peldaños, resucitaba la euritmia y el blancor de aquellas esculturas gloriosas que en el interior del Templo,

entre el incienso y el humo de los sacrificios, se elevaban serenas sobre los plintos, seguras de su inmortalidad.

Los legionarios, ebrios, aullaban de deseo en sus lenguas ásperas y salvajes, levantando en su honor las anchas cráteras.

Las mismas cortesanas arrancaban las flores y las cintas de sus tocados para arrojarlas, como ofrendas, a los pies de la aparición gloriosa.

Y en todos los corazones despertaba un sentimiento de veneración hacia la Belleza triunfante y única.

—¡Afrodita! ¡Afrodita! ¡Embelléce con tus ojos nuestras mercancías! ¡Ennoblécelas con el contacto de tus manos!...

Y los vendedores, agrupados en torno de ella, pálidos de emoción, le tendían velos finísimos, verdaderos tejidos de aire y de luz; alfombras de Persia, joyas egipcias en las que relampagueaba el esmalte de oro de los escarabajos sagrados; espejos de plata bruñida con mangos incrustados de piedras preciosas; resinas y gomas de la Arabia, y abanicos de pluma de avestruz.

A lo lejos seguía resonando la voz del Apóstol con la lenta y austera severidad de un anatema.

Algunos esclavos y varios marineros inválidos, tullidos, astrosos, le seguían escuchando, apretándose en torno de él, como para evitar a sus ojos impotentes el dolor de aquel espectáculo de Juventud y de Belleza.

Dyonisios se adelantó, abriéndose paso entre la muchedumbre con ayuda de las varas de los siervos, y alzando a Lais en sus brazos la condujo, en un noble gesto de orgullo, hasta la cuadriga.

Blancas nubes de palomas ocultaron el sol.

Las guirnaldas que festoneaban las columnas del Templo se deshojaban lentamente. Y el humo de los sacrificios y el perfume de los jardines de la Diosa impregnaban la suavidad del aire de caricias tan sutiles, que hacían arder bajo las túnicas las carnes, y palidecer mortalmente los rostros en la exaltación suprema del deseo.

El látigo vibró. Los corceles se encabritaron, y relinchando, partieron a galope por la amplia vía de laureles y de mirtos, mientras las últimas llamaradas del incendio solar resplandecían en el áureo escudo de la estatua de Minerva que, vigilante sobre la colina de mármoles gloriosos, apoyada en su lanza, custodia la ciudad.

III

Celebrábanse las grandes Panateneas.

En la orgía luminosa y cálida del sol estival, las amplias vías engalanadas con arcos de triunfo y ramos de mirto, eran como las vivas arterias de aquel desbordante mar humano que se precipitaba, clamoroso, desde las cien puertas de la ciudad, hasta las estribaciones de la Acrópolis, invadiéndolo todo con el tumulto ensordecedor de sus voces.

Los mármoles de las estatuas y de los fontispicios atemperaban las violencias de la luz cenital, el claro azul del cielo y el verde brillante de los jardines, con los trémulos reflejos de su olímpica blancura.

El aire era una fiesta de perfumes: de mirra quemada sobre trípodes de bronce, de óleos, de flores, y de frutos maduros.

Una persistente y sorda marea de gritos y canciones, rodar de carros, gemidos de cítaras y sollozos de flautas, ascendía hasta el azul. Y a veces, las nubes de polvo proyectaban sobre la movible policromía de las ágoras las sombras fugitivas de su vuelo gigantesco.

Dyonisios, desde la terraza de sus jardines, contemplaba aquel incesante desfile de la muchedumbre que, con sus gritos y sus carreras frenéticas, profanaba la solemne majestad de la fiesta, la más piadosa de todas cuantas celebraba la Ciudad en honor de su Divina Protectora.

—Dyonisios, por Palas ¿qué mal pensamiento enarca

tus cejas, semejantes a las del Padre Zeus, cuando vibra el rayo contra los Titanes, mientras la Victoria refrena el ímpetu de los corceles sagrados, tendiendo al viento la gloriosa movilidad de sus alas?

Dyonisios alzó la frente.

—¡Polígnoto! ¡Que los Dioses bendigan estos ojos que te vuelven a ver después de tanto tiempo!

Y estrechando al recién llegado contra su pecho, continuó:

—¿Cuándo llegaste de Roma?

—Al amanecer atracó la galera de Lisipo de Samos al puerto de Falera. Y gracias a Minerva puedo contemplar de nuevo su Ciudad en el día más espléndido de sus fiestas. Colgué mis ex votos en los altares de los dioses marinos, y vine en tu busca.

Se alejaron conversando por los floridos laberintos.

A través de los ramajes se veía pasar la muchedumbre, en un relampagueo fascinante de joyas y de metales, en un deslumbramiento fugitivo de colores y velos flotantes.

—¡Los Dioses se van!—continuaba Polígnoto—. Y nosotros nos vamos con ellos. Estamos irremediablemente perdidos.

Nuestro ardor, la fiebre de juventud y de vida que nos poseía, nos obligó a expandirnos por el mundo, y perdimos, con nuestra concentración, la fuerza primordial, la virtud más heroica de nuestra sangre.

La proa de nuestras naves abrieron nuevos surcos en todos océanos; no hay un palmo de tierra que sandalias griegas no hayan pisado en señal de dominio.

Señalamos nuevos vértices al pensamiento, y ante el mundo entero, atónito de admiración, hicimos surgir del fondo de las olas, en su carro de nácar conducido por las palomas y custodiado por los delfines, la apoteosis triunfal de la Belleza, la eterna madre del Amor.

Mas ¿qué importa que nuestro pensamiento y nuestro Arte floten sobre todos los naufragios del Tiempo, si ya no nos pertenecen?

Dimos a los bárbaros todo cuanto poseíamos.

Envejecimos prematuramente. El ansia de investigar el porqué de las cosas, acabó con la antigua fe. Y hoy nuestros templos y nuestros dioses son como cosas inútiles que nos legaron los abuelos, y que nosotros conservamos sólo por respeto a los muertos. Queda en los labios el nombre de las Divinidades, pero su símbolo ha muerto en nuestro corazón.

Hasta el culto de los Héroes se va extinguiendo, como las brasas de un fuego sagrado que nadie aviva. Los poetas prosiguen cantándolos, pero nadie los imita ya. En nuestra tierra se están secando los laureles.

Roma, más joven, más fuerte, recoge nuestra herencia, y con el poder de sus armas domina el mundo. Pero Roma es bárbara. Bajo su túnica griega late siempre su corazón de loba. Unció a los más poderosos monarcas de Oriente a su carró de triunfo, pero el Oriente penetró también en su corazón como un veneno infeccioso.

A la antigua seriedad de Triptolemo que sólo abandona la esteva y empuña la espada cuando el enemigo invade sus campos, sucedió una agresiva embriaguez de rapacidades y conquistas.

El valor se transforma en crueldad.

El mismo pueblo, acostumbrado ya a vivir de los botines de la guerra y de la magnanimidad de los triunfadores, olvida sus derechos, y sólo pide, aullando en torno del palacio de los Césares, ¡pan y circo!

Sus fiestas no tienen ni la gracia ni la belleza de nuestros juegos.

Los atletas no luchan desnudos, sin más armas que el vigor de los músculos y la celeridad de sus movimientos, para obtener en la carrera o gladiando, el ramo triunfal de encina, y añadir un nuevo trofeo a las glorias de su ciudad nativa.

Combaten armados, con encarnizamiento de fieras famélicas que a dentelladas se disputan la presa, hasta caer desangrándose, en estudiados gestos de histriones,

ante la impávida indiferencia del César y el entusiasmo frenético de los espectadores.

Nada, sin embargo, más hostil a nuestra sensibilidad como las fiestas circenses.

Asistí al circo un bello día primaveral.

En las magnificencias de la luz se esculpían nítidamente las figuras con relieves fulgurantes.

En el aire, tibio de sol, se insinuaba ya un fresco perfume a cálices recién abiertos, brotes tiernos, hierbas húmedas y jardines en flor. El incesante gorjear de los pájaros parecía envolvernos en cálidas caricias de nido.

Las turbas se agolpaban, gritando y gesticulando, en torno a las puertas de bronce, en un oleaje encrespado y tumultuario de colores, de cabezas ululantes y puños crispados. Invadían las anchas graderías de pódido labrado, en un violento triunfo de color, aullando de entusiasmo, como hienas que husmean en las brisas cargadas de desolación y de noche, el acre olor a sangre de las manzanas nocturnas.

Las cráteras de vino corrían, hasta agotarse, de boca en boca.

Los brazos se alzaban tremantes, como en la locura de la embriaguez, y las miradas, ardiendo de deseos, apuñaleaban el espacio, buscando entre las gradas, en las tribunas, en el sol, en el azul y en el aire, senos desnudos donde posarse, labios abiertos en que saciar su sed infinita de lujuria.

Los heraldos hicieron sonar sus largas trompetas de plata.

Hubo una pausa de silencio.

Estalló un círculo de vítores. La pálida figura del César, envuelta en un manto amatista bordado de águilas de oro, apareció en la tribuna, rodeado de familiares y pretorianos.

Tomó asiento bajo un dosel de púrpura constelado de gemas, cuyo importe bastaría para atender a las necesidades de todo un pueblo. Luego aparecieron las citáridas, las flautistas y las vestales. Y por último, los poetas,

ceñidos de laurel, entre cuyos dedos temblaban las cuerdas de plata de las tortugas apolíneas.

El aire era una fascinación de luz: una cálida pesadilla de oro, púrpura y azul vibrantes.

Flameaban los mantos; espejeaban las corazas y las armas bruñidas; relámpagos de iris fulgían de los metales y de las piedras preciosas.

Un agudo perfume de lujuria primaveral lo invadía todo; parecía ascender como sangre febril y encelada por las venas del silencio y del éter hasta el corazón humano.

En los rostros ardía la misma expectación; igual deseo sangriento florecía en todos los labios, y en los puños crispados y en las voces estentóreas temblaba una misma impaciencia.

Bajo mi manto sentía crepitar la sangre hasta retorcerme las venas, y mis dedos se clavaban en la carne en un encorvamiento de garras.

De repente se abrió de par en par la amplia puerta de bronce, y un coro de adolescentes, de vírgenes y de ancianos, invadió, lentamente, con la blancura de sus trajes y la suavidad de sus cantos, la candente soledad de la arena.

La multitud aullaba de júbilo; les tendía los brazos, increpándoles, presintiendo ya la suprema voluptuosidad de la matanza.

El coro avanzaba, salmodiando estrofas de una belleza moral única. Las figuras se apretaban las unas contra las otras, como para esconderse de la voracidad de las miradas.

Rostros de una expresión inefable, como sólo se ven en las antiguas estatuas de los dioses.

Se arrodillaron en mitad del circo, y con los ojos y las manos tendidas al cielo, continuaron sus salmodias, ajenos a cuanto les rodeaba.

Mi corazón se conmovió ante la dulzura de aquellas voces que deben ser como las últimas que las Parcas cortan en la garganta de los moribundos.

—¡Son los cristianos!—murmuró Menandro de Abdera, el célebre filósofo estoico—. Criaturas de bondad y de fervor que estos bárbaros se empeñan en exterminar, porque predicán el amor a Dios, el respeto a las leyes y la igualdad entre los hombres.

Y su voz era queda, temerosa del fino oído de un delator.

Frente a mí se destacaba el bello perfil de una doncella, de actitud tan noble y tan casta, que me hizo pensar en la Palas Atenea que el divino Fidias cinceló en oro para eternizar el triunfo de nuestras armas contra los persas.

Y mi pecho, que ha recibido impávido, seguro en su experiencia, todas las flechas de Eros y todos los mensajes de las palomas de la Diosa, se sintió de pronto traspasado ante la armonía suprema de aquella figura virginal, ante la nobleza del rostro y la ternura de aquellos ojos inmóviles, como petrificados en una férvida adoración interior.

No eran deseos, no.

Hubiera querido transportarla en una galera empavesada hasta la Ciudad; armarla del casco y de la lanza de oro que Cleomones cinceló para la Minerva del Partenón, y colocarla después sobre un plinto de mármol pentélico, en el sagrario de mi casa, como una estatua viva de la Eterna Virgen.

Ante ella hubieran ardido las mirras de todas las adoraciones. Y el humo de los más puros sacrificios perfumaría constantemente su templo.

A mi lado, Menandro, palidecía también contemplándola.

—Es una de las más nobles hijas de Roma—murmuró a mi oído—. Sus manos eran las más hábiles para tañer harpas y derramar el oro sobre los necesitados. Sus ojos, hechos al fausto de los palacios y al brillo de los gemas, han derramado bálsamos de consuelo sobre las miserias más sórdidas, sobre las úlceras más repugnantes. Es una flor de bondad y de gracia que va a dar su perfume a los cielos, después de haber agotado sobre la tierra el rocío

de sus ternuras.. Pura y sabia como la Minerva que protege tu Ciudad.

Un grito formidable estremeció el espacio: las palomas que se arrullaban en los frisos de las columnatas hubieron espantadas, dejando un temblor de sombras fugitivas sobre el luminoso entusiasmo de la fiesta. Parecieron posarse un instante sobre el grupo de cristianos y acariciarlos con sus alas.

Se alzaron las compuertas de los cubiles, y olfateando, erizadas y enormes, aparecieron las cabezas de los leones, de los tigres, de las panteras, de todos los monstruos del desierto.

El pueblo entero se alzó de sus asientos, ávido de no perder ni el más insignificante detalle, y quedóse un instante suspenso, conteniendo la respiración, con los ojos fijos en las fieras, mientras los cristianos, sin preocuparse, continuaban de rodillas, entonando con voz cada vez más sonora las alabanzas de su Dios.

El César acababa de apurar, indiferente, una ancha copa de vino espumoso.

Las fieras avanzaron cautelosamente, erizados los lomos, azotando los ijares con las colas vibrátiles, desentumeciendo la elástica vivacidad de sus miembros ágiles y fuertes.

Se quedaron un instante inmóviles, atónitas, con las fauces y las pupilas abiertas a la luz, y un rugido pavoroso saludó al sol.

El circo era un ciclópeo corazón palpitante de angustiosa ansiedad.

Los cristianos continuaban salmodiando sus alabanzas.

Las fieras gruñían sordamente. Bajo la piel costelada de sol, se transparentaba el móvil relieve de los músculos tremantes.

Un tigre saltó, por fin, sobre los cristianos, y un raudal escarlata humeó bajo sus garras.

La ansiedad de la multitud estalló en un clamor único. Las fieras, al olfatear la sangre, rugieron ferozmente,

y como poseídas por un instantáneo vértigo de destrucción, se precipitaron sobre el grupo.

Se oía el seco crujir de los huesos triturados entre los dientes voraces; el desgarrarse de las carnes bajo las zarpas violentas.

Continuaba ascendiendo el cántico sagrado, cada vez más sonoro, dominando los rugidos, los ayes y hasta las ruidosas exclamaciones de la multitud; que ya en plena orgía de sangre, increpaba con los más soeces denuestos a las víctimas, azuzando la voracidad de las bestias con agudos silbidos estridentes.

La doncella continuaba arrodillada, con las manos unidas sobre el pecho, los ojos fijos en la altura y los cabellos flotantes como un manto de sol por la espalda, semejantes a esos simulacros de la Piedad que los escultores cincelan en los monumentos funerarios.

Un león mostraba entre sus colmillos sangrientos pedazos de entrañas aun palpitantes.

Sacudió las crines y saltó sobre la virgen; y la carne inmaculada floreció como un lirio sangriento entre los girones de la túnica.

La muchedumbre, ebria de lujuria, quería violar con sus ojos aquella intacta desnudez sanguinante. Y la carne virginal se estremecía, más roja de rubor que de sangre.

De pronto, Menandro, lívido y desencajado, descendió a la arena, y su pequeño manto de filósofo se interpuso como un velo de pureza entre el cuerpo desnudo y la voracidad violadora de las miradas.

—¡Una víctima voluntaria!—clamaba la muchedumbre.

Yo no pude ver.

Salí del circo, febril. Sentía en los labios un acre sabor de sangre, y ante mis ojos ascendía, como el humo de un sacrificio, el vaho cálido y purpúreo de la matanza.

Mi corazón, que oyó sin inmutarse el silbar de los venablos, aun tiembla de espanto al recuerdo de aquella escena.

Una nueva fe parece despertar en las conciencias. Fe

tan poderosa que lleva a morir, sonriendo, a los niños y a las doncellas.

¿No recuerdas aquellas admirables máximas morales que nos legaron Sócrates y Platón?

En ellas se apoyan los nuevos creyentes; y los ojos verán otra vez sobre la tierra prodigios y milagros.

Se habían alejado hasta el centro del jardín. Como un rumor de colmena llegaba hasta ellos los clamores de la multitud jubilosa.

Bajo el pórtico de un templete, vestida de blanco, sin más adornos que las cintas de púrpura que ajustaban las sandalias y le trenzaban los cabellos, Lais daba trigo a las palomas.

En el fondo blanco de los mármoles, resplandecía el sol como en un escudo de plata.

En la quietud del aire se deshojaba el último perfume de las rosas, y parejas de golondrinas herían el azul con sus fugitivas saetas de sombra.

El gemido lejano de una cítara temblaba entre las hojas de los altos laureles.

IV

Terminaba el festín.

En la insinuante penumbra de los triclíneos, jóvenes patricios, coronados de verbena, acariciaban con sus pálidas manos enojadas las ambigüas testas de hermosos ganimedes.

Las cortesanas encubrían el misterio de sus voluptuosidades bajo la gasa de los velos.

Las cítaras gemían extenuadas en un trémolo de besos, y danzarinas orientales, arqueando lascivamente los brazos tatuados, agitaban sus piernas y sus vientres morenos en la embriaguez cataléptica de la danza. Simulaban los divinos estertores de las bacantes en los festiva-

les nocturnos del dios de los pámpanos, o la sorpresa imprevista de las ninfas al retorcerse de placer entre los brazos robustos de los faunos, sedientos de amor y ebrios de vino.

Dyonisios permanecía inmóvil, reclinado en su rico lecho de marfil y sándalo, extraño a todo, como un sonámbulo extraviado en las profusas marañas de un laberinto.

En vano Lais intentó reanimarle.

En vano las manos de la bella hija de Lesbos, manos irreales de luz y de armonía, enjoyadas con su propia belleza, se enredaron en una caricia de suavidad a sus cabellos, y las sintió temblar, después, deslizándose como serpientes de tentación y de fiebre, a lo largo de su carne, bajo la seda cálida del manto.

En vano los ojos amados, cambiantes como las ninfas al sol: ojos que, siendo negros, tenían reflejos azules al encenderse, chispas de oro al entornarse y verdores de planta acuática en la estrábica dilatación del deseo; en vano aquellos ojos se abrieron en claridades fosfóricas, mirándole con una fijeza irresistible, húmedos de ternura, extenuados en una invitación desesperada, hasta cerrarse en el divino simulacro, bajo el temblor de los párpados agonizantes.

Los labios temblaron, sangrando besos, como los bordes de una herida fresca, dejando ver entre la nacárea blancura de los dientes la llama sutil y móvil de la lengua, esperando la avidez de los besos mortales. Y los brazos ebúrneos, cargados de manillas de oro, resplandecientes de escamas de pedrería, intentaron inútilmente enroscarse a su cuello, invitándole a apurar sobre las erectas magnolias de los senos el licor sagrado que da la vida y que a veces también causa la muerte.

Los ojos fatigados de Dyonisios se clavaron en las hondas pupilas absorbentes, hallándolas tan extrañas, tan otras, que volvieron a cerrarse para continuar mirando en su interior los confusos y remotos panoramas de su ensueño.

Lais inclinó la frente, y curvando su grácil cuello de cisne, besó con suavidad los párpados herméticos, maternalmente, como si fuesen los de un niño enfermo a quien se teme despertar.

Dyonisios sentía su carne muerta en la gárrula banalidad de aquel festín, donde las líneas clásicas de la Belleza saltaron brutalmente rotas, con los pedazos de la primera ánfora que un convidado ebrio arrojó sobre el polícromo mosaico del pavimento.

Se daba a sí mismo la sensación de ser alguna de aquellas viejas momias enfajadas de unguentos, que en sus viajes al país de los Faraones había visto tantas veces, presidiendo los más equívocos y escandalosos banquetes.

Su espíritu le abandonaba, arrastrado por ignotos impulsos hacia vértices desconocidos, desde los cuales veía los objetos y los seres como a través de altas aguas turbias.

Y a veces la figura apostólica de Pablo de Tarso aparecía nebulosa, con los brazos tendidos hacia el cielo, como señalándole un nuevo dromo a su espíritu, anhelante de fúlgidas metas de reposo.

Los esclavos cambiaban las últimas coronas a los convidados.

Céleres niñas, desnudas, con los cabellos enguirnaldados de narcisos, escanciaban con bellos gestos escultóricos, en frágiles vasos corintios, ventrudos odres de Chipre y de Samos.

De los trípodés de plata oxidada subía el humo azulado de las resinas de Oriente.

La música de perfumes y de agua de los surtidores refrescaba la pesadez del aire, mientras la lluvia de pétalos de rosa descendía de los velarios de seda, cada vez más suave, en un revuelo acariciante de alas de mariposas.

Dorión, un joven de ambigua belleza dionisiaca, envuelto en una túnica de púrpura franjeada de oro, pesada y suntuosa como la de un sátrapa, con los brazos, las piernas y las orejas agobiadas de ajorcas y pendien-

tes, levantándose perezosamente sobre el codo, dijo de pronto a Licino, célebre filósofo cínico, que en el lecho cercano se rascaba la áspera y punzante maraña de las barbas:

—¿Por qué, mi pobre amigo, andas así, desgredado, descalzo y sin túnica?

—Porque así me encuentro bien. Tengo lo preciso. A mis pies les basta con la tierra que pisan, y a mi carne con este manto raído y agujereado como el de uno de esos mendigos que te asaltan por las tardes, en la vía de los perfumistas y junto al muro de cerámica, inquietándote con la exhibición de sus llagas y con la implorante salmodia de sus súplicas. Mas ¿crees, por ventura, que mi cuerpo está más deteriorado que el tuyo?

—No. Pero rechazas inútilmente todos los dones que los buenos dioses prodigan a manos llenas sobre los mortales, para atestiguar su poder y misericordia. Eres lo mismo que el infeliz desfallecido de hambre, que en vez de aceptar las viandas que una mano caritativa le ofreciera, las arrojase a los perros famélicos que vagan hociqueando, al amanecer, en los despojos de los mataderos y entre la basura de los mercados.

—No desprecio nada. Mas no soy como vosotros que amáis lo superfluo sobre todas las cosas, y hacéis de vuestros semejantes asnos de carga, obligándoles a llevar colgadas del cuello vuestras literas.

Las mujeres tienen más necesidades que los hombres, y los débiles más que los fuertes. Los dioses no tienen ninguna.

¿Tú crees que a Hércules y a Teseo les obligó la necesidad a ir sin más vestidos que las pieles de las fieras y de los monstruos que ellos mismos desquijaban?

Poseían las riquezas y el poder, y, sin embargo, quisieron andar así; y antes se dejarían rasurar sus melenas los leones que ellos sus barbas.

Las mujeres, a su lado, sentían el acre y potente olor a macho, y les amaban.

Lais, la famosa cortesana, prefirió siempre las rudas ca-

ricias del inmundo Diógenes a los refinamientos del elegante Arístides.

Vuestro aspecto recuerda al de los bardejos que se ofrecen por unas cuantas baratijas en los muelles de Alejandría y de Corinto, y a la entrada de la puerta de Difilo, compitiendo en fastuosidad con las más ricas prostitutas.

A fuerza de acicalaros habéis perdido la virilidad de las antiguas estatuas. Si hoy no existen escultores dignos del preclaro prestigio de este nombre, es porque han desaparecido las bellas formas heroicas.

Vestís como las hetairas y acabaréis por cubrir vuestras cabezas con las doradas pelucas cortesanas.

Nada os conforma y de todo os quejáis, impertinentes como niños y lacrimosos como plañideras.

En las antiguas aljabas se enmohecen las flechas, porque vuestros brazos no pueden tender el arco glorioso de nuestros abuelos.

Rechazáis el óleo fortificante y los alegres juegos del gimnasio, ungiendo vuestros miembros con los más exquisitos perfumes y deformándolos en la ociosidad.

En vez de alzaros virilmente contra el poder de Roma, doblegáis el cuello bajo el látigo de los Procónsules. Y desde la cima del Capitolio, la loba romana, señora del mundo, se ríe despectivamente de vuestros gestos de histriones y de vuestros panegíricos de sofistas.

Ignorantes del verdadero camino, seguís sólo el que os marcan vuestras necesidades. Incapaces de domeñarlas, os dejáis esclavizar por ellas.

Os semejáis a aquel pobre hombre de la fábula que montó un potro sin domar.

Un amigo que casualmente pasaba le preguntó:

— ¿Dónde vas?

Y el infeliz, temblando de miedo, le respondió, señalando su cabalgadura:

— ¡Donde ésta quiera!

— ¡Que no grazne más ese grajo! — interrumpió la voz áspera de un comensal.

Dori6n le arroj6 una ostra, y Glycera el pedazo de mel6n que tenia entre los dientes.

Licino sorbi6se filos6ficamente la ostra y termin6 de apurar la raja de mel6n.

—¡A bañar ese perro sarnoso! ¡A bañarle!—vocifer6 Glycera.

Y las cortesanas, desgrefiadas, con los senos colgando por encima de las tunicas manchadas de vino, en una furia infernal de gritos y de carcajadas, se abalanzaron sobre el pobre fil6sofo, dispuestas a consumir la amenaza en alg6n plet6rico tonel.

El m6sero Licino se revolvia ridi6culamente entre aquellas manos 6vidas y febriles, que le estrujaban, arranc6ndole a jirones el manto y dejando al descubierto, entre los harapos, su 6spero pecho de jabal6 y sus lanudas patas de chivo.

Dyonisios, que habia escuchado las palabras del fil6sofo como si fuesen el eco de sus propios pensamientos, se levant6 r6pido a socorrerle, y con la ayuda de sus esclavos consigui6 arrebatarle a las cortesanas.

Las bailarinas, agotadas por el frenes6 de la danza, yacian inm6viles sobre ricos tapices de Persia, mostrando su desnudez marchita y estragada entre jirones de velos desgarrados y fragmentos de flautas y de c6mbalos rotos.

Algunas teas se consumian arrojando temblorosas zonas de luz sobre las paredes pintadas, como sombras de p6jaros errantes que vagasen aturdidos en el aire buscando por donde escapar.

La 6ltima perla de la clepsydra marc6 la media noche.

V

Despu6s de la fiesta, cuando las literas de los 6ltimos convidados se perdieron a la luz humeante de las antor-

chas entre los árboles del jardín, Dyonisios sintió un intenso deseo de soledad, y evadiendo las caricias de Lais, se refugió en el sereno recogimiento de su cámara.

Una vaga inquietud le atormentaba.

Se sentía desterrado en su propia patria. Grecia era para él una inmensa Necrópolis.

Filósofos y retóricos habían acabado juntamente con la Religión y con el Arte.

En sus Templos, cuyos mármoles blanqueaban en bosques sagrados de laurel, manos fanáticas llegaron a inmolarse víctimas humanas en honor de monstruosas divinidades.

Sandalias extranjeras profanaron el misterioso refugio de las Ninfas y de las Musas.

Y hasta sus ruinas eran transportadas en grandes flotas a Roma para adornar como trofeos las fastuosas calzadas imperiales.

Nada le ligaba a aquella sociedad degenerada.

Su mismo amor a Lais, más que pasión humana y ardiente, era sólo saudosa nostalgia de los bellos tiempos pasados.

Sus formas eran las únicas que podrían mostrarse desnudas al sol, en medio de la magnificencia de las insignes estatuas.

Amaba en el cuerpo impecable y en el espíritu amplio y armónico de la cortesana, a la Grecia antigua, al pueblo artista que había sabido colocar por encima de todos los cultos el inmutable y divino imperio de la Belleza.

Algo nuevo alboreaba en su espíritu, confusamente, como un sol de invierno entre las nieblas húmedas del amanecer.

Las palabras de Pablo resonaban persistentes en sus oídos. Iban y venían, sordas y tenaces, como el zumbido turbador y monótono de un abejorro, en el sopor de la siesta, junto a los surtidores borboteantes, bajo la sombra recatada de las vides pomposas.

Aquella vida, aquel mundo nuevo que surgía ante su

vista atónita, acabó por subyugarle, adormeciéndole en un ensueño diáfano y tranquilo.

En los lampadarios de bronce, la luz aleteaba como un pájaro moribundo.

Las brisas del jardín, entre perfumes enervantes, traían el rumor de la fiesta de los esclavos. Gritos y chillidos, risas y canciones que se alejaban y se perseguían indistintamente, y sobre las cuales, dominándolo todo, resonaba a veces el largo y estridente alarido de los pavos reales.

De pronto, Dyonisios abrió los ojos, presa de un súbito y brusco sobresalto, como si una mano invisible lo despertara.

La obscuridad le envolvía, y sólo allá en el fondo, por el hueco de las ventanas, penetraban el plateado resplandor de las estrellas y el azul profundo del cielo extático.

Un ruiseñor cantaba a lo lejos; y la poesía de aquella música nocturna le impresionó tan hondamente, que permaneció largo tiempo inmóvil, como suspenso en el encanto de sus notas, creyendo descubrir en ellas la clave de un misterio.

Y más bella, más precisa, resplandeciente de blancura en el negror trágico de la noche, surgió de nuevo ante su estupefacción la imagen apenas entrevista en las nebulosidades del ensueño.

Avanzaba serenamente, con los brazos abiertos en forma de cruz, por un camino irreal que florecía luminoso bajo el milagroso estelar de sus sandalias.

Las manos y el costado manaban tibios hilos de sangre, y su frente se inclinaba resignadamente bajo el dolor punzante y agudo de las espinas.

Llegó hasta el borde mismo del lecho, envolviendo a Dyonisios en la piedad ilimitada de su mirar sereno, repitiéndole, como un eco musical y dulcísimo, las últimas palabras de Pablo:

—Encantos pasajeros de los sentidos, ¿qué sois comparados con los eternos goces del espíritu?

El vió claramente la aparición; había sentido en sus

sienes calenturientas la misericordia de las manos talaradas, y hasta su aliento respiró un perfume de infinito.

Aun en sus oídos resonaba aquella voz única, voz de consuelo, que parecía envolverle en un olvido de sedas y de éxtasis.

Recordaba la historia de Pablo, y la voz misteriosa, y la claridad deslumbrante que le señalaron un nuevo rumbo, y creyó que también a él una mano de luz le indicaba el camino, en medio de la noche oscura de su alma.

Saltó del lecho, ávido de afirmar o desvanecer aquel ensueño, y mandó a sus siervos preguntaran en la ciudad la posada del Apóstol judío, deseoso de conocer las verdades que predicaba, y ser iniciado en aquel culto que hacía del amor principio y fin de la vida.

—Llévadle—dijo—las palomas más blancas, las pieles más costosas, las joyas más caras...

—Señor—exclamó humildemente, inclinándose hasta casi rozar el suelo con las manos, un viejo esclavo galileo— Pablo no admite más presentes que una buena voluntad. Vive con pobreza, y sólo acepta lo indispensable: un cuenco de agua y un pedazo de pan. Si quieres conocerle, yo te llevaré al lugar donde congrega a sus fieles: en un extremo de la Ciudad, bajo los plátanos de Illiso...

Dyonisios partió con el siervo.

El tráfico empezaba a despertar en las amplias vías de los comerciantes y en los alrededores del Mercado.

Grupos de marineros borrachos regresaban al Pireo, canturreando obscenidades y abrazados a la cintura de viejas prostitutas, cuyos flácidos rostros, todos ojeras, reflejaban el cansancio y el agotamiento de las largas noches viciosas.

Algunas literas, rodeadas de esclavos, atravesaban las plazas, de vuelta de alguna orgía sostenida hasta el amanecer. Entre los ricos cortinajes de púrpura y oro, se veían a veces ojos cargados de voluptuosidad, o pálidas manos enjoradas que se inclinaban para refrescar su ardor en el perfume matinal.

Los fruteros abrían con estruendo sus barracas, o descargaban largas recuas de asnos, mientras los recueros desinflaban a grandes tragos felpudas odres de piel.

En una enercijada sombreada de mirtos, la blancura de una estatua rasgaba las humeantes neblinas del alba, mostrando al caminante su plinto cubierto de coronas y de espigas votivas.

Bajo los pórticos del Mercado, vendedores de higos de Smirna disponían en anchas canastillas de mimbre, sobre pomposas hojas de vid, las fragantes mercancías, ensayando sus pregones insinuantes. Y de las entreabiertas barracas de las floristas se escapaba un húmedo perfume primaveral de flores recién cortadas, mientras manos expertas tejían ramos y coronas festoneados de hiedra y laurel.

Los primeros gorjeos de las golondrinas, que desentumecían las alas revoloteando en las altas cornisas, se mezclaban con el canto monótono y repiqueteante de las cordornices enjauladas.

En algunos umbrales humeaban, sobre trípodes de bronce, braseros de incienso, y las guirnalda que festoneaban sus puertas parecían revivir milagrosamente en la fresca matutina.

A orillas de una fuente, un rebaño de cabras ramoneaba en los zarzales floridos.

A lo lejos, envuelto en la claridad dorada del día, centelleaba con su blancura intacta de nieves inaccesibles el Partenón. En sus muros resonaban ya los primeros golpes de las piquetas que le despojaban de alguna nueva estatua, de algún friso, para ofrecerlo después en nombre de la ciudad al Procónsul romano.

VI

Fuera de las murallas, en la explanada sobre el Illiso, bajo los mismos plátanos donde un día volaron las palomas a picar trigo en las manos de Platón, Pablo, sentado en la escalinata de mármol de un templo derruido, hablaba a la muchedumbre.

Los primeros reflejos solares bañaban de oro la copa de los árboles, y las últimas neblinas se deshacían en el glorioso triunfo de la luz, humeando allá abajo, en los vallados de los pomares y de los huertos, en las cercas de los jardines y de los bosques de laureles y de adelfas, entre los cuales serpenteaba la plateada corriente del río.

Un perfume intenso a naranjos y limones maduros, mezclado con el vaho húmedo de la tierra mojada y los lejanos effluvios salinos que venían del mar y el aliento cálido de los jardines cercanos, flotaba pesadamente en el aire.

Dyonisios se detuvo un momento.

A su orgullo patricio repugnaba el contacto de aquellas gentes abyectas y humildes, que en el más religioso de los silencios escuchaban las palabras del Apóstol.

Eran esclavos escapados de las ergástulas, mostrando algunos, entre las cicatrices de las quemaduras, los sangrientos muñones de los brazos mutilados. Libertos miserables, sórdidos traficantes, jornaleros de manos callosas, marineros de piel tostada por el sol de todas las latitudes, rameras envejecidas en su oficio, cuyos senos flácidos colgaban por encima de las túnicas descoloridas, como frutos secos exprimidos por las manos y por las bocas de todos los caminantes; soldados bárbaros que, bajo las escamas de sus corazas, relucían al sol como monstruos marinos; mendigos, ciegos y paralíticos, entre los cuales se veía a veces, apoyada sobre el tronco de un árbol, la

austera silueta de algún filósofo... Toda la hez de la ciudad y de un pueblo abierto a las galeras de todos los países.

Un olor acre de sudor y de miseria exhalaba aquella multitud abigarrada. Dyonisios sintió una viva ansia de regresar a la ciudad. Una misteriosa atracción detenía sus pasos, y apoyándose en el pedestal de una estatua mutilada, se dispuso a escuchar:

Pablo, en medio de un corro de discípulos ávidos, cuyos ojos seguían atentamente las parábolas que en el aire trazaban las apostólicas manos de garra, refería uno de los más bellos momentos del Maestro Divino:

—“Resplandecían las lejanas montañas envueltas en la polvareda de oro del sol de Nizam.

Largas caravanas de camellos se perfilaban lentamente entre las arenas calcinadas.

Grupos de mujeres, con el ánfora en el hombro, regresaban, cantando, de las cisternas.

Un águila negra, una de esas voraces águilas que anidan en los altos promontorios de Galilea, cerniéndose majestuosa en el azul, proyectaba móviles sombras sobre la tierra.

Jesús, en compañía de tres de sus discípulos, iba a Betlem, llamado por una pobre viuda, cuyo único hijo agonizaba, invocando febrilmente el nombre de aquel dulce Rabbí de Galilea, tan amigo de los niños, a quien viera una tarde junto al brocal del pozo de Jacob curar con el solo bálsamo de sus palabras a un viejo pastor de la Idumea, mordido en el brazo por una serpiente venenosa.

Hablaba de la caridad.

Sus ojos ardían como soles bajo la sombra oscura de las pestañas.

Sobre la túnica blanca con franjas cenicientas, flotaban desparramados sus cabellos. Y el viento de la tarde estremecía y hacía ondular sobre el pecho su larga barba de nazareno, puntiaguda y acaracolada.

“Sé generoso, decía, pero no humilles al desvalido con tu generosidad.”

“Cuando des limosna, no mandes tocar delante de ti trompetas de plata, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las plazas. Socorre en secreto. Aquel que oye y ve en secreto, te recompensará.”

Su voz era lenta y suave.

Las mujeres se paraban para oírle, mirándole con los ojos húmedos de ternura. Los niños corrían sonrientes a besar las orlas de su manto. Desde los sembrados próximos, los labradores le saludaban agitando los brazos:

—“¡Se están cumpliendo las profecías! ¡Hossana al hijo de David, al enviado del Señor! ¡Hossana!... ¡Hossana!... ¡Hossana!...”

Jesús continuaba:

“No seas como esos ricos, licenciosos y avaros, que alimentan a sus siervos con las sobras de sus festines. Siéntate a los desheredados a la mesa de tu corazón, y comparte con ellos tu pan y tu vino. Si ves a tu hermano llorar, no intentes consolarle con prudentes palabras... Llorar con él... Esta es la verdadera caridad.”

Caminaba lentamente.

Bandadas de cigüeñas brillaban al sol como flechas de oro.

Los rebaños sesteaban a la sombra de las olivas polvorientas.

Un pastor tañía un rabel a compás de una monótona canción patriarcal, en la que se hablaba de tiendas plantadas en medio del desierto, de noches de luna, de maná del cielo, de leche de camellas y de vírgenes prudentes que encienden su lámpara esperando la llegada del esposo prometido.

Atravesaron campos sembrados, viñedos en flor donde las tórtolas gemían, jardines cubiertos de lirios.

De pronto se detuvieron a orillas de una fuente que brotaba, en un hilo quejumbroso y trémulo, entre la hendidura de las rocas.

En un ángulo del camino, al pie de una cabaña cubier-

ta de hojas secas de palma, un leproso, desgarradas las vestiduras, inmóvil y de rodillas, aullaba lastimeramente con las manos y los ojos elevados al cielo.

Su rostro relucía al sol como un bronce antiguo carcomido por la herrumbre. La frente era una sola llaga. Los labios se caían a pedazos, lívidos y purulentos...

Mateo el Publicano, uno de los primeros discípulos, que era rico en viñas y en ganado y tenía además una tienda de perfumes en el Atrio del Templo, sacó de entre los pliegues de la túnica una moneda de oro, y desde lejos, haciéndola girar en el aire, se la arrojó al leproso.

Pedro, el más rudo y hábil de los pescadores de Cafarnaum, quitóse del brazo el cesto de las provisiones que llevaba para el camino, y acercándose cautelosamente lo colocó junto al umbral de la cabaña.

Juan, el más joven y bello de los discípulos, el predilecto, aquel cuya cabeza de niño había sido tantas veces acariciada por manos divinas, desprendióse del manto de lino que flotaba sobre sus hombros, y andando con el extremo de las sandalias y extendiendo temerosamente los brazos, lo dejó caer, con la punta de los dedos, sobre la espalda del leproso.

Sólo faltaba el óbolo de Jesús.

El sol empezaba a declinar, coronando de rosas sangrientas las cumbres de las montañas vecinas.

Unos mercaderes se detuvieron a dar agua a sus camellos.

El Rabbí avanzó serenamente. Su perfil aquilino se destacaba majestuoso, nimbado por el último rayo del sol.

Alzó entre sus manos sagradas la cabeza monstruosa del leproso, inclinó la frente y le besó en los labios.

Los discípulos se quedaron inmóviles.

Los mercaderes, espantados, cayeron de rodillas, con las manos tendidas al cielo... Y hasta los camellos alargaron hacia Jesús sus melancólicas cabezas pensativas, en cuyos belfos temblaba un hilo de agua..."

VII

Dyonisios presentía que algo nuevo iba a florecer en su alma.

La tela de araña del misterio cedía ya bajo la tímida presión de sus dedos ávidos, próxima a rasgarse.

Sus ojos, que sólo habían admirado el ritmo de la línea y la magia del color, se abrían desmesurados ante horizontes infinitos, esperando la realización del milagro.

La excesa belleza de Lais le inquietaba. Huía de ella. Muchas noches la sintió gemir de abandono, implorante y desfallecida, a los umbrales de su cámara, golpeando inútilmente las puertas de cedro.

El pasado le inspiraba un pavor profundo. Temía el recuerdo, viendo en todo una amenaza y un peligro para su nueva fe.

Las últimas palabras de Pablo, al despedirse una tarde bajo los pórticos del Mercado, acabaron de convencerle.

—¿Qué dirías de un hombre que, al soltar un ave a la libertad del vuelo, colgase de sus alas las más pesadas joyas.

Así los deleites del mundo estorban para llegar al cielo.

Renuncia a todo, y todo será tuyo.

Vete al desierto.

En el silencio de la soledad Dios hablará por fin a tu alma, purificada por la penitencia de toda escoria terrena.

Y en la severidad de estas palabras creyó adivinar un mandato tácito.

—¡Es preciso, Señor, es preciso! Todo cuanto me rodea me recuerda la inutilidad de mi vida.

Y una mañana, cuando los gallos y las alondras presagiaban la aurora, abandonó su morada, sin otros bienes

que su cayado y su sayal, camino de los desfiladeros de la Tesalia.

De rodillas sobre un alto peñasco, con los ojos y las manos elevadas al cielo, el penitente oraba.

Nada al principio turbó el uncioso recogimiento de su espíritu. Pero bien pronto las Tentaciones, rasgando las sombras de su memoria, se acercaron, andando sigilosas, a hablarle al oído.

Era toda su vida, que surgía de nuevo materializada en diabólicas imágenes.

Se vió otra vez amado de los dioses, en plena adolescencia, fuerte y bello, cuando el misterio del sexo no había turbado aún las puras líneas de sus miembros.

Era músico durante el día. Cortaba las cañas más bellas y, combinándolas sabiamente, ensayaba en ellas los rumores que arrancaba el viento a los altos cañaverales animados.

De noche estudiaba el curso de los astros, prefiriendo siempre las constelaciones femeninas. Seguía el rastro de la cabellera de Berenice o los contornos del cuerpo de las Vírgenes. Encontraba entre ellas y su espíritu afinidades interiores, y contemplándolas recordaba aquella joven desnuda, sorprendida por él en las márgenes del río.

Una noche, a la entrada de un bosque de mirtos, volvió a aparecersele.

A través de las vestiduras sutiles era más vivo e intenso el perturbador encanto de su desnudez.

Sus miembros, largos y opulentos, evocaban la imagen de aquellas grandes ánforas, a cuyos cuellos los aldeanos ceñían coronas de violetas y de ciclamos.

Ella le cantó al oído, con una voz tan cálida que abrasaba su sangre, haciéndola hervir en las venas trémulas.

—Han pasado los tiempos en que las diosas se entregaban a los hombres y los dioses violaban a las mujeres. Sólo tú, tan joven y tan puro, podrás darme la ilusión de haber sido poseída por un dios. Las ondas de los vastos ríos me acogieron sin fecundarme, y en vano me ofrecí al alma de Zeus bajo la lluvia candente de los cielos. Mas

tú fecundarás mis flancos, que, semejantes a la cuenca de suaves colinas, esperan el empuje del río vigoroso y pródigo.

Y rasgando la túnica, se le ofreció desnuda bajo la alucinante fosforescencia lunar.

El, cayendo de rodillas, le quiso colocar sobre la testa, toda tremante, una corona de narcisos, como los aldeanos en las asas de las ánforas colmadas.

Mas ella, resbalando, le acogió sobre sus carnes prepotentes y, en un abrazo extenuante y doloroso, le condujo hasta los últimos límites del placer.

Y después, mil visiones violentas, mezcladas las unas con las otras, en gestos y actitudes que apenas recordaba, y sobre ellas resumiéndolas todas, entrafando en su cuerpo todo el encanto diabólico de la lujuria y del pecado, la imagen de Lais.

Le perseguía constantemente, rozándole a veces con el ardiente recuerdo de su carne tibia y perfumada. La veía, acechándole, a orillas del camino, a la entrada de la gruta, tendida al pie de la cruz de madera.

A lo lejos, bajo los pámpanos estremecidos, reían los sátiros burlescamente. Las ninfas, alegres, con sus sonoras carcajadas argentinas, estremecían los claros cristales de la fuente. Y el viejo Pan, saltando, ebrio, al son de la flauta de caña, hacía danzar, entre sus patas tuertas y lanudas, remolinos de hojas secas.

En las noches de inquietud y de silencio, cuando se oyen descender, temblando, los rayos de la luna, la aparición era más alucinante.

Se le acercaba, sonriente, tendiéndole los brazos, erectos los senos de rosa, llameantes los ojos de cantárida.

El, aterrórizado, huía. Huía, santiguándose, con los cabellos tendidos al viento; perseguido por su sombra, que tomaba en la carrera aspectos monstruosos.

Atravesaba las montañas, desgarradas las vestiduras, los pies ensangrentados, turbando con sus gritos angustiosos el sangriento ensueño de las fieras.

Por fin se ocultaba, trémulo, entre las rocas, y allí

permanecía inmóvil, con los ojos cerrados, sin atreverse a respirar. Al día siguiente se maceraba, hasta que, cubierto de sangre, caía desplomado en su lecho de piedra. Y así, a fuerza de maceraciones y de ayunos, intentó domar las lujuriosas rebeldías de su carne.

VIII

Lais, a la sombra de un rosal, acariciaba voluptuosamente los vértices de su seno contra la piel sedosa y tibia, casi viva, de una pantera.

Con las aletas de la fina nariz dilatadas, como para aspirar mejor su propia lujuria, sonreía, humedeciendo la quemadura roja de los labios con la vivacidad de su lengua de serpiente, acostumbrada al sabor acre de los besos sangrientos.

Las rosas parecían crepitar de fiebre, en el hervor del sol, y en torno de los cálices el zumbido de las abejas tenía la turbadora inquietud de un amodorramiento.

A lo lejos, en la paz tórrida de los viñedos, adormecida por la distancia, desfallecía la voz de una flauta, bajo la pereza perfumada y cálida de aquel medio día estival.

Las cigarras envenenaban el aire con el opio de su sopor somnoliento y pesado.

La cortesana agonizaba bajo la tenaz voracidad de un deseo único.

Su torso se contrajo en un encorvamiento de felino; los senos se plegaron sobre la piel, y por los anchos flancos estremecidos y a lo largo de sus piernas ágiles y egregias, pasaron en un temblor tumultuoso de muerte las últimas convulsiones del deseo.

El sol, filtrándose por los rosales, leonaba con manchas de luz la albura unánime de su desnudez estatuaria.

Hubo una pausa de agotamiento y de reposo.

La carne insaciable de la cortesana pedía besos sobre-

humanos. Bajo la herrumbre de oro de las axilas, se dibujaba sobre la piel la curva rosada de los senos.

Toda una vida de voluptuosidad surgía de las profundidades de su memoria, como una alegre fuga de bacantes ebrias escapadas de brazos infatigables y faunescos.

A los doce años, siendo esclava de Pompilio, se dejó violar por un vendimiador a la sombra de los pámpanos lujuriantes.

Recorría aun su carne aquel primer estremecimiento.

Tembló de espanto, hasta cerrar los ojos, al sentir en los senos aquellas manos velludas y pegajosas que exhalaban un agrio olor a mosto.

Cayó de espaldas bajo el resoplido fatigoso y cálido del sátiro, violentada su carne por un desgarramiento doloroso.

Después, algo así como si unos labios voraces absorbiesen toda su sangre, hasta dejarla exhausta, bañada en un sudor frío, sin fuerzas ni aun para entreabrir los párpados.

Luego, su encuentro con Dyonisios. La noche en que, presa de una viva inquietud, llamó a su cámara y conoció entre sus brazos todas las turbulencias del deseo.

Al recordarlo ahora, su sangre hervía con tal violencia, que sobre la blanca epidermis se esculpía nítidamente el azuloso relieve de las venas.

Y por último, aquella inconcebible fuga del amado... El despertar zozobránte como si un presentimiento le arrastrara... Descalza, apagando en la frialdad del mosaico el ardor de los pies, empujó la puerta, y a la luz grisácea del alba halló la estancia desierta y el lecho intacto.

Recorrió toda la casa, llamándole hasta enronquecer, mesándose los cabellos y golpeándose el pecho como una furia de tragedia.

Y así pasó días y meses, a solas con su locura, interrogando inútilmente al destino.

Mandó cuadrillas de esclavos en su busca, y al regresar, después de varios días, tostados por el sol, ensangren-

tados por las largas jornadas a través de caminos pedregosos, como no trajeran noticias del fugitivo, les mandó crucificar. Y sus gritos de angustia y de desesperación se mezclaron con los ayes y las contorsiones de agonía de aquellos desdichados.

En vano pidió la protección de los dioses.

Sobre el altar de Afrodita humearon inútilmente las más valiosas ofrendas votivas.

Creyéndole muerto, le mandó hacer fastuosos funerales, y cientos de plañideras se desgafitaron en torno de un túmulo, digno por su riqueza y su grandiosidad de encerrar las cenizas de Mausoleo.

Al fin tuvo que buscar en el aturdimiento de los festines el olvido momentáneo de su dolor.

Sus flancos ágiles y robustos soportaron el ímpetu de millares de machos vigorosos. Atenienses de rostro de niños; latinos que palidecían entre sus brazos; hombres rubios del Norte, cuyo abrazo supremo le hacía crujir los huesos, y marineros que la descoyuntaban queriendo saciar en unas cuantas horas las forzosas abstinencias de las largas travesías.

Era, sin duda, la más bella mujer de Atenas.

Los que la habían poseído la comparaban a Afrodita, y no volvían a envidiar a Anquises, amante de la diosa.

Los mercaderes asiáticos abandonaban en sus manos las púrpuras más bellas y las gemas más preciosas. Y delante del umbral de su casa ardieron constantemente dos braseros de incienso.

Un día, ciega, bajó a la ergástula y se entregó a todos los esclavos.

Cuando la dejaron exánime, rendida sobre el pavimento, los mandó arrojar vivos a las piscinas para alimentar a sus morenas.

El recuerdo de Dyonisios la enloquecía.

Lo llevaba grabado a fuego en su carne y en su alma.

Lo veía en sueños, reconociéndole en el ardor insaciable de sus caricias, en la languidez extenuante de sus besos febriles.

Y muchas noches despertó entre los brazos de sus amantes de unas horas, llamándole con los más dulces nombres.

Era una obsesión perpetua de su carne y de su alma, que le hacía a veces recluirse en el silencio de su cámara, para entregarse a su recuerdo en el sueño con la misma impetuosa vehemencia con que se había entregado a sus lujurias en la realidad.

Y surgía de estas soledades aun más extenuada y ojerosa que después de varias noches de orgía.

En vano los espejos de plata bruñida que le presentaban diariamente sus esclavas al vestirla, le hacían ver los estragos que aquel duro amor inexorable iba dejando en su rostro y en su cuerpo.

Aquella inmolación de su propia belleza le parecía aun poco en holocausto del desaparecido.

Entre todos los hombres que la frecuentaron, no encontró uno solo digno de suplantarle.

Los hallaba o demasiado débiles o brutalmente groseros, incapaces por lo tanto de apagar la sed infinita de amores que le consumía.

En vano apuró los más extraños filtros preparados por viejas Circes.

Las palabras de Dyonisios le perseguían aun en medio de los aturdimientos del placer, irritándola y exasperándola como un enjambre de abejas coléricas y hostigadas.

El eco de aquella voz inefable le sentía correr por sus venas, dilatándose a través de su sangre y abrasándola toda en un anhelo imposible.

Los rosales del jardín se marchitaron y volvieron a florecer tres años seguidos sobre su dolor.

Y el cristal de las fuentes tembló bajo la amargura de sus lágrimas.

Fué a consultar con una hechicera de Tesalia.

Aquel antro removido y húmedo, como una tumba recién abierta, heló su sangre, paralizando todos sus miembros en un estupor de hielo.

En el fondo, al resplandor sangriento y humeante de

cuatro teas de resina, el cuerpo sarmentoso de la vieja se retorció en las torturadas espirales de su locura epiléptica.

La boca desdentada contraíase en el furor de las imprecaciones, y su mano esquelética trazaba extraños signos con un caduceo al que se enroscaban dos negras serpientes.

Sobre un trípode de barro se consumían, chirriando, entre las ascuas mortecinas, las entrañas de un cuervo.

Un hedor punzante y grasiento a vísceras quemadas adensaba la pesadez del aire.

En la obscuridad agorera aleteaban sombras de murciélagos y relucían, a veces, como carbunclos, las pupilas fatídicas de los buhos.

Lais sentíase temblar de pavor hasta en la raíz de los cabellos.

La vieja continuaba descoyuntándose en el vértigo de una danza macabra, lanzando de vez en cuando guturales palabras incoherentes.

De súbito quedóse inmóvil, recostada sobre el muro del fondo.

Las dos serpientes, desenrollándose del caduceo, se enroscaron en sus brazos, alargando las achatadas cabezas hasta introducir sus lenguas triangulares en los oídos de la hechicera.

Una ráfaga de viento apagó las teas, aventando las cenizas del trípode.

Y una voz sobrehumana resonó en la obscuridad.

Parecía la voz de la sombra misma:

—Dyonisios vive. Le veo a lo lejos, de rodillas sobre un alto peñasco, orando a un Dios que no es nuestro...

Lais no pudo saber más. Pero fué lo bastante para que una terca esperanza llenase de inquietud y de impaciencia sus horas.

Poco después, un esclavo judío aseguró haber oído el nombre de su señor en un ágape de cristianos.

Entonces Lais comisionó a dos siervos para que indagasen su paradero, ávida de arrancarle de manos de aque-

llos hombres torvos que, a decir del vulgo, profanaban las sepulturas, violaban las estatuas de los dioses y celebraban monstruosos festines nocturnos, inmolando niños y doncellas para aplacar con su sangre inocente las terribles cóleras de su Dios implacable...

De pronto resonó en el jardín un tumulto de voces y de pasos precipitados. Y abriéndose camino a través de los rosales, dos esclavos cayeron de rodillas a los pies de Lais, agitando en sus manos el ramo de oliva de las buenas nuevas.

—¡Alégrate, hija de Venus! Dyonisios vive. Las Parcas tejen aun su vida. Un penitente cristiano, a quien hallamos orando, al salir el sol, en la falda de un monte, nos dió noticias tuyas. En el fondo de un valle, entre matorrales agrestes, hace tres años que vive recluso un solitario, cuyas señas coinciden con las de nuestro señor.

Lais no quiso saber más.

En la exaltación plena de su alegría, estuvo a punto de echarse en brazos de los siervos.

Se alzó rápidamente; mas doblada por lo intenso de aquella emoción inesperada, perdió las fuerzas y tuvo que apoyarse, para no caer, en el rugoso tronco del rosal centenario. Y así desnuda, bajo la luz gloriosa, semejaba una floreal estatua de Venus, cincelada en mármol rosa por el capricho de algún escultor insigne, que quiso ponerla como custodia del arbusto consagrado a su culto.

Algunos pétalos, agostados por el sol, descendieron sobre ella, enredándose en el oro enmarañado de sus cabellos.

Sobre el tritón de púrpura de la fuente, un pavo real, extendiendo las sedas tornasoles de su cauda, atronó el silencio con la salvaje estridencia de sus alaridos. Enmudecieron asustadas las cigarras, y hubo un momento en que sólo se sintió el palpitar del silencio en los temblores de las aguas y en el estremecimiento cálido de la brisa.

Sobre la frente de Lais revoloteó una paloma, como si la trajese un mensaje de la Diosa.

Lais, sonriente, crédula del augurio, la vió alejarse en el azul, siguiendo con los ojos las sombras que su vuelo proyectaba sobre los rosales.

X

Al atardecer del día siguiente, Lais salió de Atenas acompañada de sus esclavos.

Caminó toda la noche por agrestes senderos.

Los rebaños, balando, descendían de las negras montañas entre nubes de polvo.

A veces, turbando el rumor melancólico de las esquilas, resonaban los ladridos de los perros, que, en un claro del bosque, ladraban a la luna.

En torno de las hogueras llameantes, los pastores danzaban al son de los pífanos. Y el eco pastoril de sus canciones se perdía vibrando en las oquedades de los montes y en el mar rumoroso de las selvas taciturnas.

Al amanecer, cuando aun no se habían apagado las últimas estrellas, llegó al retiro del penitente.

Iba vestida con sus mejores galas, ungida y perfumada como para un desposorio.

En sus cabellos, teñidos de añil y ligados con lazos de púrpura, resplandecían cigarras de oro esmaltadas de piedras preciosas.

A sus brazos y a sus piernas marmóreas se enroscaban serpientes de pedrería.

Un velo tan sutil como el aire envolvía en una nube azulada las rosas pálidas de su carne.

Esclavos coronados de pámpanos, pendientes de los hombros pieles de pantera, la seguían, agitando sus tirsos florecientes, cuyas piñas de oro describían en el aire augurales parábolas de luz.

La tortuga de Apolo exhalaba la dulzura de sus evocaciones, a las caricias sabias de móviles dedos expertos.

Y el alma de Pan resucitaba hecha armonía en los registros de las flautas, bajo el aliento cálido de las flautistas.

Dyonisios, de rodillas, con los brazos abiertos y las pupilas fijas en el cielo, clamaba con voz tan apagada, que parecía venir de las profundidades de un sueño:

—¡Misericordia, Señor, misericordia para este pobre pecador!

Su rostro demacrado ardía en el fervor de la súplica, pidiendo protección al cielo contra aquellas apariciones monstruosas que se reían de su piedad, aullando de noche en la soledad de su retiro, como hienas famélicas en torno de un cadáver.

¡Lais, siempre Lais! Todos aquellos monstruos tenían algo suyo. Bajo sus pieles de bestia, transparecían las carnes amadas; y los ojos, todos los ojos diabólicos que le cercaban, fosforecían al mirarle, como aquellos que tantas veces había cerrado con sus besos.

Cuando más profundo era su recogimiento, cuando ya casi presentía el soplo del espíritu del Señor, una carcajada sardónica se escapaba de su garganta, como si dentro de él todos los engendros del Mal gozaran martirizándole.

Y su cuerpo entero se estremecía, y el arco de su voluntad temblaba, próximo a romperse, bajo el impulso de aquella risa.

Y un imperioso deseo de huir le arrebatava, de abandonar aquella vida, sintiéndose incapaz de resistir por más tiempo el martirio inaudito de sus flagelaciones y de sus recogimientos.

Entonces parecía que en el aire se abrían bocas para besarle, labios cuyo aliento le erizaba los cabellos, quemándole, envolviéndole en caricias de fuego.

Los brazos de Lais los sentía tenderse a su cuello, desde profundidades desconocidas; y en su carne resucitaban los antiguos ímpetus, y el encorvamiento de su torso era tan violento, que hacía pensar en los esfuerzos de

los novillos bravíos al ser uncidos por primera vez al yugo.

Pero su espíritu se sublevaba de nuevo contra la tentación, forcejeando con su propia carne, con tal energía, que recordaba los salvajes pugilatos de los primitivos atletas.

El esfuerzo era tan doloroso, que hasta sentía crujir descoyuntado su cuerpo y estallar la sangre en las venas congestionadas.

Su fervor no admitía tregua. El Enemigo espiaba sus más pequeños movimientos para apoderarse de su alma y torturarla.

Lais se aproximó queda y lentamente.

Sus senos palpitaban; sangre de amor encendía las mejillas, y sus pies, al posarse temerosamente en el suelo, tenían estremecimientos de deseo.

Las esclavas danzaban sobre pieles de pantera, entonaban en voz baja las primeras estrofas de un himno a Venus.

La voz de las flautas parecía hecha de suspiros.

Dyonisios tembló de espanto, y sin volver la cara, apretando los ojos y los dientes, en un esfuerzo supremo de voluntad, como queriendo ahogar en la exaltación de sus palabras la tentación de aquella música, salmodió desesperadamente.

—¡Misericordia, Señor, misericordia!

Los brazos de Lais se enroscaron a su cuello.

—¡Salve, salve, Afrodita, hija de los mares, alma del mundo!—cantaban las voces femeninas en su júbilo triunfal, a compás de las liras y de las flautas.

Y la dulzura cristalina de su acento se perdía volando en el cielo sereno, con el primer cántico de las alondras.

—¡Salve, salve, Afrodita, madre de Eros, corazón del Olimpo!—contestaban los hombres en un crescendo sonoro, golpeando frenéticos el cuero tirante de los panderos y agitando violentamente los tirsos cargados de dones.

Dyonisios se volvió lívido, con los ojos desencajados,

en la locura de aquella aparición más precisa, más real que todas las visiones que antes le perturbaran.

Por su faz corría un sudor de palideces mortales.

En el temblor de sus brazos y en los estremecimientos convulsivos de todos sus miembros, se retorció el más espantoso y cobarde de los terrores.

Rechazó a Lais bruscamente, en un arranque de fiera acorralada por la lujuria. Y no hallando otro refugio contra aquella diabólica tentación que se levantaba y corría hacia él, suplicante y amorosa, con los brazos tendidos y los ojos húmedos de lágrimas, se arrojó en medio de unas zarzas.

El sol se asomó al horizonte como para iluminar un misterio.

Las flautas enmudecieron de repente, y hasta el viento perfumado que descendía de las altas montañas se detuvo temblando.

La Naturaleza entera se sobrecogía ante el estupor del milagro.

Lais cayó de rodillas, inclinándose en un humilde gesto de adoración, hasta besar la tierra.

De las manos aterrorizadas de los esclavos se escaparon los tirsos...

Las zarzas donde el penitente se revolcaba se iban cubriendo de rosas, de rosas de sangre, cuyos pétalos luminosos se abrían lentamente a los sonos de una música inefable y misteriosa que bajaba del cielo.

Resurrección

I

Envueltos en la poesía suave y melancólica de un atardecer primaveral, se encontraron de improviso, al descender un escarpado sendero, frente al enigma azul y polifónico del mar latino.

Ninguno de los dos había olvidado la lejana y juvenil comunión de sus almas, aquellos luminosos y plácidos momentos en que la felicidad pareció querer cobijarles bajo la fugitiva caricia de sus alas trémulas, en el encanto imborrable de un beso rápido, dado a hurtadillas, a la sombra fresca y protectora de los sauces que encauzan el río, o en las fragancias de los recodos floridos de rosas y de jazmines, que sombrean la blancura georgica del molino.

¡Bellas horas de amor y de confidencias, de ensueños desmesurados y de nobles ambiciones, que dejaron en el fondo de sus almas, al desaparecer para siempre, disipadas por las vicisitudes de la vida, una nostalgia de infinito, un ansia de ternura y una sed insaciable de ideal!

Ambos, al encontrarse de nuevo, se detuvieron, profundamente turbados, como ante el milagro de una aparición, y sus manos se estremecieron convulsas, al estrecharse cordialmente, como si en ellas resucitase, más vivo aún, todo el ardor de las antiguas despedidas.

Octavio, inclinándose galantemente, murmuró, casi al

oído de Silvia, aterciopelando sus palabras con una dulzura y una suavidad que a él mismo le parecieron extrañas:

—Jamás pensé volver a contemplarte, embelleciendo con tu presencia la soledad augusta de estas remotas playas. Aun dudo si eres en realidad una bella criatura humana, desbordante de juventud y de belleza, o el fantasma de un recuerdo que en estos melancólicos lugares, a la evocación de mi deseo frenético y vivificador, surge de no sé qué confusas y divinas lejanías del olvido.

Y devorándola con los ojos, escudriñando, hasta en lo más profundo de las suaves pupilas amadas, la impresión que le producía aquel encuentro fortuito, permaneció un instante, mudo e inmóvil, petrificado en mitad del sendero, como temeroso de que una palabra, o un gesto, pudiesen disipar imprudentemente el encanto alado de aquella aparición frágil y tímida, disolviendo la armonía celestial de su belleza en la bruma vaga y temblorosa que humeaba, como un holocausto, del fondo del acantilado, al choque espumoso y glauco de las olas contra la aspereza indómita de los roquedos.

Y Silvia, con la voz débil, desfalleciente, en un suspiro trémulo de confianza fraterna, empezó a relatar la larga y lamentable historia de su vida: un doloroso y resignado poema de vulgaridades y de miseria cotidianas.

Inconsecuencias de la fortuna: un viaje precipitado a las costas cantábricas; y allá, en las sombrías y frías soledades de un viejo caserón de la montaña, la muerte de la madre, en una noche oscura de tempestad, mientras el viento aullaba en los robledales, haciendo estremecer siniestramente las ventanas desvencijadas y las puertas carmomidadas de su solar en ruinas...

Y ella misma, víctima de una penosa enfermedad del pecho, que le hacía más pesada aún la desgracia de su orfandad...

Todo el gris frío y sucio de aquellos cielos parecía ensombrecer su alma, escalofriando a veces su cuerpo con un presentimiento de muerte cercana.

Los médicos la habían enviado a aquellas playas serenas y claras del mediodía, donde transcurrieron las horas más bellas y alegres de su adolescencia, para que se restableciera...

—Y aquí me tienes otra vez, esperando que la vida sana, y el calor de esta tierra fecunda, devuelvan a mi alma y a mi cuerpo la animación y la salud que ha perdido. Mis ojos necesitan el deslumbramiento de este sol, y mis pulmones el aire cálido de estos valles...

—¿Y no recuerdas?...—se atrevió a susurrar Octavio.

Pero Silvia, grave y serena, haciendo un gesto de silencio y de renunciación, le interrumpió, con una dulzura melancólica:

—¡Paz a los muertos!

Prosiguió sencillamente su camino, sin una palabra, sin una mirada donde aun palpitase la antigua conmoción, esfumándose en el encanto romántico de la hora, con la suavidad de una visión apenas entrevista en sueños.

II

Octavio se quedó pensativo, viéndola alejarse, impresionado de pronto, violentamente, por el recuerdo de aquel amor lejano que surgió florido y exuberante como una primavera tropical, para morir después en la fatiga y el cansancio de la ausencia prolongada, dejándole sólo una vaga nostalgia melancólica, una saudade vaporosa y dulce de labios frescos, de ojos claros y de manos de seda.

El, en sus luchas diarias con la Naturaleza, permaneció siempre ardiente y entusiasta, vigilando con tenacidad sus fuerzas y sus armas, pronto a la conquista de nuevas metas ideales, enloquecido por la embriaguez del triunfo...

Y aquel casto y puro madrigal de su adolescencia, se

fué olvidando ante la sonoridad estruendosa de su epopeya de gloria.

Silvia, en cambio, había salido de sus combates con el dolor, con el alma atemorizada y el cuerpo enfermo, dominada sólo por dos deseos vivísimos y contradictorios, paralelamente fuertes y tenaces.

Poder vivir, librarse de la muerte, cuya guadaña sentía a veces helar de espanto su cuello; pero vivir sola con sus recuerdos, haciendo de ellos su único culto, abandonada de todos y de todo, sin anhelar una caricia o un beso, dedicada íntegramente a la contemplación dolorosa de todas las cosas lejanas y dispersas de su vida.

Hacia del dolor su única y suprema aspiración.

Sólo de vez en cuando un hálito fragante de deseo la agitaba, estremeciéndola hasta en sus vísceras más ocultas, mostrándole todo el mal y toda la gris monotonía de aquella existencia sin ideales.

Y ante su vista turbia y fatigada, aparecían entonces, con deslumbramientos de relámpago, los espléndidos y mágicos panoramas de su paraíso perdido, los encantados jardines de Armida, a los cuales debía aspirar de nuevo como a una liberación suprema.

Mas estos espejismos duraban bien poco, volviendo a caer de nuevo en el silencio grave y triste, en la aridez eterna y desolada de sus mudos desiertos espirituales...

¿Quién podría coronar de nuevo, con las más fragantes guirnaldas de la esperanza, el mármol mutilado y estéril de su vida sin objeto?

¿Qué mano podría conducirla otra vez hasta los umbrales de una felicidad imposible?

¿Qué voz resucitaría milagrosamente, en el sepulcro de su corazón, al amor muerto?

Octavio comprendió la infinita amargura de aquella pobre juventud, tan amada por él en otros tiempos y que aun hoy deseaba como una promesa incumplida.

Mas, ¿cómo hacerse entender?

¿Cómo atraerla de nuevo al encanto de la vida?

¿Tendría aun las fuerzas necesarias para arrancar

de la obscuridad y el silencio en que se asfixiaba, y mostrarla nuevamente a la plena belleza de las cosas?

De su corta entrevista a orillas del mar, él había sacado una convicción cruel y dolorosa, que le martirizaba, despertando en su corazón todas las hidras venenosas y voraces del remordimiento.

Silvia permanecía indiferente a todo.

Nada le impresionaba. Ni la poesía del mar, ni la grandeza de los altos montes nevados, ni el encanto de las colinas en cuyas faldas florecían, nupcialmente, las fugitivas blancuras de los almendros y de los naranjos.

Al contrario, le había dicho, con una voz muerta a toda esperanza, que aquel espectáculo maravilloso la fatigaba.

Y no era mezquindad de ánimo, no.

Su espíritu estuvo siempre abierto de par en par a la contemplación de todas las cosas grandes y nobles de la tierra y de los cielos.

¿Por qué ahora esta desilusión?

¿Quién había tronchado brutalmente las alas esplendorosas de aquel espíritu ávido de luz, para sumirlo para siempre en la ceguera y en el silencio de la nada?

Y al contemplar sus manos, a los últimos reflejos del sol poniente, sintió de súbito un profundo y violento horror de sí mismo, como si estuviesen teñidas aún por la sangre de algún crimen lejano e irredimido.

Y así, las dos almas sufrían silenciosamente, recelosas y cansadas, y sin embargo, anhelantes de desbordarse de amor en la copa infinita de la vida.

La primavera surgía en una exuberancia de flores, de luces, de perfumes y de estremecimientos vitales. El aire tenía calideces de nido y las ondas arrullos de tórtola enclada.

Ellos, con el oído atento, parecían esperar la divina palabra renovadora, a cuyo son, los desiertos de su alma, florecerían en un nuevo y divino milagro de amor.

III

Todas las tardes, a la misma hora, volvían a encontrarse, tácitamente, en aquellos mismos lugares, como arrastrados por una fuerza oculta y poderosa, superior a todo el esfuerzo doloroso de sus voluntades exaltadas.

¿Qué nuevas y maravillosas sirenas les atraían, con la fascinación suave y sonora de sus cánticos sobrehumanos, hacia la orilla apartada y remota de aquel mar eternamente azul y eternamente cambiante, como la viva paradoja de sus almas inquietas y serenas a un mismo tiempo?

¿Qué desenterrados y deslumbrantes tesoros de maravilla buscaban todos los días, en el recogimiento casi místico de aquellos parajes solitarios, donde hasta las aves marinas y los barcos de pesca, pasaban a lo lejos, de largo, como respetando la solemne quietud de aquel remanso de paz inefable, de aquel rincón de ensueño, hecho aposta para el éxtasis supremo de las más íntimas confidencias y de las más silenciosas contemplaciones?

Las mismas olas parecían amortiguar sus rumores, idealizándolos en una suavidad de sedas que se rasgan, al besar con la plata flúida y trémula de sus espumas frágiles las arenas de oro, que el crepúsculo enj oyaba con sus más profusas y ricas pedrerías.

Antes que declinase el sol, estuviesen donde estuviesen, sentían la necesidad imprescindible y tirana, el anhelo irrefrenable de dirigir sus pasos, como en una santa y piadosa romería, a aquel sendero marino y oculto a toda mirada indiscreta, donde habían vuelto a encontrarse después de tantos años de ausencia.

El abandonaba sus libros o sus bocetos, en el amplio estudio abierto al milagro de la luz y al perfume salobre del mar; ella dejaba, sobre la mesita de laca, colocada frente al mirador, desde donde sus pupilas se extasiaban

ante los fértiles y pródigos panoramas del valle, los encajes de la labor recién comenzada.

Se encontraban siempre en lo alto de la senda. Descendían lentamente hasta la playa, y allí, sentados, al amparo de unas rocas, conversaban con familiaridades infantiles.

Pero sus almas, sus pobres almas tenaces y crueles por tantas fatigas y sufrimientos como las habían trabajado y endurecido, no dejaban transparentar, ni por un momento, en sus palabras o en sus gestos, la voracidad del incendio interior que las consumía, devorándolas hasta en sus más ocultas raíces.

Hablaban siempre de cosas indiferentes o lejanas: de las próximas cosechas; del estado floreciente de sus cortijos de la sierra y de sus haciendas del valle; de los ganados que pastoreaban en las fértiles riberas del río; de la paz y el sosiego de aquel pueblecillo de labriegos y de pescadores...

A veces evocaban las épocas remotas y felices de su infancia, cuando correteaban, bajo la vigilancia materna, por los senderos del soto, o entre los laberintos del jardín, buscando nidos o cazando mariposas.

El la narraba, a media voz, sus grandes amarguras de luchador infatigable, sus gloriosos esfuerzos por domar las rebeldías tenaces de la piedra, para infundir alma eterna a la materia percedera e inerte, siempre solo en su estudio, allá en la ciudad amarilla y febril, lejos de la naturaleza, empeñado en crearla a fuerza de cincel y de martillo.

Ella le conmovía con el relato gris y nebuloso de sus horas de orfandad, vacías de todo afecto, encerrada como una reclusa en la vieja casona solariega, sin más cuidados que las mercenarias atenciones de una antigua criada.

Mas los dos evitaban cuidadosamente hablar de su adolescencia, sobre todo de aquellos días en los que en el silencio nocturno, bajo la blanca comunión de la luna, se juraron amor eterno, a través de las rejas floridas de nardos y de jazmines, mientras los ruiseñores desfallecían

en un trino de cristal en los granados y en los naranjos de los huertos.

Sólo en las pausas de sus diálogos se les veía temblar, agitarse, como estremecidos por un deseo ardiente e impetuoso...

En las comisuras de sus labios contraídos, parecían aletear las confesiones de sus almas, próximas a entregarse, a confundirse, en un abandono de sinceridad salvadora.

Pero al romperse de nuevo el silencio, tornaban a recuperar su marmórea inalterabilidad de esfinges, como avergonzados o temerosos de que, por un solo instante, la una pudiese leer en el fondo de la otra la palpitante impaciencia, el ansia desenfundada de rendirse, de humillarse otra vez bajo la dulce tiranía de aquel amor milagroso, que como el fénix de la leyenda, renacía más fuerte y más bello de sus propias cenizas.

Sus vidas estaban como petrificadas en el recuerdo claro y luminoso de su adolescencia, y todas las amarguras del presente y todas las desgracias que pudiera encerrar su destino futuro, no les interesaban.

Y así, sin querer, en el naufragio vulgar y sórdido de sus existencias desencauzadas, tendían el uno hacia el otro, fatalmente, persiguiéndose y esquivándose, en el esfuerzo inaudito de su esperanza desesperada.

IV

Poco a poco fueron sintiendo la necesidad imperiosa de prolongar aquellas entrevistas, de verse más a menudo, para desahogar, aunque sólo fuera en la charla banal y frívola de sus conversaciones cotidianas, la tormentosa inquietud que agitaba sus corazones.

Ya no les bastaban aquellas confianzas crepusculares, en el recogimiento de la marina, sino que procuraban en-

contrarse también, por las mañanas, al tornar de misa, en las frondosas alamedas que prestaban sombra al molino; y a veces, Octavio, con gran escándalo de los corros de comadres que cuchicheaban en torno de la fuente, y de las graves tertulias que entretenían sus ocios en la puerta de la farmacia, penetraba, aprovechando cualquier pretexto, en la vieja casona de Silvia, enclavada con sus fuertes torres y sus murallones de ladrillo, como una fortaleza, en uno de los extremos de la plaza.

Y allí, en aquellos amplios salones, ennoblecidos por los años, tapizados de azul pálido, con sus estrados de damasco rojo y sus grandes consolas doradas y sus cornucopias y miniaturas del siglo XVIII, revivían, en el silencio conventual de las horas, las pasadas alegrías de sus adolescencias.

Cada rincón, cada mueble, los evocaba un antiguo episodio de aquel amor que fué el glorioso y vehemente despertar de sus corazones al encanto exaltador y fecundo de la vida.

Detrás de aquel biombo de seda carmesí, en cuyo fondo de brasas aleteaba triunfalmente un fúlgido bando de cigüeñas de oro, al final de una velada de invierno, mientras sus familias se despedían en torno del hogar, él, todo pálido, con la voz balbuciente y los ojos bajos, temblando de emoción, interrogó por vez primera, con la más divina de las interrogaciones, a la ansiedad de Silvia, y la palabra amor, la santa palabra misteriosa que le hacía desvelar y enrojecer, en sus largas noches de soledad y de fiebre, se escapó por fin, temerosamente, con un leve suspiro, de la virginidad fresca y roja de sus labios.

Al lado de aquel piano, una tarde de soledad y de abandono, ella le confesó también su amor, en una lágrima furtiva, mientras sus manos suavemente acariciaban los viejos marfiles del teclado, y la lluvia reshalaba, en un desgarramiento de perlas, sobre los altos cristales de la vidriera emplomada...

Allá, en el descanso de la escalera que descende hasta el patio, a la luz medrosa y vacilante de la lámpara que

ilumina la imagen milagrosa de la Virgen de los Remedios, las manos de los amantes, en un apretón que les hizo vacilar y estremecerse hasta en lo más profundo de sus entrañas, se estrecharon por vez primera...

Y en aquel esbelto mirador de mármol, que, cubierto de jazmines y de pasionarias, se abre sobre el florido mirage del valle, en la penumbra violeta de un crepúsculo de estío, mientras las campanas saludaban al *Angelus* y la luna naciente espolvoreaba de plata las cumbres lejanas del monte, sus labios probaron, en una absorción lenta y voraz de alma y de cuerpo, la embriaguez desbordante y única del beso...

Y ahora, recordando todas aquellas dulzuras perdidas, permanecían largos ratos sentados el uno frente al otro, ajenos al presente, en un silencio tácito, apenas interrumpido por el latir ansioso, y casi sollozante, de sus pechos oprimidos...

En la tribulación de sus almas sólo una palabra podía redimirlos, devolverles de nuevo todas las fuerzas y las alegrías de la vida y hacer florecer, en el sepulcro de sus corazones, la divina ilusión de la esperanza.

Pero sus labios tenaces y duros se negaron a pronunciarla.

Pasaban horas enteras en grandes pausas de silencio sin tener ni el valor de mirarse, como temiendo que pudieran leerse en sus ojos la divina palabra que se negaban obstinadamente a articular sus labios.

Una noche, casualmente, en las penumbras del salón, sus manos, al gesticular, se enlazaron... Silvia dejó escapar un leve sollozo en la sombra...

—¿Qué te pasa?—suspiró Octavio, aproximándose a la desfalleciente y envolviéndola en los cálidos effuvios de su aliento de fuego...

Y en el trémulo acento de su voz, había como la promesa de una revelación próxima a cumplirse...

El silencio fué a abrir sus labios; una claridad de auro-ra pareció querer rasgar las tinieblas....

Pero todo volvió a sumirse en un anonadamiento infinito...

Silvia se alzó de repente, y tambaleándose como si estuviese ebria, ordenó a la vieja criada que encendiésemos las luces de las arandelas antiguas, que lloraban, sobre las vejeces descoloridas del salón, sus largas y oscilantes lágrimas de cristal y oro...

V

Silvia regresa de pasear la irritabilidad de sus nervios por las praderas verdeantes de tomillos, y vuelve con aromas campestres en los volantes de la falda y una calma sangrienta en los pedazos de su corazón, desgarrado por nuevas ansias y por nuevos anhelos.

La primavera empezaba a despuntar en su alma, y sentía el temor y la angustia que hace estremecer a los árboles al sentir la inquietud de los brotes tiernos próximos al milagro del florecimiento.

Se sentó fatigada sobre la fina y olorosa hierba que crece junto a los viejos y ennegrecidos muros de una casita abandonada en el silencio y en la soledad campestres.

Su cabeza, un poco fría en las sienas, se alzó, en un gesto desesperado y mudo de súplica ardiente, a aquel rincón del cielo donde los últimos rayos del sol poniente envolvían en vivos reflejos de oro cálido todo un mundo confuso y embrionario de cosas empalidecidas bajo los soplos postreros de su luz moribunda.

Y permaneció allí, inmóvil, con las manos caídas a lo largo de las rodillas y los ojos siempre fijos en una pequeña estrella que chispeaba, como una lágrima de plata, más allá del tembloroso azul del infinito...

¿Podría, por fin, su ansiedad de virgen impaciente arrancarla de aquel manto de Purísima, para colocarla,

como un emblema divino, sobre la marmórea palidez de su frente?... ¿Podría aún su pobre alma de reclusa romper las prisiones donde se marchitaba, y volar libre, por los espacios sin límites, como aquellas aves que se perseguían y se remontaban por los cielos serenos?...

¿Habría llegado el momento propicio para poder recoger en sus manos anhelantes las delicias y los encantos de una nueva ilusión?...

Sentía su corazón desbordante de dulzuras como un panal.

Su misma carne tenía turgencias de poma madura que empieza a entreabrirse, para ofrecer su miel al caminante... Y se alzó pálida, extenuada, de aquel descanso agreste... Y al andar, tuvo que apoyarse en el tronco de un almendro florido, porque sus plantas se negaban a sostenerla...

Y allí, reclinada sobre la corteza rugosa del árbol, dejó correr sus lágrimas, en un llanto suave y lento...

Y es que sintió, al oprimir con sus manos ávidas las turbulencias de su seno, latir entre ellas, como un pájaro estremecido, su viejo amor, aquel amor que había sido la única y suprema aspiración de su vida...

VI

Sentía un ansia instintiva de estar sola, de interrogar a su alma, en el silencio y en la soledad de su alcoba. En la gran cocina, la gente de la casa reía a plena garganta en torno de un perro flaco y lanoso, que pirueteaba junto a la amplia chimenea campesina.

Nadie advirtió su presencia, y a tientas llegó en medio de la sala, en cuyo fondo le atraía un espejo con sus ambiguos encantamientos de plata.

Encendió una bujía, y colocándola sobre una vieja consola, dentro de un alto candelabro de plata oxidada, se aproximó, en un impulso de curiosidad irrefrenable.

Mas de súbito, una misteriosa realidad le obligó a retroceder...

¿Qué secreta y extraña coquetería le había impulsado, en aquella tarde, a apretarse el corsé, a vestirse un claro y vaporoso traje, casi nupcial, y prenderse en el escote y en los cabellos manojos de flores blancas, como si fuese una novia que se encaminaba al altar?...

Largo tiempo contempló avaramente su peinado caprichoso, su pie calzado finamente, su talle esbelto al cual se anudaba una cinta de terciopelo, y sus manos largas, finas y aristocráticas, en cuyos dedos, de una blancura eucarística, sangraba, con toda la violencia de un deseo, el rojo húmedo y vivo de un rubí de Oriente.

Y triste, con la tristeza que le causaba la admiración de aquella su belleza inútil y estéril, con los ojos a medio cerrar y los labios ligeramente contraídos, ensayó una sonrisa, quizás un poco helada, quizás un poco ardiente...

Estaba tan cerca del espejo, que sin darse cuenta, su aliento se extendía sobre la limpidez del cristal como un velo de ilusiones.

Y detrás, y detrás de ese cristal obscurecido, vió borrarse lentamente su figura blanca, huir, esfumarse, no quedando más que un perfil lejano y vago.

Algo invisible le besaba, con largos y audaces besos de fuego, la tersura ebúrnea de su frente infantil.

Algo impreciso enlazaba con anillos de hielo la virginidad plerónica de su cuerpo...

Un miedo extraño de ella misma la invadió, y locamente, furtivamente, corrió como un fantasma al campo silencioso donde la luna esparcía ya, como una promesa, la dulcedumbre de su luz de plata...

Una ancha nube se extendía en medio del azul, semejante a las ramas gigantescas de un árbol ciclópeo sombreando maternalmente los ensueños de un lago tranquilo.

Silvia se detuvo un momento, asustada ante la espantosa serenidad de la Naturaleza.

Mas de repente, todo su frágil cuerpo se estremeció

temblando con violentas sacudidas; de sus labios crispados se escapó un grito de dolor, que saltando sobre la noche de la tierra, subió a hundirse en el día del cielo...

Y entonces, sus dedos nerviosos y finos, azuzados por insólitas inquietudes, buscaron rabiosamente alguna cosa que desgarrar: las cuerdas de un arpa, de un alma acaso...

Y sus dedos no encontraron más que las flores blancas que adornaban nupcialmente sus cabellos y su escote...

Y lentos, lentos, con una lentitud martirizante y enfermiza, las fueron deshaciendo...

Y los albos y puros pétalos destrozados vuelan sobre su falda, y van a caer sobre la hierba, que en el silencio nocturno parece estremecerse en la angustia de una amargura ignota...

VII

Florece Abril en los rosales de los jardines, en los naranjos y en los granados de los huertos y en los almendros de las laderas.

Las nuevas golondrinas trinaban sobre los alambres de los parrales verdeantes, en torno de los caseríos encañados, como vestidos de fiesta para celebrar la primavera.

En las alamedas del molino, entre la melodía alada y fresca de las aguas de los remansos, los ruiseñores, ebrios de azul y de sol, entonaban, con sus voces de cristal y de plata, la más sonora y suave epifanía de la vida.

De la tierra descendían los aromas campestres del romero y del tomillo; un perfume penetrante y tibio de azucenas, albahaca y nardos silvestres ascendía de las huertas y de los sembrados, y el olor áspero y salino del mar saturaba las brisas.

La iglesia católica, con toda la pompa pagana de sus

liturgias, celebraba, en aquella gloriosa mañana de Abril, la fiesta de las Palmas.

Silvia y Octavio se encontraron, como impulsados por una mágica coincidencia de sus deseos, en el lugar de su primera entrevista.

Aquel día se habían levantado alegres y exuberantes de entusiasmo como nunca.

Sus ojos y sus labios parecían sonreír a un ensueño, una esperanza que venía en camino por aquellas sendas olorosas a flores y calientes de nidos...

—Mira, Silvia, cómo hoy está azul el mar y cómo el sol resplandece sereno.

Y el joven, sonriendo suavemente, le indicó con el brazo la glauca e infinita superficie de las aguas, que una leve brisa rizaba de plata y de oro.

—¿No te parece—prosiguió en voz más baja, agitando en la transparencia del aire la esperanza viva y radiante de un ramo de oliva—que hay una perfecta y plena armonía entre todas las cosas exteriores, el sentimiento místico de esta fiesta, la exactitud de la hora y todo lo que sienten o debieran sentir nuestros corazones?

Silvia pareció asentir con un leve movimiento de cabeza, y continuó a su lado, mirándole febrilmente, con sus grandes ojos negros, que parecían rasgarse en la contemplación de algo vorazmente deseado y jamás conseguido.

El silencio fué breve, casi un parpadeo.

—Tú—exclamó Octavio, sosteniendo la mirada de ella con la acerada fijeza de sus pupilas dominadoras—, tú estás ya bien. Tus mejillas se encienden con todas las púrpuras de la salud, y hay en tus ojos y en tus labios una como resurrección de la vida. La primavera te ha curado.

—Tienes razón. Todo este verde, todo este azul, y tanta luz y tantas flores, me han restablecido. Parece que un alma nueva anima mi cuerpo...

—¿Te olvidaste del mar?... ¿No te parece hoy más bello que nunca?

La joven enrojeció súbitamente murmurando *sotto*

voce, en un estremecimiento de todo su ser, como si estuviesen próximas a estallar sus alas:

—¡Sí!

—El mar es la poesía más bella, la más fuerte, la que más se asemeja a la de nuestras almas, la que más llena nuestros corazones... Es cambiante, voraz, inquieto, arrullador y sereno... Tiene el encanto único y maravilloso de lo que siempre cambia sin dejar de ser lo mismo; de lo que se renueva y resucita constantemente... ¿Lo entiendes tú así, Silvia?

—Hoy sí... Acaso porque la fiesta de las Palmas siempre me conmovió profundamente.

Y en su voz había algo que procuraba escapar, huir a la sinceridad de su alma...

Octavio se quedó pálido, humillado en todas sus aspiraciones...

Esperaba otra respuesta, más en armonía con el sentido oculto de sus palabras.

La miró obstinadamente, queriendo profundizar hasta en lo más hondo de su espíritu, penetrarla del fuego que le consumía, del deseo violento y ya irrefrenable de hacerla sentir la antigua conmoción...

Y casi al oído se atrevió a susurrar, en una lentitud desesperada, mordiendo las frases:

—¿Sólo por esto?

Silvia no pudo sostener la mirada ni escuchar tranquila la mordacidad de aquel acento que penetraba como un estilete, esgrimido por una mano cruel y sabia, hasta lo más recóndito de sus entrañas...

Abatida, sin fuerzas ya, bajó la cabeza, sin atreverse a responder...

Pero su actitud resignada, el desfallecimiento de su cuerpo, toda ella, parecía suplicar, pedir arrodillada, con las manos en cruz y los ojos anegados en lágrimas, una tregua, una pausa, una espera, antes de pronunciar la palabra definitiva, la palabra que había de condenarlos o salvarlos para siempre.

Hubo un sollozo como ahogado por el rumor del mar,

y nuevamente silenciosos, oyendo sólo el latir de sus corazones, emprendieron el regreso hacia el pueblo, en una ascensión lenta y penosa de desesperanzados.

Y, sin embargo, jamás habían estado tan cerca de la felicidad...

La muchedumbre se agolpaba al acantilado, en cuyo fondo hervía espumoso el mar entre las salientes de las rocas y los escollos de los pequeños islotes cubiertos de algas...

Sobre las cabezas destocadas ondeaba un loco júbilo de palmas y ramas de oliva.

Las campanas, en un escándalo alegre de bronce, estremecían los ecos del valle...

Todos los rostros reflejaban en su palidez angustiosa una ansiedad suprema.

Todos parecían esperar algo, con los ojos fijos en las soledades marinas, como espiando en ellas la sombra suave y santa de aquel dulce Rabbi de Galilea, a cuyo paso se calman las olas, florecen los arenales, y en las almas agostadas, en los sepulcros vivientes, resucita, como nuevo Lázaro, la ilusión de la esperanza...

Octavio se aproximó, impulsado por una viva curiosidad y por el interés que a su corazón generoso le inspiraban siempre los humildes, a un grupo de viejos tripulantes de parejas.

—¡Hola, Juan!—le dijo familiarmente a uno de ellos, el más anciano de todos—. ¿Qué pasa?

El pescador, antes de responder, miró de alto abajo a Silvia, a aquella linda señorita, demasiado bien vestida y profundamente orgullosa para mezclarse con la gente del pueblo y comprender todas las fatigas y todos los dolores de sus vidas trabajadas por la necesidad y la miseria.

—Las parejas del *Rayo* y de *Luis* se han perdido esta mañana entre las nieblas y nadie ha vuelto a saber de ellas. Como el mar estaba picado y hay marejadas de fondo, su tardanza nos preocupa.

—¡Pobres gentes!—exclamó compasivamente Silvia, aproximándose al grupo.

—¿Hay peligro?

—¡Siempre es peligroso dar contra un escollo!—respondió rudamente el marinero.

La joven palideció, mortificada por lo agresivo de la expresión.

—¡Bien podías—añadió severamente Octavio, encarándose con el viejo—tratar con todo el respeto que se merece a esta señorita.

El viejo, sorprendido por la violencia de aquellas palabras, miró a los jóvenes con malicia, y quitándose respetuosamente la barretina, murmuró entre dientes:

—¡Usted perdone, señorita!

Y se perdió entre los suyos, con las manos metidas en los bolsillos, fumando la larga pipa de barro, cuyo humo perdíase, en leves espirales azules, en las vivas y fúlgidas claridades de la mañana.

Los amantes permanecieron un instante inmóviles, estremecidos interiormente por la noticia que amenazaba a aquellas miserables vidas entregadas al azar de las olas.

Sus corazones buenos y magnánimos se abrieron a la piedad, y por sus ojos serenos pasó algo así como la sombra de una lágrima.

Y se miraron, sin hablarse, sonriéndose, como satisfechos de atesorar aún, a pesar de todas las vicisitudes de sus existencias errantes y solitarias, incólumes, en el fondo de sus almas, aquel amor y aquellas ternuras para las desgracias ajenas.

¿Cómo era posible que sólo para ellos, para su amor, para su esperanza, estuviesen exhaustos sus corazones?

Se miraron desesperadamente, como interrogándose, en un anhelo infinito de expansión, en un deseo supremo de sinceridad.

Pero la palabra salvadora murió, estrangulada de emoción, en un leve suspiro, entre sus labios abiertos para el beso único y eterno...

Y de nuevo volvieron a la realidad, más pesarosos de

su silencio, pero también más resueltos que nunca a continuar apagando en su frialdad de muerte todas las llamas voraces de sus hogueras interiores.

VIII

Parte de la muchedumbre, en un estremecimiento de angustiosa inquietud, se aproximó a la iglesia.

El sacro acto comenzaba, mientras las campanas de la torre mudéjar sonorizaban la serenidad azul de la hora, con el estrépito de plata de sus alegres y vivaces repiques.

Desde el interior del templo, la voz grave y austera de los cantores entonaba:

"Gloria laus et honor tibi sit... Rex Criste Redemptor."

El coro repetía con más fuerza, desde la penumbra:

"Gloria laus et honor tibi sit..."

La muchedumbre se arrodilló en una imploración ferviente.

Todo parecía esperar al gran redentor de almas y de conciencias, al que había de devolver la esperanza a tantos corazones atribulados.

Silvia y Octavio, arrodillados junto al presbiterio, sentían en el fondo más oscuro de sus conciencias como un divino resplandor auroral...

Ella, sobre todo, parecía dominada por una inquietud extraña y anhelante, que le hacía clavar, de cuando en cuando, la obstinación tenebrosa de sus miradas en la imagen sangrienta y dolorosa del Cristo, que expiraba entre las flores y los cirios del altar mayor...

¡Ah! ¡poder probar ella también esa redención, sentirse comprendida y amada por alguien, en medio de aquella fiesta de música y de bondad de la Naturaleza!

Volvió a mirar desesperadamente a Octavio, y pareció leerle en el rostro el mismo deseo.

Las manos se oprimieron nerviosamente.

Silvia tuvo que hacer un esfuerzo inaudito para no arrojarse en sus brazos, y allí, a la presencia de todo el pueblo arrodillado y ante la imagen de aquel Dios que murió por el amor de los hombres, gritarle con toda la fuerza expansiva de su voz, contenida entre sus labios tantos y tantos años:

—¿Me has comprendido?

El coro calló. Los cantores de la iglesia continuaron más dulcemente:

“Hi placere tibi, placeat devotio nostra, Rex bone, Rex clemens, cui bona cuncta placent...”

La voz del órgano, en un desbordado torrente de caudalosas armonías, preluvió los compases de una marcha triunfal, haciendo retemblar las altas bóvedas de la capilla e inundando los corazones de una viva y conmovedora alegría.

Las puertas se abrieron de par en par, y los fieles comenzaron a entrar por las naves, salmodiando:

“Cum ramis palmerum Hossanna clamabant in excelsis.”

Y todo parecía agitado por un viento cargado de milagrosas promesas y de celestiales prodigios.

¿Qué gran misterio iba a rasgarse en el júbilo litúrgico de aquella hora santa que nos evoca una de las más bellas e ingenuas páginas del sagrado poema de nuestra redención?...

¡La entrada de Jesús en Jerusalem, entre los clamores y las bendiciones de un pueblo ebrio de la bondad de sus palabras, que alfombraba sus pasos con la oliva de la paz y las palmas de los triunfadores, bajo el dosel eternamente azul y eternamente puro de los cielos de Oriente!...

Silvia y Octavio sintieron que también, en la Jerusalem interior de sus sueños, se abrían, entre un clamor sonoro de trompas de plata, las maravillosas puertas de diamantes, para dejar paso al cortejo triunfal y luminoso del Amor, el nuevo Redentor de sus almas...

Y ebrios de felicidad, con las manos aun enlazadas, clamaron también con el coro:

“Cum ramis palmerum Hossanna clamabant in excelsis...”

Y sus voces parecían volar, con las espirales del incienso, por los altos ventanales, a perderse en la gloria luminosa del día, entre el clamor de las campanas y el estruendo del órgano...

IX.

De pronto, un grito poderoso resonó en la ribera, llegando hasta el templo y conmoviendo, en un estremecimiento de júbilo, a la multitud arrodillada:

—¡Las parejas! ¡Las parejas!

Pocas personas permanecieron en la iglesia. Casi todas volvieron a la playa, agitando las palmas y llamando a grandes voces a los que regresaban.

Las parejas avanzaban majestuosamente por el azul rutilante del mar, desplegada la blancura de las velas a la suave brisa de la mañana, como dos palomas que después de haber azotado la tempestad con sus alas, regresan victoriosas a la seguridad de sus nidos.

Un monaguillo, escapado de la iglesia, balanceaba rítmicamente, encaramado en lo alto de una roca, el turbulo de oro, derramando blancas nubes de incienso, que iban a perderse en el azul profundo.

En los islotes de la costa palmoteaba un grupo de rapaces, animando con sus gritos alegres a los que llegaban.

Silvia oprimía aún en sus manos las de Octavio.

—¡Silvia! ¡Silvia! — exclamó al fin éste, hundiendo casi el rostro en la olorosa cabellera amada—. Si un día penetrases de mi brazo en esta iglesia, y, al arrodillarte conmigo ante el altar, te preguntara: “¿Me amas, Silvia?”, ¿qué responderías?...

Hubo un pequeño silencio...

El se atrevió a insistir:

—¿Contestas?...

Ella le retiró las manos, y mirándole fijamente, como entregándosele toda entera en la mirada, le gritó con una voz que parecía desgarrada del fondo del alma:

—¡Te amo! ¡Te amo!...

Sus corazones palpitaron por fin de amor, junto a aquella muchedumbre ruda, entre las palmas de triunfo y las olivas de paz levantadas en alto, delante del mar infinito y bello, donde las naves avanzaban con las velas desplegadas, como símbolos santos de esperanza y de redención.

El milagro del vaso de agua

I

El viejo y altivo castellano, arrodillado devotamente a las plantas del Santo Ermitaño, narraba con sincera y profunda emoción todo el trágico y llameante desastre de su vida; de aquella larga y tempestuosa existencia consagrada por completo a los más crueles y satánicos cultos del Vicio y del Crimen.

Sus manos feroces y acerbas de zarpa, se cruzaban ahora, sobre el pecho, en un ademán suplicante de fervorosa imploración; o se tendían desesperadas al cielo, trémulas y angustiosas, en el supremo naufragio de sus últimas esperanzas.

En las tinieblas relampagueantes de sus pupilas sanguinarias, parecían abrirse nacientes y remotas claridades, como si en su fondo comenzaran a alborear los azules y vagos reflejos de una tácita y milagrosa aurora de paz y de consuelo inefables.

Y por su voz, autoritaria y áspera, como forjada a martillazos sobre el hierro más duro, pasaban, a veces, rápidos enternecimientos de armiño, suavidades y frescuras desconocidas, algo así como el aroma purificador y embrionario de una promesa de primavera...

De cuando en cuando se detenía tembloroso y espantado, como si de súbito, a la material evocación de cada nuevo episodio, sus ojos se desvendasen y por primera

vez sintieran todo el horror y todo el vacío del tenebroso e insondable abismo, en el que se fueron hundiendo, uno tras otro, sus días fugitivos y estériles, arrebatados por el frenético torbellino de las pasiones más violentas.

El Santo Ermitaño, sentado en tosco y miserable escabel de madera, le oía inmóvil, imperturbable, en la augusta serenidad de su recogimiento, con los codos apoyados sobre las rodillas, y con la frente, pálida y mustia de meditaciones, reclinada en la eucarística blancura de sus manos escuálidas y exangües.

Era flaco, enjuto y retorcido, como si estuviese formado por las más hondas, puras y ocultas raíces de la oración y de la abstinencia.

Una luminosidad suave y penetrante parecía fluir de todo su ser, espiritualizando la severidad ascética de sus facciones, magnificando con su esplendor de fastuosas púrpuras imperiales la miseria sórdida y raída de su pobre sayal de estameña, y dando a la transparencia azul de sus miradas un divino fulgor de cielo en éxtasis, como si en su interior ardiesen, alimentadas por la fe más ardiente, todas las maravillosas y perennes lámparas de la vida.

Bajo la apoteosis dorada y purpúrea del crepúsculo, en la paz inefable y mística de la hora, por los rústicos senderos floridos de penumbras, resonaban piadosamente las lentas y acompasadas salmodias de los peregrinos.

Austeros y graves, apoyados en sus santos bordones, y flotantes al viento las luengas guedejas desgredadas, ascendían en largas filas, hasta la cumbre frondosa y abrupta, donde, entre el verdor húmedo de los álamos, albeaban los altos y esbeltos muros del milagroso santuario.

Por las enmarañadas laderas del monte, por las cañadas olorosas y fértiles, y a lo largo de las riberas pródigas del río, los pastores dirigían al aprisco sus ganados, entre silbos de hondas, balar de corderos, ladridos de mastines y trémulos y musicales desgranamientos de flautas y zamponas...

Las ovejas, envueltas en la indecisa polvareda crepuscular, descendían por las herbosas vertientes, ramoneando en las zarzas y en los saúcos de los vallados y de las cercas, husmeando en los matorrales, y sonorizando el silencio con el claro y agudo temblor de plata y de cristal de las esquilas tambaleantes...

Los peregrinos paseaban lentamente entre ellas, con las manos extendidas derramando bendiciones; ahuyentando, con la santa eficacia de sus conjuros, todas las plagas y todos los maleficios que descienden sobre los rebaños.

Sus voces se derramaban en la brisa como un perfume de santidad:

—¡Que el divino y blanco cordero, que bala en los pueros y fuertes brazos del Bautista, impida que los agudos dientes del lobo y las terribles garras de la pantera, que rondan por la noche en torno de los rediles, se claven en vuestras nuca!

—¡Que la casta y alba paloma del Santo Espíritu ahuyente y ciegue con sus fúlgidos triángulos de luz a las águilas rapaces y a los inmundos quebrantahuesos, cuyas curvas y afiladas uñas, anhelan ensangrentar la cándida blancura de vuestros suaves vellones!

—¡Que las rastreras víboras del estío no viertan en vuestras venas la corrosiva ponzoña de sus mortales agujones, cuando sesteéis a la sombra de los benditos árboles que alegran la amarillenta aridez de los rastrojos!

—¡Que nunca os falte la frescura del agua en las barrancas, ni la hierba del Señor en las praderas!

—¡Que ninguna epidemia os diezme, ni los aludes que ruedan en las altas cimas os arrastren al fondo de los negros precipicios!

—¡Que los blancos y rubios serafines que custodian las heredades, os libren del mal de ojo y del pernicioso influjo de esas malas gentes que atraen la desgracia por donde quiera que proyectan su sombra!

—¡Que vuestras ubres, repletas y desbordantes siempre de la más pura y sabrosa leche, alimenten sólo bue-

nos cristianos, temerosos de Dios, y que vuestros finos vellones, hilados en rucas de plata por manos de vírgenes princesas, cubran las místicas desnudeces de los santos en los altares perfumados con mirra, áloe e incienso, y abriguen a los humildes de corazón que buscan un refugio en la casa de Dios!...

—¡La bendición del Señor y todos los dones del cielo caigan perennemente sobre vuestras cabezas y las de vuestros dueños!

Y los blancos corderos, como agradecidos de aquellos santos augurios, refregaban humildemente sus finos y húmedos hocicos en los pardos sayales de los penitentes.

Algunos, más familiares, llegaban hasta lamer con sus lenguas ásperas y lijosas, las manos endurecidas, y las plantas desnudas y llagadas de haber regado con su sangre las asperezas de todos los caminos.

También los pastores, dando pruebas de profunda veneración, se arrodillaban a su paso, abandonando el cayado y la zampona a orillas del sendero, para ofrecerles, en ingenuas y devotas actitudes, que evocaban las viejas y piadosas adoraciones natales, sus odres de cuero, rebosantes de fresca leche, y sus cuencos de madera, desbordantes de hidromiel.

Algún mastín, agitando el hierro de su carlanca, y estremeciendo festivamente la larga y lanuda cola, humedecía sus amarillentos y retorcidos colmillos en las bullentes e irisadas espumas de un torrente que, con estruendos de cascada, rodaba atronante entre las rocas, perlando de plata las campanillas y los nardos silvestres que se balanceaban como incensarios a los soplos de la brisa.

El esquilón de la ermita rezaba el *Angelus*...

Una paz inefable, una maravillosa beatitud parecía bajar de los altos cielos, azules de serenidad, cobijando y recogiendo a la tierra bajo la sombra de sus blancas e inmóviles alas de Arcángel, perfumando de una suprema religiosidad los campos adormecidos, purificando la atmósfera y los pensamientos, y dándole al crepúsculo má-

gicas y sobrehumanas sonoridades de laudes de plata y de arpas de cristal...

¡Éxtasis puro y santo de la hora, donde todo parece diluirse en una plegaria silenciosa, en un desmesurado anhelo de inmensidad, en una quietud de infinito anonadamiento, en un divino mutismo, en el que se acallan milagrosamente los más rebeldes tumultos del corazón y de la conciencia!...

Manos invisibles de suavidad y de consuelo encadenan, con frescas guirnaldas de lirios en flor, todas las fiebrezas y voracidades del deseo; y a su amparo las conciencias se abren para purificarse, como esas flores que sólo dan su fragancia en el misterio de las sombras...

¡Hora solemne y pia!... ¡para arrodillarse al borde de los caminos que conducen a los santuarios e inclinar nuestra altivez, hasta besar filialmente la pródiga tierra de la que fuimos amasados!

¡Permanecer así, con los labios pegados a ella, respirando su aliento purificador y absorbiendo sus jugos maternales, hasta que sintamos florecer en nuestro cuerpo y nuestra alma las rosas celestiales del milagro, mientras el blanco y blondo Arcángel del crepúsculo eleva hasta la apoteosis de los altos cielos profundos, en las alburas de sus manos, como manojos de místicas azucenas, la inmaculada pureza de nuestras íntimas plegarias!...

II

El viejo y altivo castellano, postrado de hinojos, con los labios casi pegados al oído del Santo Ermitaño, como temeroso de que alguien pudiese respirar el aliento de sus palabras, proseguía purificando su conciencia con la narración detallada y minuciosa de su historia...

Sus manos crispadas y sus ojos desmesuradamente abiertos, se tendían a los cielos en la angustia desespera-

da de una suprema imploración, y la bárbara y ríspida maraña de sus barbas, de un gris casi plata, se arremolinaba encrespada y fosca, fluctuante sobre la adamasquinada coracina, a los violentos impulsos de su respiración acongojada y jadeante.

Eran narraciones sombrías y medrosas, de esas que se glosan a media voz, con bruscos escalofríos de pánico, al rescoldo del hogar, bajo las amplias chimeneas campesinas, en las largas y lluviosas veladas invernales, mientras que la ventisca, con sus gélidas alas de murciélago, azota las vidrieras, y el viento, aullando como un alma en pena, estremece los muros y hace crujir y saltar los oxidados herrajes de las viejas puertas desvencijadas.

A su recuerdo, se despiertan y santiguan despavoridas las doncellas, cuando caen, lentas y graves, como los golpes secos de un azadón sobre la tierra de una fosa, en la cóncava soledad del silencio, las doce plañideras y fatídicas campanadas de la media noche.

Y en todos estos relatos flameaba fieramente su penacho de guerra, el alma dura y cruel del altivo caballero.

Fortalezas tomadas a sangre y fuego, en la impetuosa violencia de los asaltos nocturnos.

Entre las llamas y el humo del incendio, el estrépito de los bastiones que se derrumban y los ayes de los moribundos, manos cruzadas se tendían suplicantes, implorando clemencia, y voces angustiosas, en los desesperados estertores de la agonía, clamaban misericordia en el santo nombre de Dios...

Y el puñal se hundía violentamente en las carnes, a través de los intersticios de las armaduras, buscando el corazón, y las ferradas mazas caían, como martillos de jayanes, sobre los cráneos indefensos, haciéndoles saltar deshechos...

¡Ricas y poderosas abadías, saqueadas sin compasión, con la brutalidad más desenfrenada del pillaje: el hacha de armas destilando sangre en la mano y la blasfemia espumajeando rabia en la boca!

Las lámparas rotas; las Sagradas formas pisoteadas

sacrílegamente; las santas imágenes, escarnecidas y mutiladas, con las cabezas trucas rebotando sobre la marmórea y maravillosa policromía de los mosaicos bizantinos, mientras en los cálices cincelados de oro, en los ciborios relucientes de gemas—votivas ofrendas de la paciencia devota y el fervor exaltado de los más hábiles y famosos artífices—hervía el vino de los sacrificios rituales mezclado con la sangre aun cálida y humeante de las pobres víctimas, en las manos brutales de la soldadesca, ebria de placer y de crimen; y sobre la santidad de los altares extendían sus tálamos infamantes la violación y el estupro...

Raptos a media noche, sobre las grupas de salvajes corceles, bañados de sangre desde las crines revueltas hasta los cascos martilleantes, tendidos como flechas, en un galopar desenfrenado y frenético, por un fondo humeante de desolación y de ruinas...

Nobles y hermosas doncellas, desgarradas las vestiduras y ahogadas por la férrea presión de las mordazas, se retorcían desesperadamente entre sus brazos de acero, en carreras apocalípticas, a través de los bosques talados y de las llanuras assoladas...

Las deshechas y sueltas cabelleras, tendidas a los vientos de la noche, humeaban entre los resplandores y las chispas de incendio, como antorchas recién apagadas...

Su crueldad insaciable necesitaba a cada instante nuevas víctimas que inmolar, nuevos y más truculentos manjares con que nutrir a tantas fieras monstruosas como rugían de hambre en el obscuro y profundo cubil de su alma.

Todos los días las voraces aves de rapiña revoloteaban, graznando, en torno de las altas torres de su castillo, para devorar los miserables despojos de los cadáveres que pendían de los garfios de las almenas...

¡Con qué furia picoteaban aquellos pobres ojos inyectados y vidriosos por el trágico espanto de la muerte, que a los rayos del sol parecían arder, encendidos por intensas y sobrehumanas cóleras, como reclamando al destino un castigo ejemplar para su implacable verdugo!...

A veces su crueldad tenía refinamientos inauditos, rasgos tan trágicos y a la par tan grotescos, que espantaban...

Cosía a sus enemigos en pieles de ternera recién degolladas, y los lanzaba de esta guisa a los montes más inhospitalarios para que sirvieran de presa a las alimañas de los bosques o cazarlos de nuevo con sus jaurías de perros salvajes, entre las carcajadas de sus monteros, que con sus corvos y afilados cuchillos los remataban...

Sus festines habían alcanzado una lúgubre popularidad en todos aquellos reinos, y más de un juglar había encontrado en ellos motivo para las más espantosas farsas y los más espeluznantes romances...

¡Cuántos nobles convidados a su mesa después de una orgía digna del más monstruoso Sardanápalo, serpentearon de dolor bajo el delirio alucinante del veneno, mientras el anfitrión, con su látigo de piel humana y sus silbidos de chacal, azuzaba a sus famélicos mastines para que con sus dentelladas hiciesen más espantosa la agonía de aquellos infelices!...

Jamás en el estéril granito de su alma, rígida, dura y tenaz como una espada, pudo florecer el santo lirio de la piedad y la celeste violeta de una buena acción...

Se reía burlescamente de las lágrimas, con la misma insolente truhanería con que celebraba los gestos dislocados y las piruetas inverosímiles de sus histriones...

Desde la cima inexpugnable del rocoso picacho, donde se alzaba, como un verdadero nido de águilas, su almenado y fuerte castillo solariego, entre el estruendo de los cuernos de guerra y los alaridos de sus mesnaderos, descendía hasta el fondo de los valles, como una avalancha, a cuyo paso todo desaparecía y se aniquilaba en la desolación más espantosa...

Los aldeanos se santiguaban al oír su nombre, como si nombrasen a Satanás, o apareciesen, nublando los cielos, esos negros y confusos nubarrones que anuncian, en los fértiles días del verano, el pedrisco que mata a las mieses o la terrible tempestad que desborda los ríos y destruye las cabañas...

Los burgos y las alquerías comarcanas, porque los libertasen de las furias del indómito castellano, hacían desbordarse de ofrendas votivas las capillas de sus santos patronos.

Grandes cirios de cera virgen ardían perennemente en los floridos altares, y entre el humo de los incensarios y los acordes de las arpas y los laúdes, la multitud, arrodillada, cubierta de cenizas como para una expiación, elevaba al cielo sus rogativas...

A su presencia, las rodillas más firmes se doblaban, los rostros más varoniles palidecían, y las matronas grávidas sentían los dolores dislacerantes del aborto...

El viejo castellano recordaba ahora, con espanto, sus propias hazañas, y al narrárselas al Santo Ermitaño, parecían quemarle los labios con todos los fuegos del infierno...

Legiones interminables de espectros resucitaban en su memoria, en un aquelarre espantoso, cuyos aullidos de dolor y gritos de venganza atenazaban su corazón en un suplicio diabólico...

Algunos, entreabriendo con sus manos esqueléticas los rotos sudarios ensangrentados, le mostraban en gestos que le hacían erizar de espanto los cabellos, húmedas aún, como si fueran recientes, las antiguas heridas...

En la noche atribulada y oscura de su espíritu rugían los vientos acusaciones terribles y fatídicas amenazas.

¿Qué has hecho de mi hijo?—prorrumpía el fantasma de una pobre madre, a quien él mandara un día, como rico presente de cumpleaños, envuelto en fastuosos paramentos de tisú y oro, el cuerpo desnudo y acribillado de saetazos de su único hijo, tendido sobre un azafate de plata repujada, tan grande y pesado que cuatro tornidos mesnaderos apenas podían sostenerlo.

¡Devuélveme a mi esposo!—le recriminaba en la sombra la voz desgarradora y lacrimosa de una joven condesa, a quien arrojó con una catapulta la cabeza canforada de su marido, hecho prisionero en una traidora celada,

cuando, desarmado, con el jerifalte al puño y en los ojos la alegría del amor y la vida, salió a volar garzas, a los días siguientes de sus nupcias.

Pero lo que más le atormentaba era la imagen de una bella y noble infanzona, a la cual su ferocidad había hecho apurar todos los tósigos del infierno.

Su recuerdo se interponía siempre, como una sombra, en su camino, obligándole a detenerse espantado, erizando el cabello, sin atreverse a volver el rostro, por miedo a encontrar, expiándole para martirizarle, aquellas grandes y azules pupilas llorosas, cuyas miradas las sentía penetrar en su corazón como la fría hoja de un puñal asesino...

Muchas veces, en plena orgía, apartó la copa de sus labios, al contemplar su silueta, muda e inmóvil, acurrucada tras un tapiz o como formada por el aliento de algo misterioso esfumarse en los borrosos cristales de los amplios espejos, y el vino se derramó en la alfombra sin que él lo gustase...

Y la veía ahora, como siempre, allí, a su lado, igual que se le apareció la vez primera, cuando desmelenada y lívida, cruzó el puente del castillo, para arrojarse a sus plantas, implorando la vida y la libertad de su padre: un anciano infanzón a quien había apresado yendo de romería al sepulcro del Santo Apóstol de la Cristiandad, y que retenía con la esperanza de un espléndido rescate, en una de las mazmorras de sus prisiones...

Bajo el velo trémulo de las lágrimas, sonreía inefablemente la gracia espiritual de su hermosura, evocadora de aquellas madonas dolorosas que immortalizaron los ingenuos pinceles de los primitivos en los frescos claustrales de Pisa y de Siena...

A la contemplación de tanta hermosura y de tanta inocencia juvenil, una idea satánica pasó de súbito por la mente del castellano, y bajo sus negros y ásperos mostachos, una sonrisa triunfal dejó al descubierto, por un instante, la cruel blancura de sus dientes de lobezno.

Fingiendo una conmoción profunda y un arrepenti-

miento sincero, alzó galantemente a la hermosa doncella, y mandó que, libre de grillos y de cadenas y con todos los honores correspondientes a su alta alcurnia, condujesen al padre al más suntuoso de sus salones señoriales, aquel donde, sentado en una especie de solio con dosel blasonado, acostumbraba a recibir el homenaje de sus deudos y de sus vasallos.

Sus hombres de armas se miraban extrañados de tanta y tan desusada magnanimidad, trocando en voz baja expresiones de asombro, y señalando en la belleza y en la juventud de la infanzona las verdaderas causas de aquel, para ellos, incomprensible milagro.

En el umbral apareció la grave y austera figura del anciano, seguida de pajes y escuderos.

Los regatones de las picas golpearon, en su honor, cinco veces el suelo, y las trompetas de oro dejaron escapar sus vibrantes clamores.

El castellano se inclinó ceremoniosamente ante el anciano, y sin darle aún tiempo para caer en los brazos de su hija, ordenó a sus sicarios que le encadenasen fuertemente a una silla de fuego, bárbaro suplicio con el cual solía solazarse.

Y mientras el infanzón se retorecía de dolor, a su presencia, sin que le apiadasen súplicas ni lágrimas, entregó a la hija a la lubricidad vinosa y repugnante de sus bufones.

Al día siguiente, en los muladares del castillo, los cuervos y los perros salvajes se disputaban los despojos de dos cadáveres, mientras en los bosques cercanos atronaban el silencio matinal los roncocos ecos de las trompas de caza y el jadeante ulular de las jaurías del castellano...

III

Y su vida fué siempre una constante orgía de sangre y de infamias, sin que jamás pasase por sus ojos la sombra del más leve remordimiento.

Pero a medida que el frío inexorable de la edad iba helando sus venas, una tristeza horrible, tenaz y lenta, se adueñaba de su corazón, y un hastío asqueante y progresivo anublaba y ensombrecía todos sus placeres.

Muchas veces, en sus escandalosos festines, donde parecían congregarse todas las más absurdas locuras del vicio y de la ostentación, cuando estaba en todo su apogeo la bacanal, se le había visto salir tambaleándose de la sala, para deshojar en el rincón más oscuro y apartado de su castillo, las guirnaldas de rosas y de verbenas, que como una evocación de paganías, ornaban sus sienas...

Hasta en los mismos brazos del amor había sentido este tedio demoledor y corrosivo como una ponzoña que le impelía a arrojarse del lecho a latigazos a la impúdica cortesana o a la rústica doncella, arrastrada hasta él por la dura y odiosa ley de la servidumbre.

¡Cuántas veces se detuvo horrorizado, como si le petrificara el espanto, en los umbrales de alguna estancia o en las encrucijadas de algún camino, creyendo ver sombras hostiles que le acechaban, puñales desnudos alzados sobre su cuello!

Espectros sangrientos, en cuyas facciones creía adivinar rasgos ya conocidos...

El rumor de las cascadas que rodaban ante sus pasos, el murmullo de las florestas estremecidas por el viento, el chirriar de una puerta desvencijada, el taladrar angustioso de una carcoma en el silencio de su cámara, todos los rumores de la soledad y el silencio, hasta el latir de su propio corazón, todo le amedrentaba, porque creía

escuchar en todo amenazantes cuchicheos y terribles imprecaciones.

Y a medida que su cerebro se iba poblando de pavorosos fantasmas, sus fuerzas disminuían, y las pesadas armaduras y los guerreros arneses se cubrían de polvo en la ociosidad y en el abandono.

Los pueblos y los señoríos comarcanos, después de medio siglo de continuos sobresaltos, pudieron, al fin, dormir tranquilos, sin que el bronce de las campanas les llamase a rebato.

Los atalayas no descubrieron, desde hacía muchos meses, a los rayos de la luna, el resplandor acerado de las cotas y de los yelmos de sus mesnadas...

—¡Nuestro señor se ha vuelto loco!... Hoy ha dejado escapar una presa segura. Unos ricos mercaderes provenzales que iban en peregrinación a besar el sepulcro del Apóstol Santiago, camino de Compostela... Desde las cumbres de esas montañas los han visto los vigías atravesar descuidadamente las ásperas guájaras de los desfiladeros...

—La edad ablanda los dientes de los lobos, y la mano de nuestro señor no puede ya sostener la gloria de su espada.

Este diálogo, que sorprendió una noche al rescoldo del hogar, entre los dientes de dos de sus más fieles secuaces, fué la última llamarada de su cólera, la postrera explosión de sus violencias.

Sin hablar una palabra, cogió del yar el grueso tronco de encina que en él se consumía, tan pesado, que dos bueyes apenas si pudieron transportarlo hasta la poterna, y con él, esgrimiéndolo como si fuese una débil caña, aplastó las cabezas de los murmuradores...

Desde entonces sus manos no habían vuelto a derramar sangre humana, y una terrible inquietud había sido como la sombra de su cuerpo.

En vano consultó a los más famosos astrólogos: el cielo permanecía mudo a sus deseos.

De noche no podía conciliar el sueño.

Se revolvía febrilmente en su lecho, y si alguna vez sus párpados, fatigados, se cerraban, un sobresalto súbito y una terrible pesadilla le estremecían de nuevo.

Creía sentir ruido de cadenas, como si monstruos ocultos se estuvieran preparando para arrojarle a las más ardientes y voraces gehenas.

Y lívido de espanto y de cólera, saltaba del lecho, y empuñando la espada, acuchillaba en las tinieblas a los fantasmas, hasta caer rendido, sudoroso, echando espumarajos por la boca, sobre las frías losas del pavimento.

Una noche, después de uno de estos espantosos delirios, sintió de pronto como si una suave canción que fuese a un tiempo una divina claridad, se esparciera por las sombras que le rodeaban.

La luna plateaba el azul del jardín, sobre cuyos verdes se abrían las esbeltas ojivas del salón, y entre las ramas de un rosal, todo cubierto de rosas de nieve, se desgranaban en el silencio nocturno los armoniosos trinos de un insomne ruiseñor, con la misma sonora y dulce suavidad con que las flechas de diamantes del surtidor se desengarzaban sobre la concha de mármol de la fuente.

Era la flor de su alma que se abría, por vez primera, a la voz de la piedad.

Y al día siguiente abandonó su castillo, y sin más compañía que sus remordimientos, atravesando campos y montañas, cabalgó largas jornadas, como atraído por no sabía qué irresistible y misteriosa fascinación, en busca de la cabaña de aquel Santo Ermitaño, del cual se hablaba con profunda veneración en cien leguas a la redonda, afirmando que poseía el bálsamo divino que todo lo cura y lo purifica, el mismo bálsamo con que las tres Marías ungieron el cuerpo del Redentor antes de depositarle en el Santo Sepulcro.

IV

El Santo Ermitaño le oía inmóvil, con la cabeza entre las manos, sin que la más leve contracción turbase la armónica y perfecta serenidad de sus facciones.

En las brisas campestres, impregnadas de romero, tomillo y mejorana, venían de cuando en cuando el eco de las salmodias de los peregrinos y el suspirar errante de alguna flauta lejana tañida por algún pastor en las agrestes concavidades de la montaña.

Y del fondo del valle, entre las vagas y dispersas neblinas del río, se alzaba ondulando hacia el azul crepuscular, como un incienso votivo, el humo familiar de los casales y de los molinos ribereños.

—¡Piedad, piedad!—clamó sordamente el viejo castellano, en sus angustiosas tribulaciones de naufrago, abrazándose desesperadamente como a una suprema y definitiva esperanza a las flacas y sarmentosas rodillas del Ermitaño.

Y en su voz parecía desbordarse toda la infinita tristeza humana, en un ansia de liberación y de consuelo.

El santo asceta alzó, por fin, su pálida frente: su larga barba descendió como un torrente de plata a lo largo de su pecho escuálido, arremolinándose como un remanso de espuma sobre sus rodillas, y colocando paternalmente sus manos exangües, de un blanco amarillo de marfil viejo, sobre el acerado capacete del humillado suplicante, exclamó con voz profunda y suave, con una voz tan consoladora y extraña, que parecía venir de otros mundos más serenos, sin que tuviese que atravesar garganta humana:

—Grandes son tus pecados, hijo mío; pero la misericordia del Señor es infinita. Su corazón no es como el de esos físicos que sólo curan las más leves dolencias. Para

manifestar su omnipotencia, prefiere siempre los enfermos desahuciados, a aquellos a quienes ya cortaron la mortaja y encendieron las lámparas funerales en torno de sus lechos.

Su generosidad gusta ejercitarse en los casos extremos, arrebatando a las almas de las mismas garras de Lucifer.

Ten fe. Invoca su santo nombre con fervor, y El no te negará su ayuda, acudiendo solícito a salvarte del pecado en que vives y de los terribles castigos que te amenazan.

Quien no rechazó la mano del leproso y atrajo filialmente sobre su seno la rubia cabeza de la pecadora de Magdala; quien dió un rayo de su celeste claridad por guía al más cruel de sus perseguidores, Pablo de Tarso; aquel cuyas últimas palabras, sangrando en la cruz, con el costado desgarrado por la lanza y los labios amargos aún por la hiel de la befa, fueron de caridad y de perdón para sus propios verdugos, no puede abandonarte a ti, por más grandes que hayan sido tus pecados y tus crímenes.

Enciende tu corazón como una antorcha en la fe. Cierra los ojos confiado en su divina gracia, y camina sin temores, que la mano del Angel que guió a Tobías te conducirá a través de las tinieblas, hasta la eterna luz de la gloria.

Alimenta con tus propias entrañas la Piedad y el Arrepentimiento, como las madres a los niños encanijados y raquíticos, con más fervor y cariño que si estuviesen sanos y fuertes.

La voz del castellano le interrumpió, en una ansiedad palpitante de esperanza:

—¿Y qué he de hacer, padre mío, para redimir todas las infamias y las impurezas de mi vida?

Y sus ojos, febriles de impaciencia, se clavaban en las serenas pupilas del cenobita, como pidiendo a ellas la respuesta que fuera el rocío y la paz purificadora del alma.

Mas ellas nada le respondieron, impasibles en su ciega serenidad del bruñido esmalte.

Sólo su voz volvió a perfumar de nuevo la paz del momento, con su purificante frescura de manantial.

—Nada más sencillo. Reparte tus riquezas, y a pie, como un mendigo, sin más apoyo ni defensa que tu báculo de romero, sin más adorno que las caracolas de tu esclavina y sin otro abrigo que tu burdo sayal de penitente, y sin más calzado que la piel de tus plantas, y sin más provisiones que las que depositen en tu mano extendida la caridad de las gentes, atraviesa los campos y las montañas, vadea los ríos, cruza los desiertos y ve a arrojarte a los pies del Vicario de Cristo; y sus benditas manos, depositarias de las llaves del cielo y del destino de las criaturas, al bendecir tu frente, purificarán tu corazón de toda mancha, redimirán tus culpas, y harán que vuelva, para siempre, la paz a tu espíritu atormentado.

Y volvió a inclinar dulcemente la austera cabeza entre sus manos.

El viejo castellano dobló con honda pesadumbre la frente, como si se hubiesen desplomado sobre ella de pronto todos los maravillosos alcázares de su esperanza.

Y su acento se atrevió a suspirar, por fin, en el infinito agobio de su pena:

—¡No hay salvación para este pecador, piadoso Ermitaño! ¡No hay salvación!

¿Cómo voy a cruzar yo, pobre y achacoso, consumido por los sufrimientos y agotado por los años, los largos y peligrosos caminos que conducen a Roma?

Caeré muerto de fatiga en las primeras jornadas, sin que mis ojos haya podido contemplar, siquiera a lo lejos, entre el polvo del camino, resplandecer al sol de la gloriosa mañana, los altos y fuertes muros de la Ciudad Eterna.

Esa penitencia es superior a mis fuerzas... No podré cumplirla... ¡Y moriré irredento, condenado!

Y había en sus gestos y en sus palabras un dolor tan sincero y una angustia tan profunda, que el Santo Ermitaño volvió a levantar el rostro, compadecido de aquel pobre ser arrugado por los años y de aquella alma mise-

rable, derrumbada bajo la desilusión de su última esperanza fallida.

Elevó los ojos al cielo, como pidiendo el divino auxilio para mitigar los dolores de aquel infeliz, y así, extático, permaneció orando algunos instantes, mientras el castellano esperaba, sin atreverse a respirar siquiera, las palabras que habían de decidir su suerte por los siglos de los siglos.

El ascético rostro pareció transfigurarse en la ferviente imploración, y algo así como una paloma de fuego aleató en sus oídos, mensajera de la celeste gracia.

—Hijo mío—murmuró, rompiendo el silencio embarazoso con la más suave dulzura de su voz—, la piedad del Altísimo empieza a manifestarse en tu favor. ¡Lado sea!

Toma este cuenco de madera que me sirve de vaso. Mis propias manos lo han tallado en una santa rama de olivo, de los mismos olivos que escucharon la divina oración del Huerto.

Toma este vaso y encamínate a la fuente; y en cuanto lo veas desbordarse de agua, tus culpas estarán lavadas, y podrás regresar tranquilo a tu castillo a esperar, sin temores, tu última hora.

Y poniendo en las temblorosas manos del viejo castellano su rústico y santo vaso, le dió su bendición, y lentamente desapareció entre los frondosos árboles que prestaban sombra a la cabaña.

—¡Alabado sea el santo nombre del Señor!—clamó el castellano, cayendo de rodillas en acción de gracias, con los ojos y los brazos tendidos al cielo, en el cual fulguraba ya, como un tembloroso diamante en un manto de seda azul, el resplandor del primer lucero.

Y así permaneció un largo espacio, mientras a lo lejos se oían los piadosos cantos de los romeros y la serena brisa de la tarde refrescaba su alma sedienta con la promesa cristalina y rumorosa de los arroyos y de las fuentes, que cantaban en las verdes laderas vecinas y entre las arboledas del fondo del valle...

V

Terminada la oración, empezó a descender ágil y alegremente por la verde ladera, como si las últimas y piadosas palabras del Santo Ermitaño, al abrir de nuevo su corazón a la esperanza, le hubiesen quitado de los hombros el fardo de tantos años, cargado de crímenes y de infamias abrumantes.

Al descender la abrupta pendiente, sentíase fuerte y ágil, como en aquellos bizarros días de su juventud, en que al frente de sus hombres de armas, cabalgaba armado de punta en blanco sobre su potro de largas crines, a ensayar las fuerzas de su brazo y la resistencia de su lanza, talando y corriendo los campos próximos, o asaltando, en los caminos de Compostela, a los cortejos de nobles peregrinos que iban a cumplir sus votos y a dejar sus ofrendas en los altares del valeroso Apóstol de la Cristiandad.

La frescura del agua le obsesionaba. Sentía en el aire, dentro de sí mismo, en sus propios oídos, fuentes y manantiales que surgían, arroyos y cascadas que rodaban, surtidores abriendo sus abanicos de pedrería, y hasta el rumor sordo y tenaz del mar cercano, fundiendo todos sus rumores, concretando todas sus armonías en una sola, para cantar a su esperanza de redención la lauda y fresca epifanía del agua.

Y ansioso, trémulo de impaciencia como quien busca un rastro salvador, las huellas luminosas de un ángel para escapar de un diabólico laberinto, registraba entre los matojos floridos del camino, hiriéndose a veces en las zarzas, creyendo encontrar entre las rocas revestidas de musgo y acaireladas de hiedras y rosales silvestres, la fuente salvadora, cuyas claras aguas habían de purificarle de toda escoria, absolviendo a su alma de toda culpa

y dándole de nuevo la pureza inmortal de las nieves y de los astros.

—¡Bendita sea tu misericordia, Señor!—exclamó, loco de júbilo, al contemplar a la sombra de tres finos y altos álamos, cuyas siluetas gentilíceas se idealizaban en la luz melosa y suave del crepúsculo, el chorro saltarín y deslumbrante de gemadas irisaciones de una fuente.

El agua surgía entre los labios de un tritón de piedra, toscamente tallado, para aliviar la sed de los peregrinos que iban a llevar sus votos a la Virgen milagrosa que se venera en el santuario de la cumbre.

El agua surgía musical y cristalina entre los bellos pétreos, rompiéndose en ellos en un arco de plata, que al caer en la ancha concha de jaspe, se desgranaba, como un fúlgido collar, en un milagro de perlas de espuma que rociaban las hierbas del suelo de fugitivas titilaciones deslumbrantes de iris.

Un húmedo perfume de violetas recién abiertas amortiguó la fiebre de sus sentidos exaltados...

Dobló de nuevo la rodilla, y su mano, trémula de emoción y de ansiedad, alargó el santo vaso para recoger en su seno la purificadora refulgencia del agua...

Mas al aproximarle a sus labios, encendidos por la sed ardiente de su espíritu, anhelante de paz, se quedó espantado.

¡El vaso estaba vacío!

No podía dar crédito a lo que veía.

Se refregó los ojos con el dorso de la mano, como si quisiera arrancarse una venda.

Pero todo fué inútil. El vaso estaba vacío... La fuente, seca...

¿Le habría engañado su propia ansiedad, haciéndole ver una fuente donde no la había, como engaña el espejismo con sus quiméricos oasis y sus ciudades fabulosas, a los calenturientos beduinos extraviados y enloquecidos por la sed, en las asfixiantes arideces del desierto?

Creyó sentir de nuevo el claro y armonioso rumor del agua.

Era la brisa, que agitaba las altas y finas ramas de los álamos.

Ilusionado otra vez, sin querer dar crédito a sus sentidos, volvió a arrodillarse y a tender el vaso.

El agua salvadora no surgía.

Palpó la piedra y la encontró aun húmeda, como si acabara de cortarse la corriente.

Una idea iluminó de súbito su incertidumbre, y volvió a sonreír a la esperanza.

Los monjes del santuario, ¿sólo dejarían correr sus caños de sol a sol?

Esperó, esperó inútilmente, y rendido de fatiga, agobiado bajo el peso y la balumba de tantas y tan contrarias emociones como habían agitado y conmovido su espíritu en aquella tarde, estrechando contra su corazón, como un amuleto sagrado, como una reliquia venerada, el tosco vaso de madera, se fué adormeciendo al pie de la fuente, mientras en la copa de los álamos lanzaba un ruiseñor sus frescos trinos de cristal, saludando a la plata frída de la luna, que se alzaba majestuosa en los altos cielos profundos, glorificados de estrellas.

Y la voz del ruiseñor era, en el silencio de su ensueño, como el desgranarse de un surtidor en una límpida y refulgente lluvia de perlas.

VI

Despertó de su desvanecimiento cuando ya los rayos del sol iluminaban de plano la tierra.

Una nueva sorpresa le reservaba su mala suerte. Se encontró en la adusta soledad de un camino accidentado y escabroso, a orillas de una vieja fuente de piedra, cuyo caño, carcomido por la herrumbre y cubierto de polvorosas telarañas, parecía muerto hace muchos siglos a las fecundas y fugitivas caricias del agua.

Unos pobres álamos raquíuticos, casi esqueléticos, deshojábanse de sed en torno suyo; y la hierba del suelo tenía ese tinte de miseria y de abandono que distingue a los rastrojos en los áridos secanales, color de lepra, de esterilidad y de fiebre.

¿Había sido todo una de las mil abominables pesadillas que solían asaltar su corazón después de una dolorosa vigilia de espantosos remordimientos?

¿En qué lugar maldito de expiación se había despertado? ¿Dormía aún y todo continuaba siendo un sueño?

Tendió los ojos, para orientarse, por el amplio y magnífico paisaje que a sus pies se extendía, y un largo y hondo suspiro de satisfacción hinchó de nuevo su pecho.

A lo lejos, en el fondo paradisiaco de un valle primaverales, entre molinos y granjas rodeados de huertos y jardines maravillosos, serpenteaba, mansa y suavemente, el azul claro y cristalino de un río ancho y caudaloso.

En los remansos, dorados de sol, se reflejaba la fertilidad exuberante de las floridas y frondosas riberas, bajo la claridad celeste de los altos cielos serenos.

Una sonrisa de beatitud se aterciopeló en sus labios, duramente contraídos por el desencanto, y haciendo memoria de todo cuanto le aconteciera el día anterior, y recordando las piadosas y consoladoras palabras del Santo Ermitaño, sintió su corazón abrirse de nuevo a la esperanza, y disiparse, como los vapores de un mal vino después de un sueño profundo y largo, los temores y las pesadillas que empañaban su fe.

—¡Bendita sea la luz del Señor, que deshace las tinieblas y nos señala el verdadero camino!—exclamó, postrándose de hinojos y besando fervorosamente la tierra.

Y después, como atraído por la fascinación del lejano panorama del río, empezó a descender al valle, en una desenfrenada carrera, como si a la vista de las aguas se hubiese encendido más, en lo profundo de sus entrañas, la hoguera voraz de su sed insaciable.

Corría con agilidades impropias de las fatigas de tantos años, espantando en su carrera a los verdes e irisados

lagartos que tomaban perezosamente el sol entre las ásperas lajas donde tienen sus nidos.

Las aves del cielo volaban también, a su presencia, con esos largos y oblicuos vuelos de las palomas azoradas cuando sienten cernerse en los aires las alas del halcón.

Su manto de púrpura, franjeado de armiño, se desgarraba a jirones en los cactus agudos y punzantes como moharras de lanzas y entre la aspereza espinosa y adusta de las zarzas y los majoleteros floridos.

Las plumas de su airón se estremecían a los vientos, desprendiéndose rotas del rico joyel de oro que las abarcaba entre sus broches de pedrería, como raras y sangrientas palomas.

Sudaba bajo el férreo agobio del arnés, saltando zanjas, bordeando precipicios, abriéndose paso entre las espesas jaras del monte y el intrincado laberinto de la selva.

En un claro del bosque se detuvo un instante, jadeando de fatiga, casi extenuado.

Arrancóse, en un esfuerzo desesperado, el hebillaje de la coracina, y arrojóla, en unión del capacete, entre unos matorrales.

Una blanca bandada de palomas huyó asustada, ensombreciendo por un instante la refulgente claridad del cielo.

El castellano prosiguió con más ahinco su carrera, hasta que sus plantas se hundieron en las húmedas arenas de las orillas del río, haciendo saltar al agua a las amodorradas tortugas que se bañaban en la luz gloriosa del mediodía estival.

Y allí se detuvo, perplejo, asustado, al contemplar por vez primera en el espejo de la corriente, su figura miserable, donde la edad y las penalidades habían puesto su trágica máscara, desfigurando su rostro con arrugas tan profundas, que parecían surcos, empañando el fulgor de su mirada con sombras de espectrales apariciones, y haciendo emblanquecer sus luengas barbas y sus cabellos enmarañados.

Aguijoneado por la sed horrible de su espíritu, se in-

clinó sobre la corriente, dobló las rodillas y tendió el vaso...

Mas de súbito, como arrebatada el viento, en las frágiles inconsciencias de un sueño, los maravillosos paisajes y los encantados alcázares que constituían nuestro éxtasis, desapareció todo lo que le rodeaba, y se encontró tendido en el cauce pedregoso y estéril de una barranca desolada.

Y sin embargo, claros y sutiles rumores de agua parecían subir de profundidades ocultas hasta sus oídos atentos, como si alguna surgiente invisible fuera a romper la dura y última costra del granito que la aprisionaba, para resucitar al arenal que se pudría de sed bajo la mordorra solar.

Pero la fuente no surgía: el misterioso alumbramiento quedó de nuevo detenido y encarcelado hirviendo de ansiedad por desbordarse, entre las durezas irreductibles de las rocas de no sabía qué lejanas montañas, o quizás en el fondo aun opaco y granítico de su propia alma.

Y otra vez le sorprendió la noche, desfallecido de cansancio y desesperación; dormido sobre la esterilidad eterna de los arenales, apretando contra su corazón irredento, como la única reliquia de su esperanza, el vaso sagrado, en cuyos bordes el Santo Ermitaño había esculpido toscamente los misterios y los milagros de fe de aquel dulce Rabbí de Galilea que había amparado a la adúltera, resucitado a Lázaro y redimido, con su perdón y sus palabras, a la hermosa e infatigable pecadora de Magdala...

VII

El viejo y altivo castellano caminó muchos días buscando, en vano, la salvadora purificación del agua:

A su paso, se secaban las fuentes, cejábanse las cis-

ternas, los ríos se hundían de pronto, como por arte de encantamiento, entre las arenas de los cauces, y hasta el rocío negaba a los cálices de las flores su frescura renovadora y fecundante.

Sus pies sangraban sobre el terruño desbastado, como si anduviese sobre carbones encendidos. Y sus labios y su alma, su vida entera, parecían retorcerse y chirrear entre las voraces llamas de un incendio inextinguible.

Se había extraviado en un seco y amarillento erial, donde sólo alguna higuera raquílica y empolvada mostraba al sol, como sus llagas los mendigos, la miseria de sus verdores de leprosa...

Sólo se oía la somnolienta y alucinante vibración de la cigarra.

De pronto, cuando era más abrumante su fatiga, sus ojos contemplaron a lo lejos, bajo el incendio del sol, la bella silueta de una esbelta mujer, que con el ánfora de barro sobre el hombro, como en los viejos retablos bíblicos, regresaba cantando de la cisterna.

La gentileza de su figura, el ritmo de su paso y la suavidad oriental de sus facciones, evocaban a aquella gentil y generosa Samaritana que, en una hora de sed semejante y en un arenal parecido, ofreciera a los labios abrasados del Nazareno, la frescura de su cántaro, la sombra de las palmeras y de los tamarindos, junto al brocal de la cisterna...

La gentil doncella continuaba avanzando.

Cantaba una canción ingenua y suave... Y su voz y sus cantos tenían dulzuras de panal y ruidos de agua corriente...

El castellano la detuvo con un gesto de súplica.

—¡Santa y bella mujer, por el amor de Dios, dame un poco de agua de tu ánfora, la suficiente para llenar este tosco vaso de madera!

¡Vengo muerto de sed y de fatiga, y si tú no me socorres, caeré desfallecido en estos arenales, para servir de pasto a las águilas que se ciernen en el azul y a los chacales famélicos que aullan en las montañas vecinas!

La doncella apoyó el ánfora en el seno, y en un gesto de invitación, inclinando hacia adelante las arrogancias de su busto, ofreció, como un labio humano que se entrega al beso, la boca de su cántaro al vaso del castellano...

Pero el milagro del agua no se hizo...

El ánfora estaba vacía...

La doncella le miró aterrorizada, y como si hubiese tropezado con ese genio infernal que ronda alrededor de las cisternas, para saciar la sed de sus apetitos en la sangre de las inocentes zagalas que van a llenar en ellas sus vasijas de barro, hizo tres veces la señal de la cruz, y huyó, dejando caer al suelo su cántaro...

El anciano se desplomó exánime sobre las arenas, agotadas sus fuerzas, y sintiendo ya en sus miembros secos pasar, como un brusco escalofrío, la sombra fugitiva de la muerte...

—¡Señor, no me abandones! ¡No me dejes morir así, despojado de tu gracia y condenado al eterno fuego del infierno!—suspiró en un esfuerzo desesperado y supremo de agonía...

Toda su pobre alma desfallecía en la terrible angustia de sus palabras...

Y sintió algo así como si unos brazos invisibles le sostuvieran, levantándole del suelo...

Y sus ojos se abrieron de nuevo a la esperanza, al contemplar entre un rasgón de la niebla la inmensidad azul y rutilante del mar cercano, que le ofrecía, convertida en oro por los rayos del sol, la eternidad inagotable de sus ondas sonoras...

Y la corriente de agua interior, vencida por fin la dureza granítica de la última costra que la encarcelaba, parecía ya próxima a estallar y desbordarse por su alma, para purificarle de toda mancha y absolverle de toda culpa.

VIII

Y comenzó a caminar por las arenas, en busca de aquel mar que se abría a su desfallecida esperanza como un maravilloso ensueño de redención.

El rumor polifónico de las olas tenía para sus oídos un encanto irresistible y fascinante, como si resucitase en él todo el antiguo y mágico prestigio del eterno mito de las sirenas.

Oía divinas músicas en el viento; tañidos de laúdes y suaves orquestaciones de arpas de cristal y oro, que subyugaban sus sentidos, despertando en ellos percepciones desconocidas, anhelos jamás imaginados e imprevistas embriagueces...

Algo inefable se iba abriendo en el fondo de su corazón, como una flor de maravilla que surge en la hendidura de dos rocas sobre el abandono de una tumba olvidada.

Y sus pasos se hacían cada vez más ligeros, dejando sobre las arenas reguero de sangre...

¿Mas qué importaba la sangre y el cansancio y las heridas, y todos aquellos dolores que se agudizaban en las miserias de su carne, ante la suprema serenidad, ante el deliquio inefable, ante la seráfica beatitud en que se iba arrojando su espíritu?

Ya aspiraba la fresca caricia de las olas en las brisas salobres... Ya salpicaban sus pies desnudos las blancas espumas...

Pero el mar retrocedía, como huyendo de la profanación de sus plantas...

Y el viejo castellano, exhausto, rendido, jadeante y sudoroso, corría tras el oleaje sin que jamás lograra alcanzarle.

Hubo un momento en que no pudo más.

Sus rodillas se doblaron, sus ojos se tendieron al cielo,

y de sus labios lívidos y secos se escapó aquella queja desconsolada que la angustia del Hijo de Dios elevó a su Santo Padre, al morir en la cruz para redimir los pecados de los hombres:

—Señor, Señor, ¿por qué me has abandonado?

La corriente, por fin, rompió su última clausura.

Una frescura súbita ascendió de lo más profundo de su corazón, inundándole todo, hasta llegar a sus ojos y deshacerse en sus pestañas...

Una lágrima, la primera lágrima de su vida, surcó sus mejillas, y fué a caer en el fondo del tosco vaso de madera...

Y el vaso se desbordó de un agua clara y dorada que, al derramarse sobre los secos arenales, les hizo florecer en una primavera de rosas de milagro, mientras los ángeles y los serafines, en la apoteosis gloriosa del cielo, agitando sus turibulos y tañendo sus arpas de oro, clamaban en un coro de melodías infinitas las más bellas e inmortales palabras de redención:

—¡Aleluya! ¡Aleluya!

La venganza de Aischa

I

Almanzur era Schajj de la tribu de los Beni-Musas, la más aguerrida y numerosa de cuantas pastaban sus rebaños en las secas llanuras del Oriente del Hedchiar, más allá de los altos muros y de los fértiles valles del Medinat-Nevi, la ciudad santa que guarda religiosamente las cenizas del Profeta.

Descendía de una de las más nobles familias del Islam.

Su abuelo, Omar ben Wahid, el Zaharita, había sido uno de los primeros y más fieles discípulos de Mahoma, y en la famosa derrota de Ohod sostuvo entre sus brazos el cuerpo del Profeta, cuando éste, herido de una certera pedrada en la frente, se desplomó ensangrentado de su corcel.

Su padre, Noseir ben Omar, tomó parte en la rendición de Damasco y en todas las cruentas campañas contra los cristianos de Constantinopla, bajo los gloriosos Califatos de Abu-Berk, Omar y Alí.

El mismo Almanzur había hecho su aljihed en el Egipto y en el Africa, a las órdenes de Okba, asistiendo a la fundación de la célebre ciudad de Cairuam, y acompañando a su pariente Muza ben Noseir a la conquista de España. Regresó de estas expediciones cubierto de gloria.

y de cicatrices, y los ancianos de su tribu le nombraron su Schaij.

Por todo el desierto se extendió bien pronto su fama de hombre justo, y a su tienda venían, a dirimir sus cuestiones, los hombres de los más lejanos países.

Era fuerte, alto y magnánimo.

Jamás su boca pronunció una sentencia que no estuviese ajustada a los más sabios preceptos de la ley koránica, ni su brazo dejó de prestar apoyo a los desvalidos.

Imposibilitado por el peso de sus noventa años de comandar a sus guerreros, confió esta misión a su único hijo, Muhamed, que por sus hazañas llamaban el Assadi.

Almanzur, como todo buen hijo del desierto, amaba la poesía sobre todas las cosas.

Sentado a la puerta de su tienda, gustaba oír, a la luz de los astros, las maravillosas relaciones de aquellas siete kasidas que bordadas en oro sobre un manto de seda negra, la admiración y la piedad de las gentes habían suspendido en los muros sagrados del templo de la Kaaba.

Una noche en que rodeado de los principales de su tribu adormecía su alma con el encanto de una de estas narraciones, llegaron a su aduar, tendidos como arcos sobre sus corceles, sudorosos y jadeantes, unos pastores, y, descabalgando junto a su tienda, le dijeron, con la voz trémula aún de emoción:

—La gloria de Dios caiga sobre tu frente, Almanzur. ¡El Profeta nos protege! Una caravana, tan extensa que se pierde de vista en los arenales, atravesará mañana, a la caída de la tarde, los abruptos desfiladeros de Absub. Nosotros la hemos visto desfilar mientras los rebaños se teaban a la sombra de las palmeras de la cisterna de Amhed.

Centenares de camellos se derrengan bajo el peso de ricos cargamentos de ébano, tapices, armas, plata, oro, joyas, perfumes y especierías de Saba, Ahsa y de las maravillosas regiones del Hadramaut.

Trescientos jinetes armados la custodian. ¿Pero qué son trescientos jinetes armados para los Beni-Musas,

los más duros en el combate y los más generosos en la victoria?

Nuestros corceles no conocen la fatiga ni la sed.

Nuestros brazos son ágiles y fuertes. Saben traspasar con un venablo a los más veloces avestruces, desjarretan a un toro salvaje y son capaces de desguijar al león más potente.

Almanzur, Dios ha puesto al alcance de nuestras manos la felicidad... ¡Cúmplase la voluntad de Dios!

Un sordo murmullo de aprobación acogió las palabras de los pastores.

En todas las pupilas fulguró la codicia.

Hasta el poeta abandonó su guzla, y se acercó, trémulo de emoción, al grupo.

Almanzur irguió su patriarcal figura, e imponiendo silencio con un gesto lleno de majestad y de nobleza, dijo, clara y lentamente, como habla la sabiduría y la experiencia, mientras sus dedos, largos y huesosos, acariciaban los blancos mechones de su barba venerable:

—No conviene derramar estérilmente la sangre humana. Sólo en servicio de Dios se debe prodigar. ¿Por ventura no existen aún en tierras del Islam gentes paganas a quienes debemos exterminar?

La codicia es la más irresistible de las tentaciones. Ella nos desvía del camino de Dios.

¿Acaso valen esas riquezas y aun todos los tesoros de la tierra lo que una sola gota de sangre de los Beni-Musas?

Y su voz resonaba en el silencio de la noche, bajo el polvo de plata de los astros, con una austera solemnidad profética.

—¡Almanzur, padre mío, en el nombre de Dios, escuchadme!—exclamó respetuosamente su hijo Muhamed el Assadi, aproximándosele.

Todos reconocemos y reverenciamos la verdad profunda que encierran tus palabras. Pero fíjate en el estado lamentable de la tribu. Las últimas guerras nos han empobrecido hasta el extremo de no haber podido contribuir

a la construcción de la nueva mezquita que ha de encerrar los restos venerados del Profeta.

La sequía agosta nuestros campos y la peste diezma nuestros rebaños. El hambre ha hecho su aparición entre nosotros... y esa caravana, que la voluntad del Señor pone al alcance de nuestra bravura, puede ser la salvación de la tribu.

¡Sí, padre mío—insistió Muhamed—; la necesidad nos apremia.

Dios nos depara esta ocasión para salvarnos de la miseria en que vivimos. Desaprovecharla sería tanto como renunciar a sus beneficios.

Todos asintieron, con un leve movimiento de cabeza, a las palabras del Assadi.

Almanzur quedóse perplejo un instante. Las arrugas de su frente se contrajeron en el esfuerzo de la meditación.

Los guerreros aguardaban, inmóviles y mudos de ansiedad, la decisión del noble y sabio Schaij.

Por fin éste murmuró gravemente, levantando los brazos al cielo, como el que se decide, contra su íntima voluntad, a quebrantar un voto:

—No quiero oponerme a vuestros designios, que acaso sean también los designios de Dios. ¡Cúmplase su voluntad! Sólo lamento que el agobio de los años y estas viejas cicatrices recién abiertas, me impidan conducirlos, como tantas veces, a la victoria.

Mi hijo Muhamed conducirá las huestes.

Id a prepararos para la jornada. Sed esforzados en el combate y magnánimos con los vencidos. Respetad a los niños, a las mujeres, a los ancianos y a los solitarios que sólo viven con Dios.

Guardad siempre la hospitalidad, que es, ha sido y será la más gloriosa herencia de nuestra raza.

Los jóvenes partieron veloces a limpiar sus armas y enjaezar sus corceles.

Todo el aduar se sintió profundamente estremecido por aquel entusiasmo bélico.

En todas partes resonaban órdenes; corrían los esclavos a preparar el pienso de las caballerías, o cosían, bajo la luna, las correas de las monturas y de los arneses.

Las mujeres iban y venían, haciendo brillar bajo los astros las monedas de oro que adornaban sus cabellos. Bajo los velos mal ceñidos resplandecían, a veces, los diamantes oscuros de sus ojos voraces.

Los poetas, en medio de un círculo de guerreros, exaltaban las épicas aventuras de Antar, los combates sangrientos y el amor a la gloria y a la guerra.

Los mastines ladraban, alegres, en torno de sus dueños, agitando sus colas y haciendo resonar sus carlancas puntiagudas, y los camellos, arrodillados en las estacadas, estiraban, sorprendidos, sus largos cuellos, al son argentino de sus collares de cascabeles.

Sólo el viejo Almanzur, reclinado sobre un amplio tapiz de Siria, en la puerta de su tienda, permanecía inmóvil y silencioso, como abstraído en la más profunda de las meditaciones.

Entre sus manos sarmentosas, se doraban, a la luz de la luna, las cuentas de ámbar de su largo rosario.

Antes de la oración del alba, a los últimos rayos de la luna, partió la hueste. Eran doscientos jinetes, capaces de recorrer dos jornadas sin sentir fatiga ni sed.

Salieron en grupos, entre gritos de júbilo y exclamaciones de entusiasmo, agitando en el aire sus arcos, sus largas lanzas, o golpeando con sus corvos alfanges los escudos.

Al salir de las últimas tiendas, abandonaron las bridas sobre el cuello de las ágiles yeguas, picaron espuelas y se abrieron en semicírculo, perdiéndose a lo largo del desierto, entre nubes de polvo plateado, como una tempestad de hierro y de jaiques flotantes.

Los niños y las mujeres los despedían, agitando los brazos, desde las últimas empalizadas.

Algunos mastines, erizados los lomos, en un esfuerzo supremo rompieron sus amarras, y ladrando, tendidos co-

mo arcos, con las colas rectas como timones, se escaparon veloces tras sus dueños.

El viejo Almanzur los contempló partir desde la puerta de su tienda, acariciando suavemente sus largas barbas de lino, y mirando con rencor sus piernas ulceradas, donde las antiguas heridas se habían abierto en un florecer glorioso de rosas de sangre.

II

Habíanse terminado las faenas del Mediodía.

Un sol de asfixia llameaba en el horizonte.

Los camellos dormitaban de modorra, arrodillados al pie de las empalizadas, con los largos cuellos tendidos sobre la arena.

En torno de las tiendas, bajo los linos de los toldos, jugueteaban las gacelas domésticas. Dando rápidos saltos y alargando sus finos cuellos gráciles refregaban sus cabezas en los flancos de las mujeres y lamían las manos de los niños.

Las esclavas acababan de moler el trigo, con grandes mazos de madera, sobre las amplias piedras bruñidas.

En las puertas, bajo los arnafes, humeaban las últimas brasas de la comida.

En algunas tiendas se oían voces soñolientas que embalaban las cunas o vibraban las guzlas acompañando viejas canciones de amor y de guerra.

Y en todo ardía gloriosamente el fuego del sol, reverberando en los metales y arrancando fugitivos relámpagos de fiebre de los grandes ojos tímidos de las gacelas y de las mujeres.

En la tienda de Almanzur reinaba el silencio. Era una tienda amplia y cónica,alzada sobre secos y rugosos troncos de palmera, cubierta de pieles de leones, colchas y sedas multicolores y tapices bordados.

En la penumbra centelleaban los reflejos acerados de las armas y de los arneses.

Sobre una amplia y casi mórbida alcatifa persa, reclinada en muelles almohadones de Damasco, bordados en perlas, reposaba Aischa, la núbil belleza salvaje que encierra en la inmensidad nocturna de sus ojos todos los misterios y las fascinaciones del desierto, y cuyos miembros tersos, fuertes y ágiles evocan la precisión y la gracia de las armas mortales, los bellos arcos de Beit el Faki, y las vibrantes y sutiles flechas de Mareb.

Por el casktan de tisú verde y plata, desabrochado desde la cintura, parecían estallar los senos como magnolias de bronce; y al ritmo fatigoso de su respiración se hinchaba su garganta como el cuello de las palomas torcaces que se arrullan a la margen de los arroyos entre los tamarindos y los naranjos del valle de Nedcheran.

Los dedos de sus pies desnudos resplandecían de anillos y sortijas, los tobillos de ajorcas, las muñecas de brazaletes y los cabellos de dinhares.

Sobre el mórbido pecho moreno, que evocaba el de la Sulammita de los cantares de Salomón, temblaba, sujeta por gruesos hilos entrelazados de perlas y corales, la mano del Profeta, toscamente tallada en una fina lámina de plata, el maravilloso amulêto que porta la felicidad y que libra del mal de ojo, de todas las enfermedades de la carne y de las malas tentaciones del espíritu.

A su lado yacía Almanzur, grave y solenne, sobre los tapices, inmóvil, como en un éxtasis.

El calor era asfixiante, a pesar de las triples cortinas de palma y juncos tejidos que protegían del sol el arco de la entrada.

El aire estaba cargado de un fuerte perfume de sándalo, áloe y benjuí.

Aischa se revolvía intranquila en su lecho, como agitada por un vago y doloroso presentimiento.

A veces se levantaba violentamente, haciendo resonar con un tintineo armonioso el oro de sus joyas.

Se dirigía ágil y silenciosa a la puerta; alzaba caute-

losamente las cortinas y, con las manos sobre las cejas para atemperar las violencias de la luz, escudriñaba el horizonte, hasta que, fatigada, volvía a reclinarse sobre los cojines, pálida como una muerta.

Almanzur, como quien sale de un éxtasis, la interrogó: primero, con sus hondos ojos escrutadores, ojos que parecían venir del más allá de las cosas; y después, con voz paternal y tranquila como el claro hilo de agua que fecunda y fertiliza los oasis, murmuró quedamente:

—Aischa, hija mía, ¿qué agitación te posee? ¿Qué intranquilidad se adueña de ti, tan intensa, que no te deja reposar?

La voz de Aischa le repuso, atropelladamente, como si se le escapasen de súbito con las palabras todos los sufrimientos acumulados en su espíritu:

—No puedo descansar... La imagen de Muhamed, tu único hijo y el esposo querido de mi alma, no se aparta jamás de mis ojos. Parece como que me llama en el silencio, como si sus brazos se tendiesen a mí, implorando socorro. No sé porqué me produce espanto y siento temor por él en esta jornada. Al partir, cuando mi mano le sirvió de estribo para saltar sobre el corcel de guerra, creí notar que su pierna temblaba.

Después, contra la última empalizada, su lanza se rompió en astillas. Hubo que darle otra.

Yo sentí, ante este augurio de desgracia, que toda la sangre de mis venas afluía al corazón y me ahogaba. Retuve por el rendaje a su alazán, y le dije, suplicante, rodeando su cintura con mi brazo:

—Detente, Muhamed, detente. Es un mal presagio.

Y en mis ojos debieron brillar algunas lágrimas, cuando él, sonriendo, inclinóse y me besó en la frente, ofreciéndome las más preciadas joyas del botín.

Picó espuelas y partió al galope a reunirse con los suyos.

—No entristezcas y agobies tu espíritu con pueriles presentimientos, ¡oh, Aischa, tesoro para mí el más preciado de la tierra, porque eres la luz y la alegría de mi

único hijo Muhamed!—le interrumpió, indulgente, el noble y justo Almanzur.

Dios ha escrito en el cielo con astros de diamante la suerte de cada uno. De su voluntad dependemos, y lo que está escrito se cumplirá.

Confiemos a su misericordia.

No estés intranquila por esta expedición. El mismo Dios parece que ha puesto la ocasión en nuestras manos.

¿Qué son trescientos jinetes contra los Beni-Musas, la tribu más noble y valerosa del desierto?

Lo mismo que el viento dispersa las hojas secas, así nuestros guerreros dispersarán a sus enemigos.

Tranquilízate, pues, hija mía; serena los tumultos de tu corazón, que antes que claree la nueva aurora regresará nuestro Muhamed cubierto de gloria y te cubrirá de valiosos presentes.

Además, ¿a qué vienen esos temores? ¿Tú no eres la única hija de mi hermano Ayub, de aquel guerrero cuyo solo nombre hacía temblar de espanto en sus sillas a los más esforzados campeones cristianos?

¿No te enseñó él, como a un varón, el manejo de las armas? ¿No le has acompañado a más de un combate? ¿No has sentido en tu carne de mujer la frialdad del acero?

¿Qué has hecho, pues, del antiguo valor? ¿Qué genio malféfico te ha tocado con su dedo en las sienes?

Tus ojos han perdido su brillo y la arrogancia ha huido de tu frente.

El ánimo fuerte debe permanecer de pie en los días adversos. El huracán puede abatir a la palmera; pero apenas pasa, ésta vuelve a erguirse tan majestuosa como antes.

—No es el temor—murmuró gravemente Aischa—; Dios sabe que en mi corazón ardé aún inextinguible la llama heroica de nuestra raza.

Mis brazos se sienten aun capaces de renovar las hazañas paternas.

No es temor... Es el amor—suspiró enrojeciendo hasta

la raíz de los cabellos—. Es que sin Muhamed la vida me sería una carga insoportable... Es que no puedo ni admitir la sospecha de que su vida sea mortal, como la de todos...

—Desecha vanos temores—interrumpió, con voz dulce y trémula, el Schaij—, y en vez de entregarte a la tristeza y a los recelos, consuella y fortifica tu corazón oyendo recitar, al son de la guzla, las viejas kasidas con que nuestros poetas triunfaron en la feria de Ocaz.

Ismael, nuestro siervo, las recita como nadie.

Sería bueno llamarle para entretener nuestros ocios y apartar de tu imaginación calenturienta esas tristes visiones.

La poesía consuella y exalta el espíritu. Ella hace olvidar todos los pesares y es el mayor bien que Dios otorga a los mortales en su mísera y rápida jornada por el mundo.

Y llamando a un esclavo que vigilaba a la puerta, le encargó avisase al poeta y convocase además a los ancianos y las mujeres principales de la tribu.

Los invitados, reclinados en ricos tapices, formaron un círculo alrededor de Ismael, que de pie, al son de la guzla, empezó a recitar.

Los ancianos y las mujeres entornaban los ojos, extasiados con la armonía de aquellas maravillosas estrofas de Antar, en las que con toda la pompa, el fasto y el ardor de la imaginación oriental se exalta el amor a Abla, a aquella extraordinaria mujer que, al decir del poeta, aventajaba a todo cuanto la belleza tiene de más perfecto.

“Diré que el brillo de la luna iguala a tu rostro. ¿Pero la luna tiene tus ojos de gacela?

Diré que la rama de arac se asemeja a tu cuerpo. ¿Pero la rama de arac tiene tu gracia?

Tus dientes exceden en blancura a las perlas. ¿Cómo podré compararlos con las perlas?

La llama de la verdad resplandece en tu frente, y la noche del error se ha refugiado en tus cabellos.

Bajo tu velo están abiertas las rosas del Paraíso, guardadas por las flechas de tus pestañas.

Tu indiferencia conmigo me hace quejarme en tus jardines, como las tórtolas en celo.

Ella me oprime el corazón como una zarpa.

Más allá de tu belleza están los leones del desierto, las hojas de las espadas y las largas y afiladas lanzas.

Tu rostro es como la luna al cielo: resplandece; pero está tan alto que no se puede alcanzar.”

El perfume de los pebeteros que ardían en los ángulos de la tienda llenaba la estancia de una pesada y cálida voluptuosidad.

Todos callaban, inmóviles, siguiendo, con el alma puesta en los oídos, los ágiles y dulces ritmos de aquel canto de amor.

Sólo las cigarras, posadas en los secos troncos que servían de apoyo a las tiendas, turbaban el silencio de la hora, con la monotonía estridente de su modorra.

III

Después de estos apasionados cantos de amor, Ismael recitó la célebre kasida de “El jardín y el león”, una de las más bellas narraciones de Oriente.

“Reinaba en una de las más fértiles y remotas regiones de la India un joven emir, bueno y magnánimo, que había hecho de su corte una fiesta perpetua de amor y de poesía. Desde los calados ajimeces de su alcázar contempló por casualidad, una bella tarde, a una linda dama que, sentada en la azotea de una casa vecina, parecía absorta en las maravillas del crepúsculo.

La mujer, que se creía libre de toda mirada indiscreta, tenía levantado el velo, dejando al descubierto la hermosura fascinadora de su rostro, de una perfección impecable.

El emir, lleno de curiosidad y maravillado de tanta belleza, preguntó a los familiares que le rodeaban si conocían a la dama.

—Señor, es la esposa de nuestro visir El-Nedchar.

Al día siguiente el emir hizo llamar a su primer ministro, encomendándole una importante misión cerca de un monarca enemigo, y ordenándole que partiese al momento.

El visir obedeció, y el sultán llamaba, a los pocos momentos, a la casa de su primer ministro.

—¿Quién es?—preguntó una voz femenina desde el interior.

—Abre, esclava. Sé que tu amo está ausente y necesito hablar a tu dueña.

—¿Quién sois?—interrumpió entonces otra voz más dulce, voz suave de surtidor, desgranamiento armonioso de perlas sobre un joyero de plata.

—¡El emir!

La puerta se abrió instantáneamente y Fátima (que así se llamaba la esposa del visir), acudió, solícita, a besar con respeto la regia mano de su señor.

—Hermosa dama, os amo—dijo él entonces en voz baja, y os ruego me acojáis como amigo.

—Sed bienvenido, señor; todo cuanto aquí existe os pertenece y yo soy la más humilde de vuestras esclavas. Al dignaros pedirme hospitalidad, me colmáis de favores.

—Graciosa Fátima—añadió el sultán, desbordante de entusiasmo—, vuestras palabras son para mi corazón la más deliciosa música. Soy vuestro siervo, y permitidme que, arrodillado, bese vuestras plantas.

Fátima condujo al soberano a través de riquísimas estancias y de maravillosos patios, donde las fuentes elevaban al aire sus penachos de pedrería entre las flores y los arbustos más fragantes.

Por fin se detuvo en un amplio salón decorado con una munificencia y un lujo verdaderamente reales.

El emir se sentó sobre un mullido y rico diván de seda

carmesí, bordado en oro y piedras preciosas, y suplicó a Fátima se colocase a su lado.

Entonces se arrojó a sus pies, y cogiendo entre las suyas, trémulas, las finas y enjoyadas manos de la dama, le dirigió las frases más ardientes, las palabras más apasionadas, en una loca exaltación de amor.

La mujer del visir le respondió risueña, pero moderada y respetuosa, y desprendiéndose de sus manos, se levantó de pronto, suplicándole le permitiese preparar un festín en el cual serían ellos los únicos comensales.

El emir aceptó gozoso, mientras su ardiente fantasía acariciaba las más risueñas y venturosas esperanzas.

Fátima cogió de una preciosa mesita de mosaico un grueso manuscrito ricamente encuadernado en oro y piedras preciosas, y se lo entregó a su regio huésped, diciéndole:

—Voy a ausentarme por algunos momentos para dar órdenes a los criados y disponer los preparativos del banquete que habéis tenido la galantería de aceptar. Mientras tanto, os ofrezco este discreto compañero que se encargará de distraer y hacer más llevadera vuestra soledad.

Eran poesías y sentencias de los hombres más sabios y célebres del mundo, en las cuales se condenaba el vicio y se ensalzaba la virtud.

Tan pronto como Fátima salió, el emir abrió el libro.

El emir, que era entendido y dado a las letras, gozó extraordinariamente con la profundidad de aquellos conceptos y con la dulzura melodiosa de sus ritmos.

Dos horas después apareció la bella Fátima, suntuosamente ataviada, y rogó a su huésped tuviese la amabilidad de pasar con ella a la sala del festín.

Una vez allá, se sentaron el uno frente al otro, separados por una amplia mesa magníficamente servida, sobre la cual se destacaban noventa fuentes de oro, llenas de manjares artísticamente cubiertos de cremas de distintos colores.

El sultán probó de cincuenta platos, y advirtió, con

sorpresa, que aunque parecían ser distintos, todos tenían el mismo gusto.

Intrigado por aquel enigma, interrogó a Fátima.

—Las mujeres, señor—respondió ésta con la sonrisa más insinuante—, se diferencian entre sí por el color, la estatura y los adornos. Pero a pesar de todo, cada una de ellas es una mujer... y nada más.

En vuestro harén tenéis noventa mujeres, entre blancas, morenas y negras. Por consiguiente, señor, una más nada añadiría a vuestros placeres.

El emir inclinó la cabeza, avergonzado por la lección, y después de algunos momentos de silencio, exclamó con la voz aun insegura:

—Noble señora, vuestra sabiduría y vuestra virtud han cubierto de confusión mi rostro y de admiración mi alma.

Perdonadme y olvidad las locuras de un joven a quien, desde hoy en adelante, jamás apartará la hermosura del cumplimiento de sus deberes.

Y después de besar respetuosamente la mano de la esposa de su primer ministro, se retiró a palacio, pesaroso de su arrebató y agradecido de aquella lección.

Algunos días más tarde regresó el visir de su misión y fué a dar cuenta de ella a su soberano.

Después de la audiencia corrió a su casa, gozoso de sorprender a su mujer con los valiosos regalos que llevaba.

Mas al sentarse en un diván, sus miradas descubrieron entre los pliegues de la seda un objeto brillante, y reconoció con sorpresa que era la sortija del emir.

Convencido de su desgracia, procuró disimular el furor que devoraba su corazón, y aquella misma tarde, con aparente calma, dijo a su mujer:

—Mi ausencia te ha impedido visitar a tus padres. Ve a ofrecerles tus respetos.

Fátima obedeció en el acto. Mas apenas había pisado el umbral de la casa paterna, cuando se presentó un

mensajero de parte de su marido a entregarle su carta de divorcio.

Tan infausta como inesperada noticia la hizo palidecer de dolor, hasta desmayarse en un llanto convulsivo.

Cuando sus padres la interrogaron sobre los motivos que hubieran obligado al visir a tomar una resolución tan extremada, respondió que ponía a Dios por testigo de su inocencia y que el rigor de su marido era para ella un misterio insondable.

Algún tiempo después de este suceso, viendo el padre de Fátima que su hija se moría de pesar, presentóse en el palacio del emir en ocasión en que éste daba audiencia pública.

—Señor—dijo, prosternándose ante el soberano—, yo tenía un hermoso jardín, plantado de frondosos árboles que daban exquisito fruto. Ese jardín lo había confiado a vuestro visir El-Nedchar, que prometió cuidarlo con esmero, bajo la condición única de reposar en él. Pero se ha comido los frutos y ahora deja que el jardín se deshoje y se seque de abandono.

—¿Qué contestáis a todo esto?—exclamó el sultán, dirigiéndose al visir, que estaba cerca del trono.

—Ese hombre dice la verdad, magnífico señor—respondió gravemente El-Nedchar—. Es cierto que me había confiado un espléndido jardín y que yo lo cultivé al principio con todo el esmero y el amor de mi alma. Pero un infausto día, al entrar en él, contemplé a mis pies las huellas del león; tuve miedo y abandoné, señor, el jardín, con todo el dolor de que es capaz un corazón humano.

El soberano comprendió que el jardín era Fátima, que el hombre que se quejaba era su padre, y que las huellas del león pudieran ser su sortija olvidada.

—Nada temáis—dijo entonces, con voz solemne, a su visir—. Id a vuestro jardín y reposad tranquilamente en él. Lo conozco y sé que está bien fortificado. Es cierto que el león ha merodeado en sus alrededores; pero ha encontrado inaccesible la entrada. Idos en paz y que la verdad del Señor os acompañe.

El visir volvió a vivir con su esposa, y convencido de lo acrisolado de su virtud, la amó en lo sucesivo mucho más que la había amado hasta entonces."

Al terminar Ismael su relación, un silencio profundo comentó sus últimas palabras.

Las mujeres, con la cabeza baja, meditaban.

Los ancianos se acariciaban soñolientamente sus luengas barbas de lino.

Sólo Aischa se atrevió a murmurar:

—De haber sido yo Fátima, jamás habría perdonado al emir su imprudencia... ¡Sabría vengarme de ella!

Y al decir estas palabras sus ojos centellearon en las penumbras del velo con reflejos acerados de puñales que se desnudan en la sombra.

IV

Al anochecer regresaron los pastores, acorralando los rebaños en sus rediles, ceñidos de anchos y profundos fosos, para evitar el asalto de las fieras nocturnas.

Se comió frugalmente: dátiles, leche de camellas y pan de cebada.

La tribu empezaba a inquietarse por la tardanza de los foránicos, destinados a traer noticias del combate.

Los niños se asomaban a las empalizadas a indagar el horizonte. Algunos pegaban el oído en tierra para oír mejor los rumores de la distancia.

Las mujeres sollozaban, curvadas en el suelo, soplando en las puertas de las tiendas las últimas brasas del fuego familiar.

Acababa de rezarse la oración de la tarde, y en la tienda del Schaij Almanzur se congregaban los ancianos y las mujeres principales de la tribu, comentando la tardanza de los foránicos. Nadie ya podía reprimir sus temores.

Aischa, reclinada en un ángulo, estaba palidísima.

Bajo la niebla sutil de sus velos, un temblor nervioso agitaba sus miembros largos y ágiles.

Sólo Almanzur permanecía sereno, aconsejando calma y confianza en Dios.

—Desde los desfiladeros de Absud—decía—, hasta aquí, la distancia es larga. Sólo la agilidad de nuestros corceles puede recorrerla en una jornada.

Los foránicos no tuvieron tiempo de recibir noticias. Acaso el viento haya apagado las hogueras en las cumbres vecinas.

Tranquilizemos nuestro ánimo depositando por entero nuestra confianza en Dios. En sus manos está la victoria. Acatemos reverentes sus sagrados designios.

—Señor, yo no sé qué amargo presentimiento tortura mi alma, que desde que nuestras huestes salieron no me deja descansar un momento—exclamó Aischa, revolviéndose en su lecho de cojines—. Yo he visto siempre, con la sorpresa en los labios, partir a nuestro amado Muhamed al combate. Yo misma, cantando, le ceñía la espada, le calzaba las espuelas y ponía en sus manos el arco o la lanza.

Pero en esta jornada no sé qué angustia extraña me oprimía el corazón con su mano de acero.

Esta mañana seguí el vuelo de las águilas, y las águilas volaban bajas, cerniéndose en el extremo del horizonte, allí por donde se alzan los desfiladeros de Absud, como si buscasen en las arenas los despojos de un cadáver que devorar.

Anoche los chacales aullaron como seres humanos y—¡cosa nunca vista!—el leopardo saltó al foso y la empalizada y nos arrebató la novilla más hermosa, aquella que tenía un lucero blanco en la frente.

Huellas recientes de leones se han visto en torno de las tiendas.

El amuleto de la mano del Profeta, que mi madre me colgó al cuello al expirar, se me cayó en la cisterna.

Y todo esto me llena de aflicción, me inquieta y tortura mi cuerpo y mi alma con suplicios infernales.

Ya sabes que jamás sentí el temblor del miedo, ni mi rostro conoce la palidez del espanto.

Me crié al lado de mi padre, en una vida nómada de guerras y de asaltos, de combates y de emboscadas.

Mis piernas saben reventar en las carreras al potro más cerril.

Muchas gacelas han caído atravesadas por mis flechas, y más de un enemigo mordió el polvo bajo el empuje de mi lanza... Pero amo tanto a Muhamed, que la cosa más insignificante me hace temer por su vida, que es mi única felicidad en este mundo. ¡Oh, si yo hubiera ido a su lado, para resguardarle con mi pecho, para protegerle con mi espada!

E inclinando su bella frente entre las manos, se quedó silenciosa, reconcentrada en su recuerdo y como absorta en sus visiones.

Todos respetaron su silencio, conmovidos por la ternura y la intensidad de aquel amor fanático.

Una gritería de júbilo se oyó a lo lejos. Ladridos de perros, voces de mujeres, exclamaciones y carreras de niños...

Algunos rostros, radiantes de alegría, se asomaron a la puerta del Schaij.

—¡Los foránicos! ¡Los foránicos!—gritaban en una desbordante alegría triunfal.

Todos se levantaron. Resonó un galope frenético, y pocos momentos después apareció en el umbral la jadeante figura del foránico.

Se prosternó ante el Schaij, exclamando con la voz rota de emoción:

—¡Alabados sean los designios de Dios, Almanzur! Al encenderse el primer lucero, brilló en la cumbre del monte Orob la hoguera que anuncia la victoria.

Las cimas de Tahimud, las colinas de Absed y de Sutra encendieron también sus fuegos... Partí al galope,

devorando el aire, y aquí me tienes orgulloso de ser el primero en anunciarte el éxito de esta expedición.

—¡Alabada sea la sabiduría y la misericordia de Dios! —murmuró Almanzur, mirando al Oriente con los brazos levantados al cielo.

Y todos los que llenaban la tienda y los que se agrupaban a la puerta repitieron las santas palabras, entregándose después al más loco júbilo.

Las mujeres se abrazaban; los niños corrían y hasta los ancianos graves y meditabundos desarrugaron sus hoscos entrecejos.

Sólo Aischa permaneció extraña a la alegría general. Reclinada sobre los cojines, parecía entregada aún a sus terribles visiones interiores.

La noche fué de fiesta en la tribu.

El sueño huyó de todos los ojos.

Bajo la concavidad azul e infinita del cielo perlado de estrellas y fulgurante de luna, las mujeres, sobre pieles de leopardo y de camellos, en medio de un corro de hombres y de niños y en torno de las hogueras llameantes, danzaron las más lascivas danzas del Oriente, agitando sus velos, resonando sus joyas, y haciendo entrever entre las gasas y las sedas el temblar epiléptico de sus vientres y sus muslos desnudos.

Los ojos fosforecían en alargamientos felinos, bajo el resplandor lunar, y los oros y las gemas y las púrpuras centelleaban entre la negrura de los cabellos y los revuelos cándidos y azules de las almaizales flotantes.

Un perfume de amor y de voluptuosidad impregnaba la humedad casi humana de la noche, llena de almizcle, sándalo, y olor a carnes morenas.

Los mastines vigilaban cerca de los fosos; algunas vacas mujían, y a veces, en el aire, como el augurio de un peligro lejano, llegaban los ásperos aullidos de las hienas y de los chacales, cuyas sombras, rastreras y agazapadas, proyectaba la fantasmagoría de la luna en la claridad alucinante de los arenales estériles.

V

De súbito, saltando fosos y empalizadas, en una carrera desenfundada y alucinante, como corza perseguida por una manada de leones, apareció un corcel.

Pasó como un meteoro por las primeras tiendas, atropellando a los grupos que danzaban a la luz de la luna.

El jinete venía tendido sobre el cuello, con las bridas sueltas y los acicates hundidos en los ijares. Alzó la cabeza para orientarse, y al ver la tienda de Almanzur que se destacaba entre todas por la esbeltez y elegancia de su cúpula rematada en una media luna de plata, hizo un esfuerzo supremo y desesperado, y reteniendo con ambas manos el rendaje, paró en seco el corcel.

El noble animal no pudo más, y jadeante y convulsivo, con los ijares abiertos, las narices dilatadas y bañado de sudor y de espuma, cayó desplomado.

El jinete, recogiendo las piernas, en un salto ágil evitó la caída.

Se inclinó sobre su yegua, y al verla muerta, sus ojos se inundaron de lágrimas, y abrazándose a su cuello, ajeno a todo, le prodigó las más tiernas frases.

—Alma mía, luz de mis ojos...

¿Por qué me entregas solo a mi enemigo? Tú, que tenías el brillo deslumbrante del pavo real, el alma noble de la paloma, la fiereza y la prontitud del halcón que se abate sobre su presa, la carrera del avestruz, el vigor del león y la astucia del zorro. Tú, que brillabas como el espejismo en el desierto y volabas en las alas del viento y serpenteabas como el relámpago y te precipitabas al combate con la impetuosidad del torrente que la lluvia desborda... ¡Duerme en paz, y que tus huesos no sean pasto de los chacales!

De pronto, viendo la gente, que muda y conmovida

presenciaba la escena, una idea terrible volvió a apoderarse de él, y desviando los brazos del cuello de su yegua, se precipitó en la tienda de Schaij.

Ante la venerable silueta de Almanzur, cayó de rodillas, inclinándose varias veces hasta besar el suelo en señal de sumisión.

Traía las vestiduras rotas y sangrientas, las barbas revueltas y el turbante y el alquicel hecho jirones.

—La misericordia de Dios caiga sobre ti y sobre toda tu descendencia—exclamó con la voz conmovida—. Llego a tu tribu perseguido de cerca por mis enemigos y abandonado cobardemente por mis gentes, y en el nombre de Dios te pido amparo y hospitalidad bajo el sagrado de tu tienda.

Almanzur tendió los brazos al recién llegado, y alzándole del suelo, le hizo sentar en sus propios almohadones.

Después, con voz grave y unciosa, murmuró:

—Alabado sea Dios, que te envía a mi tribu. Sea quien seas, en mi casa estás y en ella sabré defenderte contra todos tus enemigos.

Al huésped le envía Dios, y por nada del mundo faltaría a la hospitalidad que se te debe. Tú eres el amo de esta tienda.

—Esclavos—añadió, volviéndose a los suyos—, preparad un festín digno de un príncipe. Degollad la vaca mejor de mi rebaño; preparad las más sabrosas confituras. Esclavas, mullid el más blando lecho, cubrirlo con las más valiosas telas; sacad los más bellos vestidos, y ungid y perfumad las barbas y los pies de mi huésped con los perfumes más costosos.

Todos se dispusieron a cumplimentar las órdenes de Schaij.

El recién llegado, algo más sereno, continuó:

—Me llamo Abu Mohadi. Pertenezco a la tribu de los Coraichitas y vivo en un valle fértil, en las estribaciones del monte Sahel, entre Medina y la Meca. Venía al frente de una rica caravana. Unos bandidos me asaltaron de

improviso. Mi gente se desbandó al primer encuentro, y yo, después de haber hecho rodar por tierra al que parecía el jefe de los bandoleros, viéndome solo, hundí las espuelas en los ijares de mi yegua, y el noble animal salió disparado como la flecha del arco—, y al recuerdo de su yegua, su voz se hizo trémula y dolorida.

Pronto dejamos atrás—continuó con acento más firme después de una breve pausa—las arboledas del oasis y cruzamos el desierto en una carrera desesperada, esparciendo a los chacales que devoraban los restos de alguna caravana sorprendida por el simún.

Y siempre que refrenaba mi noble animal para darle algún descanso y orientarme en la huída, escuchaba a lo lejos el galope frenético de mis perseguidores, cuyos gritos llenaban de angustia y de maldiciones la noche.

Y así corrimos una hora y dos y cuatro, hasta salir de aquel mar de arenas en un torbellino polvoriento.

Me encontré en las estribaciones de un monte... Oía más cerca el galope de mis enemigos.

Llegó un momento en que percibí claramente el relinchar de sus corceles y hasta me pareció distinguir sus sombras en los arenales.

Mi pobre yegua resoplaba, jadeante, bañada de sudor; su flanco temblaban cubiertos de sangre y su pretal estaba blanco de espuma.

Había que hacer un esfuerzo inaudito e internarse en los matorrales del monte.

Un momento más de vacilación sería mi muerte.

Mi cabeza sería cortada y clavada en alguna pica como trofeo.

Me interné en la montaña cuando ya percibía a mis perseguidores que, tendidos sobre sus corceles, blandían amenazantes sus largas lanzas.

Tuve una idea salvadora. Dios habló a mi corazón... Descabalgué, y conduciendo por las bridas a mi yegua, me interné en aquel espeso laberinto de palmeras.

Me hallé de repente en el fondo de un barranco, y dejando oculta la yegua en el fondo de una caverna, des-

pués de orientarme, me desvié de mi camino, y por el lado opuesto fui dejando jirones de mi vestidura entre las ramas de arac y los cactus que conducen a la primera eminencia del monte.

Después, regresé a mi escondite.

A través del ramaje distinguí, al poco, el ir y venir de mis perseguidores.

Oí claramente sus voces que, roncadas de cólera, tramaban:

—Debió tomar el camino de la cumbre. Volvamos bridas y salgamos a su encuentro detrás de los desfiladeros.

Yo, trémulo de rabia, abrazado el escudo y la espada en alto, me disponía a vender cara mi vida.

Por fin—uno exclamó, con ese grito de alegría con que los cazadores descubren entre los juncales húmedos por el rocío las huellas del antílope:

—Mirad, mirad los jirones de sus vestiduras entre los cactus. Debió tomar hacia la cumbre.

—Sigamos sus rastros.

Y todos partieron tras él...

Abandoné mi escondrijo; salí al llano; y aquí me tienes, buen Schaij... Mi vida es tuya.

Mis perseguidores no tardarán en darse cuenta de mi burla y vendrán a buscarme.

Unos pastores me han visto atravesar la llanura y descabalar en esta tienda.

—Tranquilízate. Todo el desierto conoce y respeta el nombre de Almanzur.

En mi casa estás libre. Nadie osará tocar a un solo pelo de tu barba.

Voy a dar las órdenes oportunas—añadió el Schaij y seguido de sus siervos salió de la tienda.

Reinó el silencio.

Abul Mahadi permaneció inmóvil, agobiado de fatiga.

Aischa le contemplaba, a través de su velo, con sus grandes ojos nocturnos.

Sin saber porqué, el rostro fino y atezado del guerrero

se iba grabando en su imaginación con caracteres imborrables.

Sería capaz de reconocerlo siempre, entre cien mil, en la algarazara de una feria o entre el estruendo de un combate.

VI

Un ruidoso galopar de corceles, gritos de angustia, ayes de desesperación, turbaron la solemnidad del silencio.

El Mahadi se agitó convulso, e instintivamente llevó la mano a la empuñadura de su alfange.

Se oyó la voz desolada de Almanzur, que exclamaba:

—¡Pobre hijo mío! ¡Oh, mi Muhamed, encanto de mis ojos, apoyo de mi vejez! El Señor castigue a su matador, poniéndole al alcance de mi brazo...

Aischa, como poseída de un vértigo, saltó de su asiento y se dirigió a la puerta de la tienda.

En el umbral se arremolinaba la gente.

Se oían relinchos de corceles, chocar de armas, gritos de venganza y lloros de mujeres.

Una desolación inmensa parecía cubrir con sus alas negras a toda la tribu.

Dos guerreros sostenían el cuerpo ensangrentado de Muhamed el Assadi.

La cabeza pendía lívida, en un gesto altivo de fiereza y de reto.

Almanzur, a su lado, mesábase sus largas barbas patriarcales.

Las mujeres desgarraban las vestiduras en señal de duelo, y los hombres extendían los puños crispados y amenazantes.

Un esclavo retenía del rendal la yegua favorita de Muhamed.

El noble animal, estirando el cuello, con las orejas rec-

tas, como avizorando algún peligro, escarbaba el suelo con sus finos cascos.

Introdujeron el cadáver en la tienda, depositándole sobre un rico tapiz.

Aischa se abrazó, sollozando, al cuerpo de su amado.

El Mahadi saltó de su asiento, y ocultándose en un ángulo de la tienda, con el alfanje en la diestra, se dispuso a morir matando.

Tal un león herido acorralado por la jauría, en el interior de una caverna.

Algunos guerreros le reconocieron, gritando a Almanzur:

—Mira al matador de tu hijo. Entrérganoslo y cumpliremos tu venganza.

E intentaron precipitarse sobre el Mahadi.

Almanzur se interpuso, solemne, rígido, con los brazos levantados al cielo, como pidiendo misericordia.

Por su faz austera cruzó un relámpago de cólera, de odio, pero momentáneamente se serenó, volviendo a adquirir su actitud imperturbable de estatua de piedra.

—¡Almanzur, entrérganoslo, para vengar con su sangre la sangre de tu hijo!—clamaron los guerreros, con los alfanjes desnudos y los ojos fosforescentes de odio.

Aischa, como ajena a todo, continuaba abrazada al cadáver, sollozando, besándole, llamándole con los más dulces nombres.

Almanzur opuso su cuerpo a las espadas de los guerreros, y con voz serena, murmuró lentamente:

—Perezca yo y todos los míos, antes de ser traidor a la hospitalidad que Dios nos impuso. Noblemente, cara a cara, dió muerte a mi hijo. Pues aunque hubiese sido a traición, aquí le defendería contra todos.

El huésped nos lo envía Dios, y sólo a Dios debemos entregarlo.

No me pidáis que manche con una iniquidad la gloriosa y pura tradición de nuestra raza.

Enterremos piadosamente al muerto, y en cuanto a mí

huésped, él es el dueño de mi casa. Si quiere partir, yo mismo le daré escolta hasta dejarlo en lugar seguro.

El Mahadi interrumpió, conmovido, abrazándose a sus rodillas:

—Noble anciano, mi vida es tuya... y entera la daría por haber ahorrado a tu alma el dolor que sin querer te he causado.

—Parte cuando quieras, huésped mío, y que la bendición de Dios caiga sobre nuestras cabezas.

Que le enjaecen mi mejor corcel, que le ciñan mis más templadas armas.

Yo mismo, al frente de vosotros, ¡oh, mis nobles guerreros!, quiero servirle de escolta.

Todos inclinaron, emocionados, las cabezas, mudos de admiración y de respeto.

Sólo se oía la voz de Aischa, que, abrazada aun al cadáver, sollozaba:

—¡Mi alma, mi vida; yo sabré vengar tu muerte!

VII

Aischa dispuso los funerales de su esposo.

Ungió y cubrió el cadáver con los más costosos perfumes y las sedas más ricas, y le mandó sepultar a la sombra de un tamarindo, de frente a la Meca. Junto a la piedra de la tumba, siguiendo la bárbara y fanática costumbre de las tribus árabes del desierto, ataron al camello favorito para que se muriese de hambre y pudiese acompañar al alma de su dueño en la otra vida.

Aischa parecía un espectro. Una inquietud terrible agitaba sus músculos. Sus ojos, agotada la amargura del llanto, adquirieron esa frialdad profunda y alucinante que arranca la luna a las pupilas fosforescentes de los chacales.

La caravana que había de conducir hasta un lugar se-

guro a Abul Mahadi se iba a poner en marcha, silenciosa y tétrica como un entierro.

Las mujeres sollozaban por la muerte del joven héroe de corazón de león.

Los ancianos bendecían la misericordia del Señor por haberles deparado un Schaij de la fortaleza de ánimo del noble Almanzur, capaz de sacrificar los más íntimos y santos sentimientos a la hospitalidad legendaria de su raza.

El viejo guerrero lo disponía todo, incommovible al dolor de sus entrañas desgarradas.

Los siervos ensillaban, silenciosos, bajo los toldos de las puertas, los corceles y los camellos.

Abul Mahadi permanecía inmóvil, replegado en sí mismo, ante la hostilidad ambiente, sin atreverse a mirar al anciano que había salvado su vida.

Reclinado en la penumbra de la estancia se sumergía en el mar de sus tristes pensamientos, cuando se le acercó una sombra blanca como un rayo de luna, y, cogiéndole fuertemente por un brazo, le dijo con voz sorda, rechinante de ira, mientras la mano libre alzaba el velo dejando ver la hermosura deslumbrante y grave del rostro de Aischa:

—Abul Mahadi, contempla este rostro. ¿No te dice nada?

—Sí, que nada existe más bello sobre la tierra, y que, a pesar de todo, bendigo al Señor que me ha concedido la gloria de contemplarte.

—¡No blasfemes, sacrílego! En estos ojos se miraba Muhamed el Assadi, como en un espejo. Desde que tu brazo maldito le arrebató la vida, no ven sino tristezas y desesperaciones. Fíjate bien en ellos. Sólo los volverás a ver en la hora de tu muerte. ¡Ellos serán los dos arcángeles negros que arrancarán el alma de tu cuerpo!

Y rápida como una sombra huyó Aischa a perderse entre los tapices de los muros, dejándole al pobre Abul Mahadi la sensación fugitiva de una de esas visiones que sólo se entreven en las fantasmagorías de un sueño.

—En marcha—ordenó lenta y severamente Almanzur.

Abul Mahadi saltó ágilmente sobre una preciosa yegua baya, enjaezada como la de un príncipe, y al lado del noble Schaij, que, altivo y majestuoso hacía caracolear su overo, recordando tal vez tiempos gloriosos de amor y de guerra, se puso en marcha.

Doscientos jinetes armados le daban escolta. Entre nubes de polvo se perdieron en los inmensos arenales donde sangraban aún las últimas heridas de la tarde.

Aischa permaneció casi toda la noche orando sobre la tumba de Muhamed, blanca e inmóvil, bajo las estrellas, sin temor a los chacales y a las hienas que, olfateando la carne muerta, aullaban en las cercanías.

De repente, presa de una impetuosa resolución, se alzó de la piedra tumular, y, seguida de sus esclavas, se encaminó rápidamente hacia su tienda.

Ella no podía quebrantar las leyes de la hospitalidad, tan gratas al Señor y al Profeta, pero podía vengarse de aquel que le había arrebatado su dicha...

Ojo por ojo, diente por diente...

Recordó su infancia borrascosa.

Hija de un hermano de Almanzur, perseguido por la desgracia y el rencor de sus enemigos, había caminado errante durante sus primeros años, de ciudad en ciudad, de desierto en desierto, durmiendo bajo las estrellas y disputando a veces sus cubiles a las fieras del monte.

En aquella existencia aventurera y peligrosa, sus manos aprendieron a manejar el arco y la lanza, sus rodillas a domeñar los potros más cerriles.

Muchas veces, mientras su padre descansaba de las fatigas diarias, ella salía, en unión de algunas siervas, a cazar gacelas.

¡Oh, cómo recordaba ahora, en su dolor profundo, aquellas carreras desenfrenadas, y cómo revivían en su memoria los detalles más nimios de la caza!

Una gacela ha visto caer a su lado, atravesado por la flecha, a su macho, defensa y guía del rebaño. Los pequeños quedaron también allá abajo, en las llanuras

pantanosas... y ella recorre sin descanso las colinas áridas, las llanuras desoladas. La arena movediza huye bajo sus plantas.

Durante la noche se ha encogido, temerosa, entre las ramas espinosas del arac.

Cuando se agitaba en la obscuridad, la blancura de su pelo relucía en medio de las tinieblas como la perla al moverse en la seda en que está engarzada.

Mas apenas distingue los primeros rayos de la aurora, emprende de nuevo su carrera. Sus pies resbalan sobre la tierra cubierta de rocío.

Llena de inquietud y de pesar, vuelve de nuevo a los pantanos de Soaid, y en torno de ellos bala llamando a sus hijos perdidos.

Un terror súbito se apodera de ella.

Acaba de oír la voz de los cazadores, y su presencia en aquellos parajes le anuncia el peligro.

Emprende de nuevo la fuga, y, desesperanzados los cazadores de alcanzarla con las flechas, le lanzan sus perros, que, dóciles a las voces de sus dueños, corren en su persecución y la asedian.

Acometida de cerca, les presenta sus cuernos puntiagudos, semejantes a aceradas lanzas, comprendiendo que sólo una intrépida defensa puede librarla de una muerte segura.

Ataca a Korab, y el noble animal cae bañado en sangre. Se revuelve contra Sakun, y le abre el vientre. Los demás perros ladran espantados, pero no retroceden...

Entonces era la ocasión... Y Aischa avanzaba tendido el arco, tenso el brazo y el ojo fijo... Y la flecha partía silbante a clavarse en el pecho de la gacela, que, dando un tremendo salto, se desplomaba sin vida, abiertos de espanto sus ojos, casi humanos, en una húmeda mirada de agonía.

Su brazo también se había ejercitado en la guerra.

¡Cuántos beduínos habían mordido el polvo del desierto bajo el empuje de su lanza!

Y así fué su vida hasta que sus ojos se encontraron

con los de Muhamed, cerca de una cisterna, mientras a la sombra de las palmeras seesteaban arrodillados los camellos.

Muhamed, por encargo de su padre, había ido a buscarlos al oasis de Darmaida, para ofrecerles en su tribu amparo y tranquilidad.

Se detuvieron en el oasis algunos días, y juntos emprendieron el camino hacia el aduar de los Beni-Musas.

Ella galopaba al lado de su primo, silenciosa y pálida.

Sus labios no se atrevían a respirar, y hasta sus ojos, fieros y grandes, que contemplaron tantas veces impávidos la sombra de la muerte, se cerraban temerosos de las voraces miradas del Assadi.

Pero el dolor rondaba sus pasos, y el destino, menos piadoso con su padre que con el patriarca Abraham, no le dejaría contemplar, antes de morir, su tierra de promisión.

Atravesaban el desierto.

De súbito, el cielo tiñóse de púrpura llameante y un asolador viento del Este empezó a encrespar las olas de aquel océano de arenas.

Las caballerías se encabritaron, e indóciles a las riendas, se tendieron en el suelo, hundiendo sus hocicos en las arenas.

—¡El simún!, ¡el simún!—gritaban espantados los beduinos, descabalgando ágilmente y tendiéndose también en los arenales.

El calor era asfixiante, y a lo lejos se veía una montaña de arena y polvo ardiente que velaba el sol y amenazaba desplomarse sobre ellos.

Aischa se sentía arder toda como envuelta por las súbitas llamaradas de un horno.

Muhamed la arrebató por la cintura y la obligó a tenderse a su lado sepultando su rostro en las arenas.

Y no recordaba más...

Al despertar de aquella asfixia se alzó del polvo como de una tumba, y sus ojos y todos sus miembros se quedaron petrificados de espanto.

A su lado yacían los cadáveres de su padre y de algunos guerreros que no habían tenido tiempo de ponerse en salvo.

Los cuerpos, emponzoñados por el simún, aparecían monstruosamente hinchados.

Los miembros, tumefactos, se desprendían por sí solos en mutilaciones espantosas.

Se detuvieron unos instantes para dar sepultura a aquellos restos queridos.

Desde entonces, su suerte estuvo ligada siempre a la de su primo el Assadi.

Llegaron a la tribu de los Beni-Musas, y a la luna siguiente celebraron sus sponsales.

Todos estos recuerdos pasaban por la imaginación calenturienta de Aischa, mientras se dirigía a la tienda que había sido testigo de su felicidad.

Una vez en ella, congregó a sus viejos servidores, y les dijo:

—Ya sabéis la muerte de mi primo Muhamed y el sacrificio sobrehumano de mi tío para dejar con vida a su asesino.

Conocéis también la fortaleza de mi brazo, capaz, de un solo bote de lanza, de derribar de su arzón al más valeroso de los campeones.

Su sangre clama venganza.

Yo lo he jurado sobre la piedra que cubre los restos de mi esposo.

¿Estáis dispuestos a seguirme y ayudarme en esta empresa?

Todos asintieron agitando los brazos.

—Pues bien—continuó Aischa—, ensillar los corceles. Esta noche partiremos antes que regrese mi tío y pueda oponerse a mis intentos.

Ceñiré las armas de mi esposo y montaré su yegua favorita. Nadie, desde hoy, me llamará por mi nombre, sino por el de Muhamed el Assadi, en recuerdo del muerto.

No en vano, en mi niñez, mi padre, cuya memoria todos respetáis, me dió a comer el corazón de un león ca-

zado una noche con una trampa puesta en las empalizadas de nuestras tiendas.

La luz de la luna arrancaba irradiaciones de mármol a su blanca vestidura, constelando la noche de sus cabellos profundos de estrellas de oro.

VIII

Aischa, al frente de los suyos, anduvo errante varios meses, acariciando su venganza y ejercitando su valor en encuentros parciales.

Su impetuosidad y destreza en los combates recordaba a sus viejos servidores, a Kula, la célebre hermana del famoso héroe Dherrar, aquel valeroso campeón, terror de los cristianos, en las primeras campañas del Islam.

En el sitio de Damasco inmortalizó su nombre.

Acometido una vez por treinta jinetes cristianos, fingió emprender la fuga para separarlos. Mas tan pronto como hubo logrado su intento, volvió bridas contra ellos, y antes de que pudieran reunirse, puso fuera de combate a diez y siete y persiguió a los restantes.

Hecho prisionero en una emboscada, le llevaron, cargado de cadenas, a Antioquía, y fué presentado así al hijo de Constantino, emperador de los cristianos, el cual ordenó que se prosternase a su presencia. Negóse Dherrar, y esta desobediencia le valió catorce sablazos.

Le encerraron después en una prisión; mas, con la ayuda de un renegado, pudo evadirse de ella, y tras gloriosas y heroicas aventuras llegó de nuevo al campamento, donde su hermana, la bella Kula, le lloraba amargamente, creyéndole muerto.

Al día siguiente dióse otra batalla, en la que hizo prodigios de valor, llegando a ser el terror de los griegos.

De un solo sablazo inutilizaba a un enemigo, repitiendo a cada golpe:

—¡Venganza de Dherrar!

El solo dispersaba a los escuadrones enemigos, no atreviéndose a seguirle más que otro guerrero, tan heroico como él, que, con sus golpes, hacía volar en pedazos las armaduras de los contrarios, gritando también:

—¡Venganza de Dherrar!

Dherrar, lleno de admiración y de curiosidad, y deseo de conocer al guerrero que tan valerosamente le ayudaba a vengarse de los cristianos, corrió a su lado, y se quedó mudo de sorpresa viendo que tan soberbio adalid era su propia hermana, la bella Kula.

Aischa renovaríala las heroicas hazañas de la hermana de Dherrar, y al traspasar con su lanza el corazón de Abul Mahadi, exclamaría también, en un alegre grito de victoria:

—¡Venganza de Muhamed el Assadi!

Atravesaron desiertos estériles, oasis floridos, montañas abruptas, y, al amanecer de un bello día de primavera, descabalgaron en un aduar de la tribu de su enemigo.

Por unos pastores supo Aischa que Abul Mahadi acababa de salir, en peregrinación, hacia la Meca, después de inmolar los novillos más gordos de su rebaño, para dar gracias al Señor por haberle sacado con vida de un encuentro que tuvo con los beduinos del desierto.

Aischa congregó a sus fieles, y todos acordaron emprender también la peregrinación a la Ciudad Santa, para encontrar al matador de Muhamed el Assadi y vengarse de él.

Durante la peregrinación nada podían intentar. La visita a la casa de Dios es santa, y desdichado quien manche sus manos en sangre. Será enterrado en un lugar inmundo y jamás se abrirán a su paso las puertas de oro y diamantes del Paraíso.

Pero podrían seguir a Mahadi, y atacarle a la vuelta, cerca de su propia tribu. Quemar después sus aduares y

sus rebaños, esclavizar a sus mujeres, y llevar, canforada, su cabeza al viejo Almanzur, para que, antes de morir, sus labios pudiesen sonreír de nuevo al vengador de su hijo.

Emprendieron el camino de la Meca, la Ciudad Santa, en el Hedchar, la región más fértil y bella de la Arabia.

Todas las sendas estaban llenas de peregrinos, que acampaban fraternalmente a orillas de las fuentes, en los valles frondosos y pródigos.

Los jaiques listados de los hijos del desierto se mezclaban con los blancos zulhas de los nobles de las ciudades populosas de Babdad, de Damasco, de Petra, de Danar, la de la célebre Universidad, de Dorán, famosa por la elegancia de sus mezquitas, y de Madchid, la de los más fragantes jazmines, la predilecta de Ali, el sobrino querido del Profeta.

Egipcios de esbeltos miembros de bronce; africanos negros como el basalto de sus montañas; espléndidos señores de Hadramut, de gigantescos turbantes constelados de piedras preciosas; habitantes de Cairuan y de los países del Mogreb, rudos y fuertes, y hasta poetas y guerreros de la lejana España, célebres por su lujo, su magnificencia, y sobre todo por su locuacidad. Todos los pueblos del Islam se congregaban en aquella peregrinación anual a la Ciudad Santa.

Los caminos floridos se poblaban de canciones, de tañidos de guzlas, de cantos épicos y de salmodias religiosas.

Mendigos y señores compartían sus alimentos y su fervor.

Desde la cumbre de una umbrosa colina contemplaron un atardecer, entre jardines fabulosos, la Ciudad Santa.

Todos los peregrinos se prosternaron, besando el suelo religiosamente:

—¡Bendita sea la ciudad del Profeta! ¡Alabado sea el Señor, que permite que nuestros ojos la contemplen y nuestros labios besen su tierra sagrada!

A lo lejos, sobrenadando en el oro de la tarde, resplandeciente de azulejos, la Meca se recortaba gloriosamente en el azul, con sus tres formidables ciudadelas, custodias del Islam.

Sus murallas rojas le ceñían la cintura como una faja de púrpura, y en una eminencia se alzaba, rodeada de jardines, la Grán Mezquita con sus siete elegantes minarettes y sus ciento cincuenta cúpulas.

El aire era una embriaguez gloriosa de perfumes, colores y heroísmos.

Los peregrinos permanecían inclinados sobre el suelo, en extática adoración.

Aischa sentía en sus labios el amargor agrio de la tierra, húmeda aún por las últimas lluvias primaverales.

Nubes de palomas proyectaban sombras fugitivas sobre los minarettes de las mil mezquitas y sobre las altas almenas de la alcazaba.

La voz del Muezzin se elevó, pura y mística, congregando a los fieles a la oración de la tarde:

—No hay más que un solo Dios. Su profeta es Mahoma...

Otra voz más lejana repitió el mismo canto, y luego otra y otra y otra, y de toda la ciudad, en el silencio místico de la hora, se oían sólo estas palabras, síntesis fanática del alma acerba de una raza de sol, de sangre y de dominio:

—No hay más que un solo Dios...

Mientras, en el Oriente se alzaba, majestuosa, como bordada en un estandarte guerrero, la media luna de plata.

IX

Aischa pernoctó en un fondak de las afueras, en compañía de un viejo siervo, Ibrahim, cuyo turbante verde hablaba de anteriores peregrinaciones.

Sus gentes acamparon en sus propias tiendas, alzadas en un huerto de los arrabales.

Aquella noche apenas pudo pegar los ojos. ¿Encontraría al Mohadi entre la muchedumbre de peregrinos, innumerables como las arenas del desierto, las ondas del mar y las hojas de los árboles, que habían acudido a la Meca de todas las regiones del Islam? Aconsejada por Ibrahim decidió colocarse en la puerta de la Gran Mezquita para esperar el paso de los fieles y ver si entre ellos divisaba al matador de su esposo. Le seguiría sin separarse de él hasta encontrar una ocasión propicia para su venganza.

Al amanecer, después de los rezos y abluciones rituales, tomó el camino del templo, guiada por Ibrahim. Iba vestida con sus mejores galas; y su paso era tan gallardo, su actitud tan arrogante y su rostro tan bello, que, al cruzar por entre los palacios que conducen al Supremo Tribunal de Justicia, más de una celosía se descorrió para contemplarle, y más de un velo dejó ver la alucinación de unos ojos voraces, fijos en los suyos, prometedores de las caricias más ardientes.

Visitó primero la casa donde nacieron Mahoma y su hija Fátima, y luego el sepulcro de Jadicha, la gloriosa y fuerte mujer que con su amor y su entusiasmo hacia el Profeta, allanó los primeros obstáculos que se le presentaron en su camino. Toda la ciudad era un hervidero de gentes. Por las calles, engalanadas con tapices y colchas de los más vivos tonos, cruzaban en largas filas las procesiones.

Todas las puertas se abrían a su paso, y nuevas gentes acudían a visitar los lugares sagrados, entonando versículos de las suras koránicas. Era un mar desbordante de jaiques y jzulhans flotantes, de armas y de joyas resplandecientes, de turbantes ornados de joyeles y de plumas multicolores...

En los nichos empotrados en las paredes o bajo los arcos de las calles, los santos penitentes permanecían inmóviles, semidesnudos, con los ojos en éxtasis, repasando

con sus dedos, largos y huesosos, las cuentas de ámbar de sus rosarios.

Y en el aire matinal flotaba un intenso perfume de rosas recién abiertas, de nardos, de jazmines, de incienso, de sándalo y de benjuí.

El Palacio de Justicia, en la cima de una pequeña colina, dejaba ver la elegancia suprema de sus arcos, la riqueza maravillosa de sus puertas de cedro tachonadas de plata y los arabescos fantasmagóricos de sus celosías y sus ajimeces.

Aischa, guiada por Ibrahim, ascendió lentamente por la cuesta ceñida de gruesas murallas y torreones almenados que conducen hasta la Kaaba, "La casa de Dios".

Por las diez y siete puertas de arco penetraba, en un silencio religioso, la multitud.

Aischa y su acompañante se encontraron de repente en el inmenso patio, rodeado de cuatro órdenes de columnas de mármol blanco, granito y pórvido, unidas entre sí por bellos arcos de herradura, resplandecientes en sus remates de oro, añil y púrpura, y trabajadas a cincel como joyas. De los arcos cuelgan innumerables lámparas de plata, perfumadas con los más fragantes óleos del Oriente.

A unos cien pasos de la columnata del Norte está la Kaaba, "La casa de Dios".

Conducen a ella siete preciosas galerías resplandecientes de azulejos, y bordadas como encajes.

—El modelo de este templo—dijo Ibrahim—bajó del cielo, formado con rayos de luz, a ruegos de Adán, el primer hombre; copia del que dos mil años antes se había construído en la mansión de las Delicias para adoración perpetua de los arcángeles.

Después del Diluvio, nuestro padre Abraham recibió del Señor el encargo de reconstruirlo, y en esta santa labor le ayudó su hijo Ismael.

Una puerta inmensa, mirando al Norte, toda chapeada de plata y oro; les detuvo.

La cubría un gran paño de seda negra, en el cual res-

plandecía, bordada en oro, la profesión de fe koránica:

—No hay más Dios que Dios, y Mahoma su profeta.

Aischa, impulsada por la fuerza irrefrenable de su fe, penetró en el templo.

A la derecha, cerca de la puerta y como a un metro de altura, está empotrada en la pared la célebre piedra negra que, según cuenta una piadosa leyenda, descendió del cielo cuando Adán fué arrojado del Paraíso, y después el Arcángel Gabriel se la llevó a Abraham cuando reconstruía el templo.

Es de forma oval y de unos veinte centímetros de diámetro, y en su centro está escrita la fórmula sagrada:

“No hay más Dios que Dios”.

En el día del Juicio ella se presentará ante el trono del Altísimo a acusar a todos los que la hubieren besado con labios impuros.

Aischa e Ibrahim se inclinaron reverentes y la besaron con unción.

A su lado se encuentra otra piedra mayor, la que servía de asiento a Abraham mientras reedificaban la Kaaba.

Después oraron largo tiempo sobre las losas de mármol verde, bajo las cuales esperan la resurrección los restos de Agar y de Ismail.

Tras pasaron la balaustrada de oro que rodea el pavimento y se encaminaron al célebre pozo del *zem-zem*, cuyo milagroso manantial hizo brotar un arcángel en el trágico momento en que Agar se tapaba el rostro con su manto para no ver morir de sed a su hijo Ismail, y bebieron también, como todos los peregrinos, de sus aguas lechosas y amargas que limpian de todo pecado.

Aischa abandonó aquel día el templo, desesperada de no encontrar al Mahadi. En vano Ibrahim preguntó por él, discretamente, a todos los beduinos que encontraba al paso.

Tristemente descendieron a la ciudad.

El sol fulgía en el cenit, y para librarse de sus rayos tomaron el camino de las tiendas de los joyeros y perfu-

mistas, situados en largas y estrechas callejas entoldadas con linos multicolores. A cada lado se abría el arco de un bazar, y en el fondo, el mercader, sentado sobre una esterilla de pita, mostraba sus mercancías.

Ante la tienda de un sabeo, de uno de esos hombres ágiles y cetrinos que se encaraman hasta los picachos donde anidan los rocs, para arrebatárles las varetas del cinamono con que fabrican sus nidos, se detuvieron un momento.

Un arrogante mancebo discutía acaloradamente con el vendedor el importe de un tarro de perfumes y el valor de una preciosa gargantilla de perlas de las islas de Awal.

Aischa reconoció al Mahadi, y se detuvo.

—Cincuenta dinhares—gritaba el mercader.

—¡Ladrón!—murmuró el Mahadi—. ¡Cincuenta palos te diera si no fuese por la festividad del día! Pero, en fin, ya que no tus razones, me convencen tus mercancías.

Y cogiendo un puñado de tierra, añadió:

—Te doy tierra por tierra... y queda hecho el trato.

Llévamelos esta tarde al fondak de Antar, en las cercanías del Palacio de Justicia, y pregunta por Abul Mahadi.

Aischa e Ibrahim se alejaron, y después de avisar a los suyos, se trasladaron a la hospedería indicada por el Mahadi, donde pagaron, a precio de oro, una habitación estrecha y lóbrega.

X

Aischa no perdió de vista al Mahadi. Como una sombra se arrastraba cautelosamente tras sus pasos, siguiéndole en sus excursiones a través del laberinto de calles de la ciudad.

Una noche, en el patio del fondak, oyó que el Mahadi decía a uno de sus servidores:

—Id preparando la partida... Arreglad en los cofres los presentes que llevo a Zahara, la favorita de mi corazón...

Partiremos cuando llene la luna.

Aischa se aproximó, y deteniéndose ante la yegua de la cual acababa de descabalgarse el Mahadi, le dijo a éste, mientras fingía examinar las condiciones del bello y noble animal:

—¡Buena cabalgadura! ¡Bien se conoce que pastó la hierba seca del desierto! ¡Qué cuello! ¡Qué orejas y qué remos tan finos! Bendeciréis a Dios por haberos dado un animal semejante...

—¡Ya lo creo!—respondió complaciente Mahadi, halagado en su vanidad—. Además, esta yegua tiene una historia que va unida a la de mi vida.

En cierta ocasión—añadió confidencialmente—marchaba yo al frente de una larga caravana que conducía perlas de Awal, cinamomo, benjuí, ámbar, oro, plata y mirra; en fin, todas las riquezas fabulosas de Samarcanda, Hadrámüt y la India, cuando en unos desfiladeros nos atacaron unos beduinos. Mis gentes huyeron al primer encuentro, y solo yo, al frente de algunos fieles, intenté resistir. Mandaba los beduinos un mancebo arrogantísimo, que apenas me vió se vino hacia mí a toda brida, lanza en ristre. Yo levanté en alto mi corcel, y haciéndole girar sobre las patas, evité ágilmente el golpe. La lanza pasó rozando las cinchas.

Me volví rapidísimo y de un golpe certero atravesé a mi contrario.

Todos se detuvieron un instante para socorrer al herido, y viéndome solo, aproveché esta confusión para escapar a rienda suelta. Después de varias vicisitudes, busqué amparo en un aduar; pero el dueño de la tienda que me dió asilo, era el padre del mancebo muerto por mi mano.

Llegaron los compañeros de éste y entregaron al padre el cuerpo de su hijo. Me reconocieron, y, como es natural, reclamaron mi cabeza.

Pero el buen viejo, no sólo no accedió a ello, sino que me dió esta yegua, pues la mía había muerto al llegar al aduar, y él mismo, al frente de sus guerreros, me acompañó hasta un lugar seguro.

Aischa no pudo reprimirse.

Su mano tembló sobre la empuñadura del alfange; pero haciendo un terrible esfuerzo de voluntad, interrogó al Mahadi, con la voz aun insegura:

—¿Y hace mucho tiempo de esto, buen hombre?

—Poco más de un año.

—¿Y no temes a la familia del muerto?

—Era hijo único, y su padre no había de salvarme la vida para después darme muerte... Mas hablemos de otra cosa. Tú, joven, pareces experto en cuestiones de joyas. Te he visto siempre a mi lado, en los bazares, eligiendo perlas y crisólitos, y tus pupilas eran tan expertas en la tasa, que jamás los mercaderes se atrevieron a regatear el precio.

Quiero mostrarte las que llevo como regalo a mi favorita.

Desde entonces fueron amigos inseparables. Mahadi le consultaba en sus compras y Aischa se complacía en elegirle los perfumes más ricos y las piedras más puras.

El día antes de la partida, dijo Mahadi:

—¿Por qué no hacemos el viaje juntos? Te detendrás en mi aduar y celebraremos fiestas en tu honor.

—Acepto gustoso tu ofrecimiento—respondió Aischa.

Y al día siguiente se pusieron en marcha.

Los peregrinos regresaban a sus hogares, alegres de haber cumplido sus votos. Los turbantes verdes fingían una primavera tardía en los senderos escuetos.

El Mahadi llevaba en su compañía treinta jinetes y casi el mismo número de criados.

Las gentes de Aischa no pasaban de cincuenta.

Esta caminaba conversando afablemente con su amigo; pero muchas veces sus ojos ardían como si todos los relámpagos de una tormenta pasasen por ellos, y sus ma-

nos tenían que hacer esfuerzos inauditos para no desnudar el acero.

Pero no; su venganza sería más noble, cara a cara, en campo abierto.

Llegaban ya casi al término de su viaje.

Habían caminado toda una jornada por un terreno árido y la sed abrasaba todas las gargantas.

Sus hombres y los del Mahadi avanzaban fatigados, pidiendo a Dios, a grandes voces, el amparo de una fuente.

De pronto, al descender una colina arenosa, se hallaron ante una cisterna. El cubo de hierro pendía de la cadena, como invitando a beber al peregrino, y tres palmeras se alzaban majestuosamente ofreciendo el reposo de sus anchas sombras.

Unos y otros se precipitaron hacia la cisterna, y por querer todos beber primero, vinieron a las manos, propinándose algunos palos y hasta saliendo a relucir los aceros.

Ibrahim, como a una señal convenida, arremetió con su lanza al criado favorito del Mahadi, y le pasó de parte a parte. El combate se generalizó. Los dos bandos se abrieron en ala, acometiéndose rabiosamente.

Entonces Aischa, aproximando su yegua a la del Mahadi, le dijo a éste:

—Nuestras gentes pelean y se matan por una cosa baladí. Nosotros, en cambio, tenemos cuentas graves que saldar. ¿Te acuerdas de Muhamed el Assadi, a quien atravesaste con tu lanza? ¿Recuerdas las palabras que momentos antes de que partieras de la tienda del viejo Almanzur murmuró una sombra a tu oído? El momento ha llegado... Defiéndete... ¡Venganza del Assadi!

Al ver que sus señores iban a luchar, los dos bandos se detuvieron, inmóviles, alzados sobre los estribos; y hasta los heridos, tendidos en la arena, alzaron sus cabezas ensangrentadas para presenciar el combate.

El Mahadi, presintiendo la agilidad y la fuerza de su adversario, se decidió a darle un golpe maestro.

Picó espuelas, tendió la lanza, y en línea recta como una flecha, partió hacia Aischa.

Esta hizo girar su corcel, y sin tiempo para que el Mahadi se detuviera, le dejó pasar, atravesándole el costado de un lanzazo.

Los siervos intentaron socorrer a su señor; pero fueron dispersados por las gentes de Aischa, más aguerridas, y sobre todo preparadas de antemano para este encuentro.

El Mahadi se desplomó de su yegua, dejando escapar de sus manos la lanza.

Aischa, entonces, echó pie a tierra, y dirigiéndose velozmente al moribundo, le dijo:

—¡Dios te ampare, Abul Mahadi! Así las gentes conocerán cómo sabe vengarse la mujer de Muhamed el Assadi.

Y al terminar estas palabras, levantó la espada con ambas manos, y de un solo tajo cercenó el cuello del guerrero.

—Ibrahim—dijo luego a su siervo—, recoge esa cabeza y llénala de alcanfor, y enciérrala en el cofre más rico.

Quiero que vuelvan a sonreír, una vez siquiera antes de expirar, los labios del viejo Almanzur.

La tela de Penélope

I

En las horas de íntimo recogimiento, en esas horas de suavidad y de encanto, en las cuales mi cámara de poeta se viste de fiesta y se engalana con las flores más raras del ensueño, para recibir dignamente a la ilusión fastuosa y alucinante de tu recuerdo, con el fervor de un lapidario antiguo, he cincelado estas joyas nupciales, capaces, por la pureza de su oro y la maravillosa claridad de sus gemas, de acompañar las danzas de Belkis, la amada morena de Salomón.

Mientras humean en los pebeteros de plata las fragantes y perversas lujurias del Oriente, y la crueldad divina del Amor solloza en las guzlas y suspira en las flautas, yo he realizado el milagro de transmutar todas las ansias de mi cuerpo y todos los anhelos de mi alma, en fabulosas floraciones de rubíes, esmeraldas, zafiros, amatistas, topacios y crisoberilos, para bordar de refulgentes constelaciones la quimera zodiacal de tu manto.

Al sentir sobre tu piel de nardo, sensibilizada hasta la hiperestesia por el deseo exasperado, la mordedura fría y corrosiva de las joyas, y en tus brazos, en tu cuello y en tus muslos, el serpentear metálico y sonoro de los brazaletes, los collares y las ajorcas, piensa que son mis labios, mis dientes y mis brazos—toda mi carne y todo mi espíritu—que se enroscan a ti, y te besan y te oprimen y

te muerden, en la lujuria infinita de este amor que tiene la destructora voracidad de las llamas.

En un rico cofrecillo de sándalo con arabescos de marfil y nácar, un esclavo nubio, desnudo y bello como una estatua de basalto, custodia—hasta tu alcázar de leyenda—sobre un dromedario, el presente que mi amor te envía desde las más remotas Arabias del ensueño.

Cuando en la soledad gris y monótona de tu prisión, hiles en la rueca de la esperanza el lino de tus quimeras, y en tus labios, sedientos de besos, florezcan las divinas estrofas de la balada germánica:

“Hubo en Thule cierto Rey,
que a su amada fué constante
hasta el día en que murió...”

el relampaguear insólito de estas joyas te hará palidecer de rubor, y llevarte, de súbito, las manos a la castidad de los senos, cual si de repente te sorprendiesen desnuda, en la transparencia del baño, las miradas violadoras y voraces de todos los sátiros del Deseo...

Y las dulces y suaves notas de la balada se romperán en tus labios en un temblor de besos y en una agonía interminable de suspiros.

II

Al aparecer en mi camino, con tu gracia ondulante y elástica de pantera joven, me has dado el espejismo de otra vida más amplia, más profunda, más sutil, como si fueses la encarnación de todos los divinos engaños y las más bellas mentiras del Universo.

Deslumbraste mis ojos en una gloriosa tarde de Primavera, en que todo parecía hecho y pronto para el Amor, para un amor inextinguible, que como el fénix de la leyenda, muriese y resucitase perennemente de sus propias cenizas.

El crepúsculo se difundía en el mármol antiguo de tu rostro, como si fuese un velo de sombra y de oro, dándote el prestigio secular y misterioso de los más bellos y terribles mitos del Oriente.

Venías pálida de inquietud y de ensueño, como una perla enferma de nostalgia, y bajo el marco floreal y sombrío de tus cabellos profusos, tu palidez se espiritualizaba hasta lo monstruoso.

El temblor palpitante de los músculos y de las manos te daban la apariencia de una cosa alada.

Tus extremidades eran tan flúidas que daban una sensación de inexistencia, y los ropajes de pliegues nobles y tonos claros, armonizaban tan justamente la hermética fragilidad de tu silueta, como si hubiesen brotado de tu propia substancia y por ellos corriese también, animándoles, tu misma sangre.

Parecías tener dos almas: una misteriosa y extática, encantada en la profundidad nocturna de tus ojos, perdidos en una mística lejanía de imposible.

Y otra, devastadora y cruel, temblando de deseo, en la púrpura encendida de tu boca, de tu boca insaciable, húmeda de voluptuosidad, como si saborease entre sus dientes la presa jugosa y sangrienta de mieles de una granada madura.

A tu presencia palidecí como si comprendiese que algo nuevo comenzaba en mi vida, algo dulce, fatal, profundamente triste, y cruzado, como una noche de tempestad, de relámpagos truenos.

Y desde entonces, te amo con tan salvaje violencia, que hay momentos en los que me parece que siento crujir mis huesos, próximos a estallar, y que mis venas y mis ojos van a romperse, porque no pueden ya contener la febril explosión de mi cariño.

¿Qué divino milagro hay en tus ojos insondables?

Cuando me miras, diríase que es tu alma quien me mira, y me siento desvanecido en humo, en incienso, en plegaria, en un anonadamiento infinito, como si todo mi ser se disolviese en Dios.

¿Qué terrible misterio de sangre ocultas en tu boca roja?

No lo quiero saber. Cuando sonríes, siento que las uñas se clavan en mis carnes, y los dientes muerden en los labios, hasta hacerlos sangrar, como si al paladear la sangre gustase también toda las dulzuras y las embriagueces de tu boca.

Yo te amo, porque eres enigmática y paradójica, porque eres ágil y lúbrica, grave y mística, porque eres todo el amor y el odio del mundo, porque tienes la frente y las manos de santa, los labios finos y crueles, y los ojos de serpiente y de paloma, de leona y de gacela de que habla el maravilloso poeta del desierto...

III

A veces creo que no existes en la realidad, que eres sólo una quimera vana, una sombra alucinante de fiebre, pues no concibo que siendo de carne humana, teniendo corazón, puedas contemplar impasible este dolor brutal, que como lepra insaciable, va devorando los huesos de mi carne y la medula de mi alma.

Una estatua, esculpida en la materia más dura, se hubiese estremecido ya de dolor, hubiese tendido, en un arranque milagroso, sus brazos de mármol a mi cuello para ahogarme de felicidad en ellos.

Si tu esencia es humana, debes ser un monstruo.

Debes tener, en tu corazón de hiena y en tus entrañas de chacal, acumulado todo el veneno de la tierra y toda la diabólica perversidad del infierno.

Me atormentas, me inquietas, me atraes, me rechazas, juegas conmigo y te burlas de mí.

Y mi corazón es en tus manos igual que esos juguetes que rompen los niños, por curiosidad, para ver lo que tienen dentro.

Si las heridas del alma sangrasen, tú no podrías mirar tus manos sin sentir, como Lady Macbeth, el horror de la sangre y el remordimiento del crimen.

IV

¿Por qué me abandonas? ¿Por qué te vas? A tu lado, por tí y para tí, yo segaría con mi hoz de oro los más altos, verdes y frondosos laureles. Mi magnificencia fabricaría alcázares maravillosos, donde las horas y los siglos pasasen como visiones de ensueño.

Conquistaría, con mi amor, los más fabulosos y lejanos imperios de la Inmortalidad... Y los héroes más fuertes y los Dioses más altivos, se inclinarían a tu paso, deslumbrados por el fulgor eterno de mi gloria. Porque tú eres para mí la fuerza más potente, el torbellino de ambición y de grandeza, capaz de transportarme a la meta suprema del Universo. Mas si te alejas, si tú te vas, ¿qué va a ser de mí?

La hoja seca a merced del viento, el náufrago entregado a la tempestad, estarán más seguros de su destino.

¿Qué van a hacer, lejos de tí, mis ojos, estos pobres ojos que sólo viven de los tuyos, por el deseo de verte y la esperanza de contemplarse algún día en el espejo encantado de tus pupilas?

Si tú te vas será como si me arrancasen las retinas.

Se quedarán mis ojos inmóviles, llorando en la obscuridad, como dos huerfanitos ciegos.

¿No te dará pena de su orfandad y su ceguera?

¿Los dejarás perecer, deshechos en lágrimas de sangre, porque ya no les queda llanto?

¿Qué va a ser de mis manos, de estas pobres manos que sólo viven para las tuyas, para soñarte, para acariciarte y para convencer a mi corazón de que no eres una quimera, sino realidad tangible y gloriosa?

Sin ti, sin tus manos, las mías son como dos míseros tullidos abandonados por todos entre las llamas de un incendio.

¿Vas a dejarlas morir en el martirio inaudito del fuego?

¿Qué han de hacer mis labios si tú te marchas para siempre?

Mis labios que sólo para ti se mueven y hablan, que sólo por ti y para ti sonríen, concentrando en el panal de su sonrisa todas las mieles de los besos, ¿para qué me servirán, si contigo han huído todas las armonías y todas las dulzuras de la tierra?

¿Cómo vas a dejar a estos pobres mudos, sin amparo y sin consuelo en medio de la inquietud alucinante de la vida?

¡Oh, no te vayas!

Te lo piden mi alma, mi corazón, mis manos y mis labios; todo mi espíritu y toda mi carne, anhelante de ti y soñando con tu presencia.

Te lo suplico en nombre de cuanto existe de santo y bello sobre la desolación de la tierra... ¡Por mí, por ti misma, por la felicidad de los dos, que es la única que podemos encontrar en la vida!...

El amor que se va no regresa.

Y si acaso, milagrosamente torna, mejor fuera que no tornase, porque vuelve desfigurado, tan otro que no sólo no podemos reconocerlo, sino que además nos causa repugnancia su presencia. Y entonces los amantes se paran con extrañeza, se miran fijamente, ansiosamente, hasta el fondo de los ojos, como si buscasen algo perdido, y desilusionados de no encontrarse, se dicen a sí mismos, viendo los estragos del tiempo y las vicisitudes de la fortuna:

—¿Y ésta es aquella?

—¿Y éste es aquel?

Y se alejan en silencio, sonriendo melancóticamente al ensueño que acaban de enterrar en sus almas.

V

Muchas noches, no sólo te presiento en torno mío, sino que te siento y hasta te miro a mi lado vigilando mi angustia.

Me parece que te acercas, sigilosa, a mi lecho, desnuda de todo pudor, con un perturbador ofrecimiento en los senos turgentes y blancos, una promesa torturadora en los ojos voraces y una invitación paradisíaca en los labios pletóricos de infinito.

Y estremecido de deseo, me alzo del lecho, te tiendo los brazos, te busco, con impacencias de niño, entre los cortinajes, en los ángulos, detrás de las puertas y bajo las sábanas...

Recorro como un loco la casa, llamándote a gritos, buscándote por todas partes, sin saber que jamás podré encontrarte, porque no estás fuera de mí, sino en mis ojos y en mi corazón, en el fondo de mi alma...

¿Qué me importa que me ames o no, que seas mía o de otros, si tengo la certidumbre que así como tú vives en mí, yo vivo también en tus recuerdos inalterable y fatal como nuestro propio destino?

¿Ves esa sombra que te acompaña siempre, como un esclavo etíope a una reina fabulosa, que cruza por donde cruzas, que se pierde contigo en las noches de luna, por las largas avenidas de cipreses que terminan en el estanque donde los cisnes esperan las caricias de tus manos?

Esa sombra soy yo: mi amor que te espía, que te vigila y ampara, que no te abandona un momento, y que cuando la tierra te cubra con su abandono y su olvido impenetrables, se sentará allí a llorarte eternamente sobre la losa de tu sepulcro, al pie del ángel y de la cruz de mármol...

Todo será inútil, todo... Y algún día, acaso las manos

de tu amante te ahoguen, al oírte pronunciar, en los espasmos fugitivos del placer, la incoherencia de mi nombre, como yo la pronuncio, a veces, inconscientemente, entre los brazos mercenarios de un amor de alquiler... Porque yo amo tu carne en la carne de todas las mujeres, como también amo la luz de tus ojos en el fulgor de todas las auroras y el perfume de tu aliento en el perfume de todas las flores de la tierra.

Del epistolario de ella.

I

Yo no os escribo la dulce carta, que mi corazón ha compuesto, como respuesta a vuestras páginas impregnadas de perfume y de luz. De escribíroslo tal como la siento, no podría mirarme yo nunca en el espejo, temerosa de verme en su cristal encendida de rubor... Porque hay ciertas cosas que las mujeres no pueden confesar ni a su propia conciencia.

Limítome, por lo tanto, a agradeceros profundamente el regalo imperial de vuestras confianzas.

¿Con qué?... Sólo mi alma lo sabe... Y mi alma es muda, no tanto por respeto a mí misma, como por temor a haceros desgraciado, aun más de lo que sois, con la inoportunidad de mis sinceridades.

El anuncio de vuestro viaje me ha llenado de satisfacción...

¿Podremos esperar que la próxima Primavera nos traiga a los dos, como un presente floreal, un nuevo bien que nos torne fuertes contra todos los males, y una fortuna que nos haga olvidar todos los dolores sufridos?...

Cuando vengáis a esta tierra de encanto, al azul de este mar azul, os diré porqué hoy, yo, no puedo soñar

vuestro magnífico sueño, porque hoy debo, rudamente, rechazar vuestra esperanza, esperanza tan llena de poesía, tan prometedora de felicidad, tan humana y a la par tan divina, que me ha conmovido profundamente...

Pero yo os ruego, a pesar de todo, os ruego, amigo mío, por todo lo que de más santo haya en vuestros recuerdos, que no me olvidéis entretanto. Es cierto, sí, cuanto habéis soñado... Es cierto... En mi corazón podríais encontrar las palpitaciones de aquel corazón que tanto amásteis y del que no queda ya ni el polvo de los sepulcros... Sí, sí, en mis labios podrían reflorar, para embriagaros de ternura, la sonrisa perdida y recordada y añorada eternamente... Y en mis manos y en mis ojos encontraréis también todos los divinos consuelos y todas las humanas felicidades que fueron a perderse en el olvido de la nada...

Es cierto, yo he tenido que hacerme a mí misma una violencia inaudita para no ver esta visión de paz, para no extender, pronta a vuestro reclamo fraterno, mis brazos fieles de enamorada, a través de los montes y del Océano.

Yo os aseguro la más orgullosa victoria, y le pido a Dios, de rodillas, que derrame sobre vuestra dolorosa soledad el bálsamo de todos los consuelos... Y ¿por qué no decirlo? ¡Diera hasta la última gota de mi sangre, porque mis pequeñas manos inocentes os pudiesen conducir eternamente, por un camino de sol y de flores, por una senda gloriosa, amplia y llana, ignorada de la vulgaridad y de la muchedumbre!

Enviadme siempre, si esto no os causa molestia, nuevas de vuestra vida atormentada de luchador, y creed en mi perpetua devoción y en mi sincero entusiasmo.

No extrañéis mis largos silencios, pues en ellos acaso, estoy más cerca de vos que amante alguna lo estuvo jamás de su dueño.

Gracias por todas las bellas cosas que me decís; gracias también por las que aun no me habéis dicho.

Yo os sabré pagar tanta delicadeza, con toda la efusión de mi alma y todo el afecto fraternal de mi corazón.

Pero mejor sería que me olvidáseis, que no me escri-

biései más, dejando morir tranquila, sin un nuevo anhelo, sin otra nueva esperanza, a esta nueva enferma desahuciada de la felicidad...

Febrero, 1900.

II

¡Oh, hermano! ¡Oh, hermano! He recibido vuestra carta, como una consolación divina en estos días pasados de desolación y de sombra, y vuestro bello sueño de porvenir y de esperanza me ha hecho despertar, sin tristeza, de un antiguo sueño de amor.

Me decís que conocéis mi alma, que quisiérais tenerla entre vuestras manos para hacerla palpar con todas las felicidades de la tierra y extasiarla con todas las paces del cielo...

Soñemos, hermano... Soñemos...

Yo vengo a ti, corazón dolorosamente asaetado por el amor...

Venid a mi encuentro...

Dadme rosas y rosas... Las espinas me han lacerado, impidiéndome caminar...

Venid a mi encuentro... Esplenderán aun los horizontes de primavera, si yo puedo mirarme en vuestros bellos ojos, como en los ojos de la fe...

Yo vengo a la patria nueva, para olvidar los destierros, las nostalgias, todo mi pasado de guerra y de derrotas...

Vengo, imagen de mansedumbre y de devoción, a prestaros compañía en vuestras noches de insomnio, a poner a vuestros trabajos, a poner un ramo de humildes violetas sobre vuestra escribanía, y a dar a vuestros labios y a vuestra frente los besos con que sueñan, porque los han perdido...

Yo sabré ser para vos la amante, la esposa, la herma-

na, la madre y la hija, todos los amores femeninos del mundo...

Señemos, hermano mío... Sonriamos a nuestro sueño. Mirémonos ahora en las almas, para poder después mirarnos mejor en los rostros...

Ahora es aun invierno, mas pronto Marzo nos dará la maravilla renovadora de su sol tibio...

¡Quisiera deciros tantas ternuras, tantas cosas suaves y dulces!...

Mas no puedo aún; no es tiempo todavía...

Estoy enferma... pavorosa de tomar una medicina que recrudezca mi mal en vez de aliviarlo.

Tengo miedo de engañarme otra vez, de vivir, de todo lo que me rodea y de lo que puede llegar. Tengo miedo, mucho miedo, de vos y de mí...

Perdonad que no os haya escrito tan pronto como deseabais... Tengo miedo, os repito...

Recordadme siempre, ¡oh, hermano de arte, hermano de dolor y hermano también de esperanza!, como yo os recuerdo a vos, a vos que podéis ser el amor eterno, la poesía que no pasa, la poesía soberana...

Febrero.

III

A veces dialogo con mi alma, y le digo en un fero arranque de orgullo:

“Alma mía, alma mía: sé fuerte y prosigue tu camino.

No te detengas a sestear en el oasis. Las flores y las aguas claras quizás escondan tósigos de muerte...

Alma mía, alma mía, a la sombra de las palmeras sueñas encontrar reposo—aunque sea breve—para tu caminar cansado y errante, y una sonrisa—aun la más leve—para la suerte ignota...

¡Alma mía, alma mía, los engaños te tienden de nue-

vo sus brazos rapaces, te llaman de nuevo con sus voces de oro!

¡No escuches esas voces de oro! Camina... ¡Cada promesa no encierra más que un nuevo afán!

Avanza siempre, avanza en el desierto.

Bajo el sol y el torbellino, avanza siempre serena.

No quedan rastros en los arenales... El viento borra todos los pasos, lo mismo los firmes que los débiles...

Sin infamia, sin méritos, sin odios, ¡y sin amor!... ¡Alma mía, qué pena!

¿Eres tú, pobre alma, quien pide llorando un ramo de azahar, un blanco velo y una fragante cadena de albas rosas nupciales?

¡Alma mía, alma mía; camina y conoce la verdad desnuda y triste!

No serán para ti, que eres pobre, ni los besos ni las flores...

Alma mía, alma mía, que eres como una niña huérfana y tímida, ¡tú no gozarás de nada! La vida es avara, y guarda terriblemente sus dones...

Alma mía, alma mía, tú morirás sola, sin besos y sin flores..."

¡Os mando esas páginas dolorosas, arrancadas de un pequeño libro donde he ido anotando, pulsación por pulsación, todos los latidos de mi vida!

Marzo.

IV

¡Oh, amigo mío!, ¿no ha desgarrado vuestro corazón la última carta que me habéis escrito?

¿Aun pensáis en mí y me recordáis, a pesar del tiempo, la distancia y mi silencio, con la misma poesía e idéntica fe que aquellos días remotos de ensueño y de delirio?

Yo he estado en los umbrales de la muerte, y ho- mis-

mo os escribo aún con medio cuerpo enterrado dentro de la sepultura.

He pasado por los más atroces sufrimientos morales y materiales, no ha habido prueba por la cual yo no haya pasado, ni tortura a la que no haya estado sometida...

Todo lo he perdido, y soy ahora una pobre criatura que después de mirar arder su casa, se sienta sobre las ruinas, entre los escombros humeantes, para llorar lo irreparable de su fortuna...

Vuestro afecto es sólo la única estrella de mi oscura noche.

Pues bien, yo, hoy, os confío esta alma.

Os la confío para salvar de un supremo remordimiento esta ardiente juventud mía, que tiende desesperada los brazos a la altura, sin encontrar más que el vacío obstinado y cruel...

Mi alma está enferma de ilusión y de cansancio...

Vos, quizás, podréis curarla aún, haciéndole de nuevo creer en la virtud milagrosa de la vida...

Vuestras promesas pueden ser la salvación.

Yo venzo los mares, yo venzo la distancia y el tiempo, yo venzo el dolor y la muerte, y vengo a hacer florecer en vuestro corazón la augurada y eterna primavera...

¡Quizás, un día, el destino podrá unir nuestras aspiraciones, como unía en las antiguas monedas los perfiles reales!

¡Quizás, nuestras existencias enlutadas no encontrarán la resurrección conque sueñan!

¡Quizás!... Quizás este dolor podrá darnos la alegría, y esta comunión nos indemnizará de todos los afectos perdidos y de todas las esperanzas que huyeron...

Vos lloráis a una dulce mujer tan frágil y tan suave que se perdió en la vida, como una sombra detrás de un cortinaje; yo lloro a un hombre que jamás vi y que tan sólo amé en cartas apasionadas...

Vos lloráis un bien perdido; yo lloro un bien que soñé poseer...

La suerte tuvo para nosotros una palabra y una sonrisa...

Nosotros podemos recordar, conmemorar y enternecernos juntos...

En vuestra vida hay una virgen profundamente amada, que era digna del amor y fué presa de la muerte.

En mi vida hay un desconocido, que va vivo entre los muertos, indigno de todo recuerdo...

Nosotros podemos darnos las manos, podemos caminar unidos, y creer que al final hemos de hallar un puerto y un reposo... A él confío la postrera esperanza de mi vida.

Mis manos se tienden a las vuestras, os las estrechan avaramente, os oprimen, como diciéndoos, en su mudo lenguaje:

—¡Volved a conducir a mi pobre alma desterrada a su reino de amor y de paz!

¿Podréis abandonarme en esta desolación inaudita?

¿Podréis negar el apoyo de vuestro brazo a esta mísera moribunda del ideal, que lo necesita, no sólo para sostenerse, sino también para olvidar, por un instante tan sólo, todos los viles prosaísmos de la vida?

¿Podrán vuestras manos negarse a cerrar los ojos, de los cuales habéis sido siempre el más dulce sueño y la más constante alegría?

Mandadme una sola palabra de aliento.

¡Es el único sorbo de agua que el destino ha concedido y puede conceder a la sed insaciable de mis desiertos espirituales!

¿Me lo negará también vuestra piedad?

Tan desengañada estoy de la vida, que hasta de vos llego a desconfiar...

¡He sufrido tanto en estos años de soledad y de silencio, de diálogo constante con mi desgracia!

¡Necesito oiros, veros con estos ojos que sueñan con los vuestros perennemente, palparos con estas manos que solamente por vos alientan, para convencerme que no

sois también, como todo, una quimera, una sombra intangible!

¡Decidme, sí, decidme, y repetídmelo en todos los tonos y a todas horas, que vuestro sentimiento por esta ignota será más fuerte que todas las alegrías y que todos los dolores!

Enero.

V

Amigo mío, no he contestado antes a vuestra larga y afectuosa carta, porque tenía el ánimo demasiado dolorido.

Yo he visto morir, por obra de la fatalidad, una poesía que creí había de conducirme a la más alta felicidad y al más glorioso porvenir... Mas no hablemos de esto... Vos estáis aún en plena convalecencia, y es un verdadero crimen decirnos que la vida es triste, que la traición es el único visitante de los corazones entusiastas y sencillos, que, para nosotros, los soñadores, el camino es áspero y vacío, privado de luces y de flores.

¡Oh, amigo mío, vos sentís la deslumbradora nostalgia de los campos andaluces y de los mares latinos!...

Yo siento, en cambio, la nostalgia de un desierto donde jamás llegue un motivo de esperanza, ni aun pase la sombra de un hombre...

¡Oh, ignoto, oh, lejano amigo! ¡Yo sonrío a todas las dulces promesas que me hacéis, y me enorgullece que esta correspondencia se mantenga firme en el tiempo y a través de todas las vicisitudes de la fortuna, brindándonos la recíproca consolación de su ternura inagotable!

Os envío esas pobres páginas de mi adolescencia. Leedlas con toda la indulgencia que os inspire mi amistad; florecieron sinceramente en mí.

Después mi juventud, que ha conocido la lucha y las

verdaderas derrotas, que ha conocido la lucha horrible por el pan de cada día, y que ha llamado desesperadamente al sol, vió nuevos horizontes y abrazó un arte más fuerte.

Vuestra pluma infundirá a estas pequeñas prosas el viejo perfume y la vieja frescura, y alguna bella jovencita de España pensará, con un poco de simpatía, en esta pálida y desterrada jovencita de Italia, que pasa eternamente los días mirando ansiosamente el mar azul, con la esperanza de verlo surcado por una nave blanca, por una vela blanca que le traiga el mensaje de la fortuna.

¡Yo os auguro y deseo todos los bienes y todas las paces!

Aquí ya se presiente y adivina la primavera, en el aire suave y un poco cálido y en las flores de almendro que nievan el musgo florido de violetas...

Marzo, 1900.

VI

Hoy te enviaré una cosa muy bella, ¿no sabes, alma mía?

Te envié lo más santo y puro de mi alma... con una golondrina...

Un beso muy grande, inmenso, infinito...

¡Qué divino fué aquello!... ¡Si hubieses visto!

Estaba repasando la lección de piano a mis hermanas, en una habitación muy chiquitita y muy alta, desde donde se ven el sol y el campo.

Ensayaban unos estudios de Clementi, los eternos estudios que tanto fatigan a las niñas, cuando se entró por el balcón abierto a la tarde, un pájaro, piando, chillando, que aleteó entre las flores de mi propio sombrero...

¡Qué alegría! ¡Qué risa!

Lo tiramos todo, pizarras, métodos, libros, hasta las sillas y el taburete...

La más pequeña cerró los cristales del balcón.

Palmoteábamos de contento...

El pájaro describía círculos inverosímiles, ascendía y bajaba, rápido, como una flecha, tropezando en las paredes, en los cortinajes, en el techo...

Se quiso escapar por un espejo... Y cayó en mis manos, sobre la vieja consola que preside tu retrato...

¡Qué bello! ¡Qué alas! ¡Qué cuello! ¡Qué pico!

Yo nunca había visto de cerca una golondrina...

Me daba pena soltarla y me parecía al par una crueldad inaudita no dejarla marchar...

No me atrevía a mover los dedos, temerosa de hacerle mal...

¡Si vieras cómo temblaba entre mis manos!

Parecía un corazón muy pequeñito, pero muy tierno, que tuviese pena, mucha pena...

Yo no debía retenerlo, robarle su libertad, ya que tenía la dicha de ser libre, allá, arriba, ¡en los cielos!...

Por fin, arrancamos un pedazo de cinta azul de abanico, una cinta menudita y estrecha, y le hicimos, sin lastimarla, un collar, con un lazo alrededor del cuello...

Luego, las niñas la besaron en la cabecita, y yo, que la tenía en las manos, le di un beso en el pico, un beso muy largo y muy dulce que, con el alma entera, le pedí llevase a tus labios...

¡Abrí los dedos y el ave escapó, casi orgullosa de su adorno!

¡Qué tristeza me dió al verla escapar, piando, feliz de verse libre de nuevo!

¿Adónde iría?

¡Quién sabe!...

Se perdió en el azul, brillando al sol como una flecha de oro...

Y mis ojos y mi alma la siguieron con una ansiedad tan angustiada, que sentí por mis mejillas resbalar la fría y lenta desolación de las lágrimas...

¿Llegará a ti?

¿Llamará con su ala a tus cristales, como diciéndote:
—Despierta, te traigo un mensaje y un augurio de felicidad?

¿Pasará volando por tu lado, dejando en el aire que respiras, mi beso?

¡Alma mía, mira tú siempre a todas las golondrinas que pasen; y la que tenga un lazo azul, la más bella, la más fina y la más esbelta, esa es la mía, mejor dicho, la nuestra! Verás cómo ella también te reconoce...

¡Le hablé yo tanto de ti en aquel momento inolvidable en que palpitaba entre mis manos!

¡Qué no hubiera yo dado por poderme reducir, por haberme convertido en una cosa muy pequeña para abrazarme a sus alas y volar, y volar, a través de los mares y de los montes, hasta tu soledad y tu tristeza y darte en los labios toda mi pobre carne hecha besos, y toda mi alma transformada en ternura, en suavidades, en delicadezas!...

Ama a las golondrinas, siquiera en recuerdo de esta que te llevó lo más puro y santo de mi ser.

Abril, 1902.

VII

Después de una semana de angustia espantosa, de incertidumbre mortal, recibo noticias tuyas, una carta que derrama en mi alma la más inefable de las alegrías...

Ayer te escribí una carta de negruras, de pesares...

Estaba el día cenizoso, impregnado de una poesía helada que se me entró en el alma, deshaciéndose allí en una lluvia de lágrimas...

¡Qué tristeza da esta lluvia, este frío que se infiltra en los huesos, que parece llegar a nosotros con ansias de muerte, extenuándonos, torturándonos, amortajando nues-

tra imaginación con no sé qué presentimientos de próximas descomposiciones!...

Nuestra boca siente la humedad de la tierra mojada, y parece que respiramos el aire de un sepulcro...

¿Qué terror nos domina? ¿Qué fantasmas terribles nos amenazan en esta semiobscuridad preñada de miedos?

Sentimos anhelos de gritar, de pedir socorro, de huir, y terminamos resignándonos a lo inevitable, a una agonia lenta y fría, como la lluvia que resbala por los cristales y extiende sus crespones de niebla sobre el llano...

Ayer, fué espantoso. Deseaba morir, renunciar a todo, entre aquellas dolorosas convulsiones que retorcián, destrozándoles, mi alma y mi cuerpo...

Pero hoy, esa misma lluvia y esa misma luz enferma y nostálgica, que lo emplomiza todo, en vez de desesperarme, de martirizarme, me dan una divina languidez de fuego, que me hace morir, doblarme desfallecida, pálida y temblando de amor, sobre tu recuerdo...

¡Amor mío, será divino ver la lluvia, estando a tu lado, escondida entre tus brazos, con la cabeza refugiada sobre tu hombro!

¿Cuándo apagará el rumor de la lluvia el rumor de tus besos?

Vuelvo a escribirte, después de dos horas larguísimas y terribles, de una visita abrumadora.

.....

Vuelvo a ti, ávida, loca, a abrazarme a tu recuerdo, a tu imagen, a tu fantasma. Yo no sé qué es esto que me acomete a veces... Es un delirio, un vértigo, un ansia inexplicable...

Siento como si se abriera mi cuerpo y saliera mi alma a extenderse con su locura por todo el Universo, a subir, a elevarse al infinito, y, luego, inmensa, engrandecida, llegar a ti, a ser tu esclava, a morir a tus pies... a tus brazos, a tu boca...

Yo no sé si soy buena o si soy mala, si sé, si ignoro,

si vivo, si muero... Yo no sé nada, pero sé que te adoro, que muero de ti y por ti...

Fuiste mío, eres mío, serás mío, fatalmente mío, porque tu alma es esta que siento palpitar en la mía, porque tu corazón es este que oigo latir en mi pecho...

Octubre.

VIII

Te envió el rizo prometido.

Vacilaba mandártelo. ¿Sabes por qué? Me parece mequino, indigno de tus manos, de tus ojos, de tus labios.

Antes tenía yo el cabello muy bonito, más claro, más brillante y más largo, que me hubiese servido de manto.

A veces me entristezco al mirarme al espejo. Ya no me sonrío como antes. No. Me da rabia, vergüenza de mí. No me creo lo suficientemente bella para aprisionar en mi rostro tu atención, para recrear constantemente tus ojos con una fiesta de belleza.

Yo quisiera ser una mujer extraordinaria, maravillosa, dotada de todas las perfecciones del alma y del cuerpo, inteligentísima, de una belleza suprema, para que fueses el dueño absoluto de cuanto grande hubiese en el mundo, todo reunido y exaltado en mí.

Sólo tengo mi alma, mi pobre alma, que se entrega a ti, con sus ternuras, sus delirios, con todo lo que posee.

Mi alma que te adora, que te adora muriéndose de amor, muriéndose nostálgica de tus besos, de tu cariño, de ti... Te escribo con un ansia loca, como nunca, poniendo en cada palabra pedazos de mis extrañas.

He soñado contigo esta noche... No sé qué... Por más esfuerzos que hago no lo recuerdo. Pero debió ser algo muy dulce y muy bello, porque mi hermanita dice que cuando entró esta mañana a despertarme, yo sonreía... ¡Cuánto he sufrido estos días, amor mío, cuánto he sufrido!

Creí que huías de mí, que me abandonabas; y los pensamientos más terribles se aferraban en mi alma, destruyéndola... ¡Era como una pobre corza en un cubil de leones hambrientos!

Pensé destruir mi vida, destruirla enérgicamente, de un golpe, para siempre... ¿Qué iba yo a hacer en la vida sin ti?

Sin ti, la existencia es tan insoportable, tan tremenda y brutalmente fatigosa, que me pesa, que me aplasta, que me aniquila, en una tortura fatal y plena.

Sufro; me muero; me muero sin ti; sin tu cariño, sin tus caricias...

Ven, ven por mí... Ten valor... Vuela; atraviesa los mares, el tiempo, el infinito, todo, y ven por mí... Llévame contigo, donde tú estés, a la gloria, al infierno, donde sea, a sufrir contigo, a gozar, a ser dichosa siendo tu esclava, plegándome a ti, convirtiéndome en tu sombra, en el aire que respires, en algo tuyo...

Yo no quiero estar tan lejos de ti: No quiero estar, no puedo estar sin verte.

Yo haré por ti las mayores abnegaciones, las heroicidades supremas.

Te daré todas mis energías, toda mi fortaleza, todas las delicadezas de mi alma... Viviré para ti, ayudándote, animándote, siendo tu consuelo, tu amparo. ¿Qué cruz no resistirán mis hombros? ¿Qué abrojos no pisarán mis plantas, si siento en mis manos el calor de las tuyas, si puedo verme en tus ojos y oír tu voz?

Tú me amarás; sí, me amarás mucho, infinitamente. Me darás un amor desmesurado, como el mío, inmenso, que te haga estallar el pecho como a mí, que te trastorne, que te embriague y te enloquezca, como a mí.

Ven, ven, dime que me amas así, como nadie amó. Dímelo... No me mientas nunca... ¡Si tú me engañases, moriría de desesperación, troncharías mi vida!...

¡Oh, sería cruel, cruelísimo! ¡Desgarrarías mi pobre alma, mi pobre alma que tú mismo has despertado, y ante la cual has abierto horizontes infinitos de ternura!...

¡Sería una infamia inaudita!... Y mira, oye, esto que voy a decirte muy bajito. Aun así y todo, te adoraría, moriría sin una queja, bendiciendo tu nombre, besándole, al escaparse por mis labios, con el último aliento de mi vida.

Agosto.

IX

Hoy estoy mejor, mucho mejor.

Te envió una sonrisa, una caricia... ¡y tantas cosas de mi corazón!

Sonríeme tú también. ¿Por qué nosotros mismos hemos de angustiarnos? Ya que nadie nos consuela, consolémonos nosotros. Ya voy renaciendo, poco a poco, pero renaciendo al fin. Quiero apartar de mí tanta cosa terrible, tanta cosa como quiere destruirme, hundiéndome para siempre en el vacío, en la nada. ¿No es verdad que sería muy triste que yo me deshiciese, que desapareciese para siempre, llevándome en los labios este beso ávido, que es la entrada de toda mi alma y de mi vida?

¿Por qué morir? Es pronto aún. Yo retengo con ansia—quiero retenerlas—la esperanza en mi alma y la salud en mi cuerpo, como el que se aprieta los bordes de una herida por donde se le escapa la sangre...

Quiero conservarlas para ti.

¡Si vieras cómo lucho! ¡Son tantos y tan grandes los golpes que en la sombra me asestan! Pero no temas. En el fondo de mi ternura hay algo vigoroso, algo salvaje e indomable, que sabrá unirse a tu alma, que la alentará, que la avivará, que la sostendrá en esta lucha...

Tú me has encontrado ya medio muerta, al venir. Enterrada toda mi fortaleza entre desdichas y adversidades, ¿qué iba a hacer?

Llegaste otra vez a ser mi visión. Te veía de nuevo sin

forma real, como una cosa soñada. Quería atraer a mi espíritu tu imagen y no podía. Se había esfumado completamente. No te recordaba de carne. Sólo tus ojos, una mirada tuya se reproducía alguna vez en mí, sacudiéndome. Y al mirarte a mi lado, al sentir tu contacto, al tocarte con mis manos febriles, me has aturrido, me has dejado el alma y los ojos llenos de asombro. No sé qué te he dicho, ni sé lo que he hecho. Me has parecido una mentira, una burla de alguien contra esta pobre alma que enloqueció de esperarte. Y ansiando acercarme te huía; y ansiando hablarte me ahogaba el tumulto de palabras que acudían a mis labios...

¡Morir! ¿Por qué morir? ¡Si aun no hemos vivido la vida bella, la nuestra, la que nos reserva el Destino, tras de tantas violencias, después de tantas tiranías!...

No te abatas, no te desalientes. Soy yo, tu Amada, la que está ante ti, sonriendo, sonriendo. Toma de mis labios esa sonrisa de esperanza. Es tuya. Es tuya, como todo lo que en mí hay digno de pertenecerte. Yo te haré feliz, muy feliz, el más feliz de los mortales. Tú mereces una felicidad suprema, inmensa, sin límites, única como tu alma, y como ella infinita.

Todo cuanto tú sueñas, cuanto pida tu espíritu insaciable, todo te lo daré yo. Perdóname, perdóname. Yo quisiera decirte todo esto que me enloquece, este tumulto de ideas, palabras y sentimientos que me asfixia, pero no puedo... Y hay momentos en que me siento morir... ¡Qué frío, qué frío todo para expresar el fuego que llevo dentro! Me exalto, me quedo suspensa, extraña a todo, absorta, paralizada de tanto sentir, helada de tanto arder... No puedo, no puedo... Esto es tan grande, tan grande, que ya no sabe salir fuera de mis labios, y me ahoga, me ahoga... ¡Ten piedad de mí!

Julio.

X

¿Qué hubieras tú hecho, al verme de improviso, penetrar en tu estancia, al sentirme abrazada a tu cuello, besándote, besándote en la boca, en los ojos, en la frente, en esa frente que yo ansío coronar con mis besos, con estos besos tenues, largos, de ensueño, que guardan mis labios avaramente para ella sólo?

Estos besos que salen de mi alma y ascienden por mis labios, despacio, muy despacio, adormeciéndome el cuerpo, besos de reposo y de paz, tan callados como una muerte.

¿No sueñas tú también con unas horas tranquilas de silencio, en que yo dé a tu frente un beso de vaguedad y de misterio, un beso de hermanos, y tú me beses también lentamente, en los ojos, y que luego, sin hablar y sin besarnos, se digan nuestras almas unas cosas muy extrañas y muy hondas, lo que jamás se dijeron, porque las palabras son pobres y las miradas expresivas?

Yo sueño siempre, en mi soledad, con esa sorpresa y con esos besos. Y a veces, suspendo mi labor o interrumpo un estudio en el piano, y quedo extática, con los ojos muy abiertos y sin ver nada, inmóvil, soñando estos bellos sueños de felicidad y de encanto.

Junio.

XI

¡Qué crueldad, amor mío, la del Destino contra nosotros! Tú no sabes cómo me han puesto el alma... Pero no quiero atormentarte con mis lamentaciones... Sólo,

sí, muerta de dolor, agotada de fuerzas, rendida ya de sufrir, mi alma te grita, a pesar de todo, que es tuya, únicamente tuya, que te ama, que te amará siempre, por cima de todos los obstáculos y de todas las vicisitudes.

Tuya, tuya, en alma y en cuerpo: ser tuya, en tu alma y en tus brazos...

Tú también, ¿por qué tú también has sido con migo?

¡Qué horrible lo que oí de tus labios! Tus palabras se han ceñido a mi corazón y lo están ahogando. Parece que tienen dientes y me trituran vorazmente las entrañas.

"Tú no eres; tú no eres... Me he equivocado... Creí hallar en ti a la mujer superior, a la Única, y sólo he encontrado un poco de ternura... y nada más."

Tengo que decírtelo para que sufras, para que te estremezcas de remordimiento al pensar en tu crueldad.

Mas perdóname, perdóname. Es verdad, es verdad. Yo no he sido para ti lo que soy, la que seré. Estaba espantada, acosada constantemente.

Tras de mis sonrisas, tras de mis silencios, te he ocultado muchas, muchísimas lágrimas...

Perdóname.

Yo soy, yo quiero creer que soy la que tú has soñado, la que tú amas, la que tú ansías, la que sonreirá feliz, un día, entre tus brazos.

Quiero ahuyentar estas sombras negras, que me envuelven, y pensar en la Esperanza. Quiero sonreírte siempre, desde lejos, ya que no puedo hacerlo a tu lado.

Respiro ahora algo tuyo, algo que tú has dejado, guardándome, a mi alrededor. En estos muebles, en estos cuadros, en el aire, en todo, respiro como tu perfume, y todo me parece más bello, más alegre, porque tú lo has visto, porque tú lo has tocado.

¡Cuánto debo haberte hecho sufrir con mis esquiveces! Ahora, al recordarlo, me da una pena inmensa... Mas no me guardes rencor, que yo te lo pagaré, te lo pagaré espléndidamente, en una cuenta de felicidad que no se aca-

bará nunca. Estoy sola. Ya van a dar las doce, la hora en que yo te esperaba, contando los segundos...

¡Qué angustia y qué vacío sin ti!

Desde que te dieron su último adiós, mis labios están cerrados. No he vuelto a hablar a nadie. ¡Si vieras anoche qué horas tan terribles, más desoladas!

Estábamos a oscuras, con el balcón abierto, sin que ninguno nos atreviésemos a hablar. El silencio hacía daño.

De pronto sonaron unas músicas en la calle, y todos se agolparon al balcón.

Yo, ahogada de pena, dejé caer mi cabeza en la falda de mi madre, que estaba junto a mí. Y la pobre, sin decirme nada, me acarició los cabellos y la frente, me acarició despacio, lentamente, comprendiendo acaso algo de lo que pasaba por mi alma...

Y las músicas seguían a lo largo de la calle, en la tristeza primaveral de la noche, perfumando el silencio de una infinita y dulce melancolía...

“Amor non torna piu...”

Septiembre.

XII

¿Por qué tú estás enfermo y yo lejos de ti?

¿Cómo habrás pasado esta noche que ha sido la más larga y angustiosa de mi vida?

¡Qué pena verte marchar tan enfermo y tan solo, a donde no hallarás más que manos mercenarias que te cuiden de mala gana!

¡Qué noche de inquietud y de desesperación, sin poder llegar a ti, a tu lecho tan triste, y darte la salud y la alegría, con mis besos, con mi alma, con mi sangre toda!

¡Cómo te hubiera yo cuidado, cómo te hubiese tomado entre mis brazos, como a un pobre niño enfermo, apre-

tándote en ellos muy dulcemente, muy suavemente, para no molestarte, para no hacerte daño!... Y muchos besos, muy chiquitos, en tus ojos, en tus labios, en tu frente. Y pasaría, despacito, muy despacito por tus mejillas, las mías...

Yo pienso siempre acariciarte así... Ya ves, me acaricio la cara creyendo que eres tú quien me la acaricia, y entorno los ojos, y mis manos me parecen las tuyas, y me hablo, me digo muchas ternezas, y mi voz semeja tu voz...

¡Oh, cómo desearía estar realmente entre tus brazos, y sentir en mis labios tus besos!...

¡Oh, mi alma, cerrar los ojos y morir sintiéndolos!... ¡Cómo deseo tus caricias! Tus caricias suaves, muy dulces y muy tenues, y tus caricias locas, salvajes, que me destrocen y me maten!

¡Ya verás, ya verás cómo sé amarte! Tú verás con qué amor y con qué orgullo se abren para ti, de par en par, toda mi alma y todo mi cuerpo!...

¡Tú no sabes el martirio mío de todas las noc' es, sin llegar a decirte tanta cosa como sube a mis labios, tanta cosa como muere ahogada, sin darte la felicidad suprema de escucharla! Yo no sé qué me pasa... Me molesta oír mi voz. Yo te lo diría todo al oído, o en tus brazos... sí, sí, en tus brazos, apretándome mucho a tus labios, a todo tu ser; y a veces también a tus ojos, sólo a tus ojos...

¡Qué tristeza, aun no me he visto en ellos!

No hagas tú caso cuando me enfade... Son bobadas, mimoserías... Tú me contentas, ¿sabes? A mí me gustará enfadarme mucho, para que tú me digas cosas y me contentes. Y cuando estemos juntos, para que me cojas en brazos y me des muchos besos como una niña consentida. Yo te castigaré a tí también a besitos... ¡Verás qué buena soy contigo y cómo disipo todas las penas de tu vida!

Yo sonreiré siempre, siempre, para que tú no sufras nunca.

Confía en mi cariño, en mi corazón, que sabrá encerrarte en un sueño eterno de felicidad. El tendrá para tí

todos los amores que no hallaste en la vida. Yo seré tu madre, tu hermana, tu amante. Todo...

Tolérame tú a mí un poco. Ve quitándome con tu dulzura, con tu amor, todas mis rarezas. Yo seré dócil y buena, si mi docilidad y mi bondad te agradan...

Soy la masa de cera entre tus manos... Tú puedes modelarme como desees.

Octubre.

XIII

Yo no sé... Pasaste junto a mi alma, como un sueño fugitivo... Y aun no sé si tu amor fué una realidad o una quimera.

Me parece mentira tanta dicha. Esto es enormemente maravilloso para una mísera vida desesperanzada.

¡Qué pena tu ausencia!... Pero no podemos estar juntos. Sería plena y perfecta la felicidad, y nos está vedada.

Esto es horrible, sin embargo. Yo no vivo, no duermo; estoy realmente enferma; me estoy muriendo... Es una postración, un decaimiento de fuerzas que me tiene consumida.

No puedo vivir, ni aun sufrir sin ti...

Te quiero como eres, bueno o malo, pero siempre tú; el soñado. Tú eres mi dueño, mi rey, mi dios. Por ti comprendo todos los fanatismos y hasta todos los crímenes.

¡Qué felicidad ser tuya, ser amada por ti, vivir de tu misma vida en tu propia alma!...

Te adoro, te adoro... Se lo repito, enloquecida, a tus retratos, a tus cartas, a tu sombra que me persigue, que me busca siempre... ¡Y si vieras! De noche, cuando voy a dormeciéndome con las cartas en la mano y tu retrato sobre mi corazón, creo que tu alma viene a mí y me acaricia y me besa muy suavemente; y me duermo sonriendo, con tu nombre en mis labios...

Y tú, ¿no sientes también, entre sueños, el roce de mi boca, que es tuya, que te dice adiós, cerrándote los ojos dulcemente? Yo pienso que no podré resistir la divina realidad de estas quimeras, que me matará tanta ventura, que sólo al volver a verte moriré...

¡Verte, verte, verte siempre a todas horas, no separarme jamás de tí... ¿Cuándo? ¿Cuándo?

¿Cuándo? ¿Cuándo?

Noviembre.

VIV

¿Eres un fantasma? ¿Este amor ha sido un bello sueño? Un sueño ¿nada más? Y tantas bellas palabras, tantas lágrimas, tantos besos, ¿no serán sólo ilusiones, notas dispersas de una música que oímos en sueños? ¿En dónde estás? ¿En dónde? ¿Has existido, existes aún?... No lo sé... No lo sé...

Mi vida sangra por todos sus poros... No hay sitio en mi cuerpo y en toda mi alma donde no se abra una herida... Adiós... Eres lo fatal, lo irremediable... Y te digo adiós, en la seguridad de que hoy mismo quizás, acaso mañana, dentro de un año, dentro de un siglo, volveré a encontrarte, y a pesar de todo, volveré a ser tu esclava, algo más tuyo que el alfiler de tu corbata y la sortija de tus dedos.

Diciembre.

COMENTARIO

Al azar he copiado esos fragmentos de los diarios íntimos, tan íntimos, que dudo se hayan escrito alguna vez en la realidad.

Notas incoherentes... ¿Acaso la incoherencia no es la forma más sincera de la sinceridad?

¿Quién la inspiró? ¿Una mujer o varias mujeres?

Una y todas: La mujer.

Todas las mujeres no son más que el camino que el amor recorre en busca de la Única.

A través de la carne perseguimos siempre un alma; y al besar una boca, aun la más bella, aspiramos respirar en sus besos el perfume lejano que nos impregna interiormente... Recuerdo, acaso, de algo que fué nuestro, o sentimiento de algo que deberá serlo...

El amor no es más que la nostalgia de una felicidad que perdimos, y que anhelamos encontrar en todo, aun en la misma Naturaleza.

Esta historia no fué escrita para nadie, y lo es para todos.

Sus protagonistas no tienen nombre... ¡Que cada enamorado les dé el suyo, y que cada uno ponga algo de su propia vida, en estas páginas, para poder entender el oculto sentido de esta historia, que es la eterna verdadera y única historia del amor!

FIN

BIBLIOTECA DE PRENSA POPULAR

DIRECTOR: JOSE DE URQUIA

Madrid. — Calle de Calvo Asensio, 3. — Apartado 498

MIS MEJORES CUENTOS

Colección de novelas breves, seleccionadas por sus propios autores y precedidas de un prólogo-autógrafo de los mismos.

En la literatura hay un género intermedio entre el cuento frívolo y conciso, y la novela secular de gran extensión: la llamada "novela corta". El éxito de estas breves narraciones, tan hoy en boga, débese a que ellas compendian, por su concisión, todo el interés del cuento, y por su intensidad todo el completo carácter de la tradicional novela. Además, la "novela corta" es el género de la literatura más en consonancia con la vida moderna, ya que su brevedad apenas embarga nuestra atención tan hondamente monopolizada.

Al publicar en un tomo las mejores novelas breves de cada autor, seleccionadas escrupulosamente por ellos mismos, independientemente del apostolado de divulgación literaria que ello significa, es el más rendido homenaje que hacemos al lector, dada la imposibilidad en que se encontraría de seleccionar por sí mismo, las mejores novelas cortas de cada escritor publicadas en innumerables Revistas, agotadas en su mayoría...

Publicamos a continuación los volúmenes de que está compuesta esta serie de *Mis mejores cuentos*, cuyos autores son

MIS MEJORES CUENTOS

LINARES RIVAS	ORTEGA MUNILLA
PARDO BAZAN	COLOMBINE
ZAMAGSIS	GASTRO
EMILIO GARRERE	VILLAESPESA
LOPEZ DE HARO	VARGAS VILA
JOAQUIN BELDA	PEDRO DE REPIDE
ALBERTO INSUA	GARCIA SANCHIZ

Precio del tomo: 3,50 pesetas.

DRAMAS Y COMEDIAS DE Manuel Linares Rivas

TOMOS PUBLICADOS:

La garra.	El abolengo.
La fuerza del mal.	Nido de águilas.
Fantasmas.	La estirpe de Júpiter.
La raza.	Maria Victoria.
Como buitres.	En cuarto creciente.
Aire de fuera.	Como hormigas.
La espuma del champagne.	Las zarzas del camino.

Precio de cada tomo: 3 pesetas.

La popularidad y el prestigio literario del ilustre maestro *Manuel Linares Rivas*, nos dispensa en esta ocasión de una prolija semblanza literaria. En sus comedias, desde *El Abolengo* a *Fantasmas* palpita la fina ironía de un Voltaire, y el apostolado ibseniano de las ideas nuevas. En el ilustre autor de *La Garra* están excelsamente compendiadas esas diversas cualidades, indispensables en el hombre de teatro actual, que al espejar en la escena la complejidad de nuestra vida tan prismática y tan contradictoria, tan constelada de problemas y mentiras convencionales, habrá de ser a un tiempo poeta y pensador... *Linares Rivas*, que posee un completo e instintivo dominio de la escena, es también un exquisito literato. Así pues, sus dramas y comedias, más que comedias y dramas, son *novelas escénicas*, purificadas de esos convencionalismos bastardos de las obras de teatro propiamente dichas... *Fantasmas*, *La espuma del champagne*, etc., son tan interesantes para representadas como para leídas...

REVISTAS EDITADAS POR PRENSA POPULAR

El carácter cultural que personifica a nuestras Revistas, cuyo éxito, tanto literario como editorial no tiene precedente en nuestra Prensa, seguramente animará a usted a contarse entre nuestros numerosísimos lectores, pues tanto LA NOVELA CORTA, cuyo cuadro de colaboradores está integrado por nuestros escritores más ilustres, como LA NOVELA TEATRAL, que solo publica, previa una exquisita selección, las obras de éxito clamoroso, son acreedores a que usted, como un heraldo de cultura y buen sentido estético, las incorpore a su Biblioteca, adquiriendo, además de los números venideros, los atraídos, que coleccionados en volúmenes constituyen la más brillante página de la literatura española contemporánea.

LA NOVELA CORTA

REVISTA SEMANAL LITERARIA

Publica todos los sábados una novela inédita de nuestros más esclarecidos escritores españoles contemporáneos.

COLABORADORES UNICOS

Pérez Galdós. - Benavente. - Pardo Bazán. - Felipe Trigo. - Octavio Picón. - Eugenio Sellés. - Guimerá. - Valle Inclán. - Baroja. - Blasco Ibáñez. - Alvarez Quintero. - Martínez Sierra. - Azorín. - Dicenta. - Linares Rivas. - Manuel Bueno. - Morquína. - Gómez Carrillo. - Ricardo León. - Rusiñol. - Pompeyo Gener. - Unamuno. - Salvador Rueda. - Zamacois. - Cristóbal de Castro. - Parmeno. - Pérez Zúñiga. - Colombine. - Francés. - Amado Nervo. - Vargas Vila. - Pedro de Répide. - Villaespesa. - Alberto Insúa. - Carrere. - Joaquín Belda. - García Sanchiz. - San José. - López de Haro. - Concha Espina. - Pedro Mata. - Ortega Munilla. - González-Blanco. - Gómez de la Serna. - Hernáiz y Catá. - Canisinos Assens.

La novela TEATRAL

REVISTA SEMANAL LITERARIA

El poco espacio de que disponemos para insertar las numerosas obras que comprende el brillante sumario de esta Revista, nos obliga a mencionar únicamente los nombres de sus autores, que son los más altos prestigios del teatro español, a través de los diversos géneros que comprende la literatura escénica: el drama, la comedia, el sainete y la zarzuela

AUTORES ESPAÑOLES Y EXTRANJEROS

Galdós. - Benavente. - Echegaray. - Dicenta. - Linares Rivas. - Martínez Sierra. - Alvarez Quintero. - Marquina. - Villaespesa. - Rusiñol. - Guimerá. - Reparaz. - Oliver. - Arniches. - Paso. - García Alvarez. - Abati. - Ramos Carrión. - Vital Aza. - Muñoz Seca. - Ricardo de la Vega. - Rostand. - D'Annunzio. - Berstein. - Donnay. - Hervieu. - Tristán Bernard. - Levedan. - Suderman. - Hauptmann, y otros no menos interesantes, que omitimos por no hacer más extensa esta relación.

PRECIOS DE SUSCRIPCION POR AÑO

REVISTAS	Madrid y Provincias.	Extranjero.
La Novela Corta.	7,50	10,00
La Novela Teatral.	11,50	14,00
Novela Corta y Novela Teatral.	17,00	22,00

PAGO ANTICIPADO.—NO SE ACEPTA EN SELLOS

Número atrasado: 10 cts. sobre el precio que marca el ejemplar.

SE FACILITA CATALOGO GRATUITAMENTE

Calle de Calvo Asensio, 3, Apartado 498

MADRID

